

DEL MISMO AUTOR:

DEVOCIONES DE NUESTRA SEÑORA LA POESÍA.
JESÚS EN BUENOS AIRES.
NUEVAS DEVOCIONES.
EL JARDÍN DE PEROGRULLO.
Y VOLVIÓ JESÚS A BUENOS AIRES.
EL HOMBRE QUE SILBA Y QUE APLAUDE.
LAS TENTACIONES DE DON ANTONIO.
EL TONEL DE DIÓGENES.

ENRIQUE MENDEZ CALZADA



ABDICACION
DE JEHOVÁ
Y OTRAS PATRAÑAS

LIBRERÍA Y EDITORIAL "LA FACULTAD"

JUAN ROLDAN y Cía.

359 - FLORIDA - 359

1929

Queda hecho el depósito que marca la ley.

— Voulez-vous, donc, être pris
au sérieux?

— Diable, non, lui répondis-je,
vous savez ce que je pense du
sérieux. C'est le commencement
de la mort.

JEAN COCTEAU. —
"La jeunesse et le scan-
dale".



DEL POEMA Y EL PROSEMA

Al dedicar a Arsenio Houssaye sus "Petits poèmes en prose", declaró Baudelaire — el primero entre los clásicos de ese género literario — a qué índole de anhelos y de inquietudes debemos un libro adorable. Se lee en la recordada dedicatoria: "Quel est celui de nous qui n'a pas, dans ses jours d'ambition, rêvé le miracle d'une prose poétique, musicale sans rythme et sans rime, assez souple et assez heurtée pour s'adapter aux mouvements lyriques de l'ame, aux ondulations de la rêverie, aux soubresauts de la conscience?". No necesitarían esas palabras llevar una fecha al pie para que cualquier lector medianamente avisado las colocara en el casillero cronológico que les corresponde: tan a las claras están denunciando su filiación romántica. El Alouysius Bertrand de "Gaspard de la Nuit", confesado numen inspirador de Baudelaire, las hubiera suscrito sin inconveniente. ¿Acaso cabe duda de que también él,

“en sus días de ambición”, soñó con el milagro de una prosa como esa de que habla el infernal, el divino Carlos?

Fué el romanticismo — resulta un poco estúpido repetir lo que anda en todos los manuales, lo que tartamudean todos los jóvenes catedráticos de literatura, — fué el romanticismo un tiempo de frenesí pasional, de soberbia demoníaca, de ambiciones desahoradas y desahorados intentos, de universal demasía y excesividad. Fué, para decirlo en pocas palabras, un tiempo de magníficos orates. Fué, por consiguiente, lo contrario que el tiempo de ahora; el cual, si es alguna cosa, es tiempo de cordura, de método, de prudencia, de buen sentido. Es el actual, en definitiva, un tiempo de mucha humildad. Lejos de mí la intención de afirmar que en el presente siglo no pueda surgir un poeta con el genio de Percy Bisshe Shelley; pero me parece poco probable que un Shelley actual renuncie por la gloria a la posesión de un patrimonio caudaloso. Más común y de ahora me parece el caso contrario. Hay por esos mundos muchos sublimes espíritus que se remontan en alas de la emoción o del pensamiento a las más altas esferas; pero, eso sí, con toda clase de precauciones, y sin perder de vista en ningún momento la inmediata realidad circundante. Todos los genios de ahora se parecen algo a los globos cautivos en eso de mantenerse fuertemente amarrados al mundo de lo material.

Pues bien: un tiempo así razonador y razonable, un tiempo así humilde, no puede lógicamente alum-

brar otra cosa que humildes frutos; y tales son, en efecto, los que va produciendo. Léase lo que dan de sí los poetas más celebrados de esta época, y se arribará a la convicción de que vivimos una edad eminentemente inapta para la creación poética; eminentemente inapta, en términos generales, para toda clase de milagros.

Usted, señora, usted caballero, que como yo han leído infinidad de poemas modernos en las antologías, en los periódicos y revistas, en los libros de los versificadores hoy afamados, colóquense una mano metafórica allí donde el meridiano del corazón corta al paralelo respectivo, y reconocerán que no han leído, salvo algunas excepciones poco probables, sino una infinidad de composiciones vacías de contenido emocional, vacías de pensamiento, desprovistas de belleza formal. Pues la verdad es esta: no sólo no se hacen hoy versos sonoros y armoniosos, no sólo no hay gusto por los versos armoniosos y sonoros, sino que los malos versos que se hacen son el escipiente de una prosa insubstancial, sin jugo, sin nervio, sin gracia; de una prosa eminentemente inapta para la nutrición espiritual del hombre.

¡Cuánto hemos avanzado de Baudelaire acá! O, si se prefiere, ¡cuánto hemos retrocedido desde aquel entonces relativamente cercano! (Porque avanzar, dice el Maestro, es abreviar la distancia que nos separa de un punto dado y aumentar la que nos separa de casi todos los demás). Mientras que Baudelaire soñaba con el milagro de una prosa poética, los poetas de hoy parecen desvivirse por alcan-

zar el ideal de un verso lo suficientemente prosaico como para adaptarse a la plitud de sus almas. ¿Los resultados? Se palpan; la mayor parte de esos "frutos de la mente acalorada" que por ahí circulan bajo la denominación de "poemas", no son tal cosa, sino PROSEMAS; menesterosos, humildes prosemas puestos en versos detestables.

Quedamos, pues, — siempre es de la mayor conveniencia quedar en algo — en que hay el "prosema en verso" exactamente lo mismo que hay el "poema en prosa". Quedamos, también, en que ningún género se cultiva en esta época con tanto entusiasmo y decisión como ese.

Hay además, lógicamente, — y este es el punto a que me urgía llegar —, el "prosema" a secas, el "prosema" liso y llano. Su definición, a esta altura del discurso, creo yo que resulta fácil y comprensible para todos, aún para los mismos catedráticos de literatura de los Colegios Nacionales y Escuelas Normales de esta gran Nación; casi diría que resulta innecesaria. La enunciaré, sin embargo, diciendo que "prosema es aquella composición escrita en prosa en la que el autor ha tenido el deliberado propósito de no dar cabida a la menor partícula de substancia poética".

Pienso que la aparición del nuevo género literario que va a afrontar las contingencias de la lucha por la popularidad, por la pervivencia, no podía hacerse esperar un momento más; que llega al mundo en su hora justa satisfaciendo lo que tan elegantemente denominan los periodistas "un sentido anhe-

lo general". Se necesitaba un género así, humilde y democrático, para las minúsculas epopeyas del vivir cotidiano en esta edad democrática y humilde, en esta edad de horribles caligramas y horribles rasca-cielos; en esta Edad de la Tierra Cocida en que el arte sublime de la arquitectura se ha reducido al arte de amontonar ladrillos. Era justo dar un respiro a los que leyendo versos modernos se esfuerzan honradamente por sacar algo en limpio, cosa imposible de toda imposibilidad, pues quienes los escriben son personas que no sólo hacen prosa sin saberlo, como el personaje de Molière, sino que la hacen sin saber hacerla; poetas tan malos, en una palabra, que ni siquiera son buenos prosistas.

Lo probable es que esto ocurra porque necesaria y fatalmente debía ocurrir, como pasa con todas las cosas. El progreso material tenía tal vez que traer consigo este resultado desolador contra el que sería pueril rebelarse: "Alá sabe más", como dicen en "Las mil y una noches". Hay quizá demasiada prosa en este mundo para que el hombre pueda hacer nada que no sea prosaico. Todo nos invita a la prosa, y las almas poéticas, como buzos cuyo tubo neumático se hubiera roto, se asfixian sin remedio, rodeadas de prosa por todas partes. "¿No hay noticias de tal índole que sólo pueden llegar a nuestros oídos en alas del poeta?" — le hacen escribir a Juan Pablo Richter en cierta infanda versión española de sus "Teorías estéticas". No, pobres de nosotros, ya no hay noticias de tal índole; ya no hay sino vulgares y prosaicas noticias que pueden

perfectamente llegar a nuestros oídos en alas de la radiotelefonía, que pueden entrarnos por los ojos impresas en el periódico, junto con los anuncios de callicidas, de remates de hacienda, de aguas purgantes, de adivinos, de polvos insecticidas, de braqueros, de sarnífugos, del último libro de versos de algún exquisito poeta lírico.

E. M. C.

1929

*Um den Menschen nützliche
wahrheiten zu predigen, ist alles
erlaubt, was niemanden schadet
oder kränkt, also auch Feenmär-
chen.*

GEORG CHRISTOPH LICHTENBERG,
"Aphorismen".



ABDICACION DE JEHOVA

DESDE hacía una temporada — dos o tres siglos, tal vez cuatro — la salud espiritual del viejo Jehová dejaba bastante que desear. Jehová estaba enfermo, seriamente enfermo. Todo decía — en sus maneras, en sus actitudes, en la expresión de su semblante, en su mirar cargado de melancolía — que, después de ejercer por espacio de innumerables centurias sus delicadas funciones de organización y supervisión permanente, el sistema nervioso se le había debilitado, y que ese debilitamiento había hecho de él un vulgar psicasténico. Todo estaba indicando, aún a la observación del más profano en esa importante especialidad de las ciencias médicas que es la patología nerviosa, que Jehová había caído en un estado de postración y abatimiento profundos. Bastaba mirarle a la cara para

comprender que el equilibrio de su cenestesia se hallaba gravemente alterado.

Tampoco era fácil equivocarse sobre la índole de su mal. Sufría, evidentemente, de eso que la vanidosa ciencia de los hombres denomina "surmenage", terrible enfermedad de que sólo están a salvo los rentistas, los funcionarios públicos, los diputados y algunos autores teatrales. Tenía la facies característica de aquellos a quienes trabaja una obsesión, de aquellos que sufren de ideas negras, que tienen manías, delirios oníricos, alucinaciones terribles, insomnios, y que no debe confundirse con la facies de los consumidores habituales de poesía ultraísta ni con la de los admiradores de Pirandello.

El viejo Jehová había trabajado mucho y — lo deplorable era esto — había trabajado sin ningún provecho apreciable. "¿Para qué diablos había trabajado tanto? ¿Qué había sacado en limpio, después de tanto esfuerzo?"... He ahí las terribles preguntas que Jehová debía dirigirse a sí propio desde hacía unos cuantos siglos, víctima infeliz de una tenaz obsesión.

Como quiera que el viejo Jehová lo sabe todo, no necesitó consultar con médico alguno para enterarse de que estaba enfermo ni para conocer la naturaleza de su enfermedad. Lo sabía perfectamente: sufría de "surmenage". Sabía, además, una cosa que muchos ignoran: sabía cómo se dice eso en hebreo.

Sin duda alguna, al debilitamiento nervioso de Jehová había contribuido en proporción muy apreciable el caótico estado en que a la sazón se encontraban las cosas del Universo. Tal vez fuera esa la causa única de su mal. Efectivamente: en las diminutas bolas de substancia excrementicia que un día lanzara a danzar en los infinitos espacios como quien arroja al vasto océano un puñado de alpiste, acaecían verdaderos e indescriptibles horrores. Se sucedían las guerras sangrientas y largas, imperaban los odios carniceros, se daba al olvido la sagrada ley de amor entre las criaturas. Cada día eran más desagradables y penosas las noticias que llegaban de Marte, de Sirio, de Canope, de Aldebarán y, muy particularmente, del miserable globillo de lodo inmundado y agua salobre que se llama la Tierra, y que habitan los hombres.

Los terrícolas, en efecto, eran seres singularmente díscolos y crueles, que parecían incapaces de vivir en paz. Por un quitame allá esas pajas, por la más insignificante de las minucias, promovían algaradas y motines que, extendiéndose, se convertían en vastas matanzas. A tal extremo se habían perfeccionado en la ciencia y el arte del asesinato, que tenían técnicos especializados en esa actividad, y los remuneraban con esplendidez mucho mayor que a los propios sacerdotes de Jehová. Habían inventado innumerables máquinas de asesinar, habían apelado

a todos los recursos que ofrecen los tres reinos de la Naturaleza — recursos irreflexivamente creados por el propio Jehová, — a fin de hacer más eficaz la obra de tales especialistas. En una de esas mantanzas, en la más reciente — en la más reciente desde el punto de vista de los terrícolas, porque para Jehová nada es reciente ni remoto, — murieron infinidad de hombres; tantos, que sus despojos insepultos formaban grandes colinas, inmensas gusaneras de las que se exhalaba nauseabundo hedor de putrefacción. Hasta muchos años después, no se disipó por completo aquella emanación asquerosa, que sacaba de quicio a Jehová. Como macabros y monstruosos turíbulos, los montones de despojos humanos seguían enviando a los cielos, en densas columnas, vaharadas de olor pestilente.

Todo aquello llenaba de pesadumbre el ánimo de Jehová. Y más se apesadumbraba su espíritu viendo cómo, en la misma **proporción** en que crecía la **magnitud** de su estupidez, crecía la soberbia de los **hombres**; cómo se manifestaban cada vez más envanecidos y orgullosos de sus obras estériles o destructoras. Muchos de entre ellos, llegaban en su osadía a discutir y hasta negar la existencia misma de Jehová. Un terrícola audaz e irresponsable afirmaba a los cuatro vientos, apoyando su afirmación en complicadas demostraciones matemáticas, que el Universo es limitado, **como** puede serlo un vulgar pre-

dio rústico. Que el universo es limitado, lo sabía perfectamente Jehová; pero le irritaba la idea de que ese secreto de fabricación se divulgara, y le irritaba sobre todo que el indiscreto fuera precisamente un hombre de su propia raza. Era esa una de sus ideas fijas y — parecería increíble, en Jehová, semejante quisquillosidad — una de las que más lo mortificaban.

Ello es que Jehová se pasaba los días y las noches — por decirlo así, porque para Jehová no hay noches ni días — meditando acerca de la manera de poner fin a tal estado de cosas y de asegurar, de una vez por todas, el triunfo definitivo de la Paz, de la Justicia y del Amor sobre la haz de la Tierra. No hay para qué agregar que no la encontró; que no dió con el modo de arruinarles el negocio a Mr. Bernard Shaw y a los partidos avanzados del planeta de los hombres.

FUE evidentemente ese trabajo de profunda concentración mental, fué esa meditación constante, fué esa honda preocupación de todos los momentos la causa productora de aquel estado de abatimiento y — por qué no decirlo — de honda amargura. El viejo Jehová asistía, con la pesadumbre que es de imaginar, al total fracaso de la vasta labor constructiva en que había puesto siglos antes, allá

en su juventud risueña y optimista, no sólo sus cinco sentidos, sino también muchas bellas ilusiones, muchas halagadoras esperanzas. Se sentía desmoralizado, fatigado; comprendía que necesitaba tomarse un descanso. Era la única forma en que podría reponerse de sus fatigas y tonificar su sistema nervioso, era la única forma en que podría recuperar el gozo de vivir aquel espíritu sumido en la más negra melancolía. Se imponían unas vacaciones, y Jehová fué el primero en comprenderlo.

¿Cómo no iba a necesitar ese asueto? Su resistencia tenía un límite, sus energías se agotaban como las de cualquiera. Cuando creó el Universo, sin ir más lejos, apenas si pudo trabajar seis días seguidos. Al séptimo, sintió la imperiosa necesidad de acogerse a un bien ganado descanso, y se lo decretó sin más trámite. Desde entonces — ¡dónde iba la fecha! — no había hecho otra cosa que trabajar, sin un día, sin una hora, sin un minuto, sin un milésimo de segundo de descanso. Francamente, no había derecho. Era injusto que mientras los despreciables terrícolas, lo peorcito de la creación, apelaban a todos los recursos imaginables para no trabajar o para trabajar lo menos posible, que mientras los hombres implantaban jornadas mínimas o se decretaban fiestas — algunas de las cuales, para mayor sarcasmo, estaban consagradas al propio Jehová, — El, creador de todo cuanto existe, no pudiera per-

mitirse una simple "villegiatura". Pues bien, aquello tenía que terminar: se tomaría el descanso que necesitaba.

Pero — ¡hélas! — apenas había insinuado su deseo y su propósito en un pequeño círculo de íntimos, cuando comprendió la imposibilidad de llevar a cabo su propósito y ver satisfecho su deseo.

Efectivamente: ¿quién iba a hacerse cargo de su puesto, quién iba a reemplazarle durante su ausencia?... Los elementos de su confianza a quienes se dirigió, le manifestaron francamente que no estaban dispuestos a afrontar tamaña responsabilidad. Tal fué la decidida actitud asumida por varios de los encumbrados personajes que habitualmente se sentaban a su derecha y a su izquierda en las grandes solemnidades. Alegaron que, siendo espíritus puros, no tenían por qué soportar las incomodidades inherentes a un gobierno del que no obtenían provecho alguno. Consideraban que no había razón para imponerles semejante sacrificio.

Y en realidad, no la había.

ENTONCES Jehová, el Todopoderoso creador, el Sumo Arquitecto del Universo, cayó en la cuenta de que su obra adolecía de un gravísimo defecto, insalvable, por desdicha, en razón de su misma naturaleza. En su infinita sabiduría de constructor y de or-

ganizador, él lo había previsto todo, había estado en todos los detalles. Eso, por lo menos, creyó siempre. Pero — entonces lo advertía, cuando el mal no tenía remedio — había olvidado un detalle importante. No se le había ocurrido algo que no olvidan ni los miserables terrícolas cada vez que se constituyen en asamblea, crean cualquier organismo colegiado o eligen a uno de los suyos para ocupar un cargo importante: se le había olvidado, al crearse a sí propio — haciendo uso del atributo de la aseidad, — prever el caso de acefalía. No tenía vice, no tenía en quién delegar el mando. Era menos que un triste presidente de cualquier triste republiqueta de la triste esfera de estiércol en que viven los terrícolas.

La pesadumbre que le produjo esta terrible comprobación, no hizo sino agravar los caracteres del mal que venía mimando su organismo al debilitar su sistema nervioso; y su hipocondría adquirió desde aquel punto contornos de tragedia. Todo se le hacía insoportable. Se negaba resueltamente, con un gesto de repugnancia invencible, a estudiar los asuntos que le eran sometidos. La carpeta "Sociedad de las Naciones" permanecía sin ser tocada, cubierta ya de polvo, sobre su mesa de trabajo. El viejo Jehová no quería saber nada de nada. Se afirma — aunque el dato no ha podido comprobarse— que hasta hablaba solo, como acostumbran hacer aquellos a quienes

domina intensamente una preocupación, y desde luego, la mayor parte de los maridos.

Por fin, una mañana resolvió cortar por lo sano aquella situación ya insostenible, y redactó su abdicación, igual que pudiera hacerlo cualquier reyezuelo de los terrícolas. Como no tenía a quien presentarla, pues que sus poderes no le habían sido conferidos por nadie, se la leyó tres veces a sí mismo, la rasgó en mil pequeños fragmentos y arrojó esos fragmentos al espacio. Uno de los añicos, al llegar al planeta en que viven los hombres, ocasionó un espantoso terremoto. A consecuencia de ello, se desbordaron unos cuantos océanos y desapareció un continente, sin que se lo pudiese encontrar después, a pesar de las pesquisas efectuadas. El viejo Jehová ni siquiera reparó en tales minucias.

En seguida, Jehová abandonó su trono, exhalando un profundo suspiro de alivio, y partió en dirección desconocida. El portero de turno le vió partir, pero aguardó en vano su regreso.

Fué precisamente entonces — hace de todo esto quién sabe cuánto tiempo — cuando el mundo empezó a andar dejado de la mano de Dios.

EJEMPLO DE LAS NUEVE MADRES
QUE TAMBIEN SE LLAMA "EJEM-
PLO DEL HOMBRE SIN NIN-
GUNA VANIDAD"

Y la primera de las nueve madres habló de este modo:

—Pido a los dioses clementes y todopoderosos que el hijo que va a nacer de mis entrañas sea el más bello de los hombres.

Y los dioses hicieron según su voluntad, y el hijo de aquella mujer fué tan hermoso que enloquecía a las hijas de los hombres. Y le agasajaron y mimaron tanto, que languideció en la molicie y le mató el hastío.

Y la segunda madre habló de este modo:

—Pido a los dioses clementes y todopoderosos que mi hijo sea rey.

Y el hijo de aquella mujer ciñó corona y vistió

manto de armiño. Y conoció la ruindad de los hombres, y le asesinó el puñal del hermano.

Y la tercera madre habló de este modo:

—Pido a los dioses clementes y todopoderosos que mi hijo sea el varón justo por excelencia.

Y el hijo de aquella mujer fué el más justo de los hombres, y vivió sus días en la amargura, porque el mundo está edificado sobre cimiento de injusticia.

Y la cuarta madre habló de este modo:

—Pido a los dioses clementes y todopoderosos que mi hijo sea sabio.

Y los dioses hicieron según su voluntad, y el hijo de aquella mujer fué tan sabio que lo ignoró todo, y vivió fuera de la vida, y no tuvo fe ni esperanza, y fué infeliz; porque las palabras que los hombres graban en sus tablillas o escriben en sus papeles no dan la felicidad.

Y la quinta madre habló de este modo:

—Pido a los dioses clementes y todopoderosos que mi hijo sea bueno.

Y el hijo de aquella mujer fué tan bueno que acabó sus días en un loquero, porque los hombres le reputaron idiota de nacimiento.

Y la sexta madre habló de este modo:

—Pido a los dioses clementes y todopoderosos que mi hijo sea santo.

Y el hijo de aquella mujer fué santo, y vivió inútil-

mente, porque los hombres se apartaron de él, y a nadie aprovechó su ejemplo.

Y la séptima madre habló de este modo:

—Pido a los dioses clementes y todopoderosos que mi hijo sea el más perverso de los hombres, para que venga todo el mal que de los hombres he recibido.

Y el hijo de aquella mujer fué sanguinario y cruel como la hiena, como el tigre y como la onza; pero le vencieron los hombres bondadosos que se emboscan en la virtud como el cazador entre la fronda para mejor asestar sus golpes. Y murió en la horca.

Y la octava madre habló de este modo:

—Pido a los dioses clementes y todopoderosos que mi hijo sea rico.

Y el hijo de aquella mujer fué más rico que Midas y que Crespo; y la codicia de los otros hombres aceleró su muerte. Porque la muerte del hombre rico es la lotería del pobre.

Y la novena madre habló de este modo:

—Pido a los dioses clementes y todopoderosos sólo esto: que mi hijo sea un Hombre sin Ninguna Vanidad.

Los dioses clementes y todopoderosos se reunieron a deliberar acerca de la solicitud de aquella mujer. Pensaron que la vanidad de los hombres no es un defecto, sino que es la suma de todos sus de-

fectos y la causa única de todos los males que les afligen; que es ella quien les hace pendencieros, viciosos, disolutos, jugadores, lujuriosos, borrachos, avaros, soberbios, ambiciosos; que ella es quien les roba la salud del cuerpo y la del alma. Todo esto pensaron, llegando a la conclusión de que el Hombre sin Ninguna Vanidad sería igual a los dioses. Decidieron, en consecuencia, denegar la solicitud de aquella mujer. Y a fin de castigar su osadía y confundir su soberbia, la condenaron a dar a luz una hija.

Fué así cómo ocurrieron las cosas. Y a eso se debe que el Hombre sin Ninguna Vanidad no haya nacido todavía.

PARABOLA DE LA FE, O LA PERLA EN EL LODAZAL

Lo que voy a narrar — dijo el Mal Maestro — sucedió hace muchos años; tantos, que es posible que no haya ocurrido nunca.

“Un hombre, que salía de su casa al amanecer y se dirigía a su trabajo, al pasar junto a un fangal en que el agua estancada y las inmundicias acumuladas habían formado un estercolero, vió un pequeño objeto de forma esférica cuya blancura iridiscente resaltaba sobre el fondo negruzco y opaco que le ofrecía el lodazal.

“Era muy temprano, tanto que el hombre pensó si el brillo irisado de la pequeña esfera reluciente no sería simple espejismo, reducido reflejo del vasto zócalo de oro, de rosa, de carmín y de tenue malva en que a la sazón descansaba por la parte de Oriente la invertida copa de turquesa del cielo.

“Aquel viandante madrugador era un hombre de sentido común, un hombre razonable que no creía en cosas imposibles, como lo son por regla general los hombres madrugadores. Y, cavilando sobre si el objeto visto al pasar podría ser o no ser una perla, iba diciéndose:

“—Es de todo punto imposible. ¡Una perla en un lodazal! Estaría bueno... Es, sin duda, una pedrezuela cualquiera, o bien un fragmento de porcelana o mármol, que brilla con las irisaciones del amanecer. Es un simple fenómeno de óptica, producido por la refracción de la luz y de acuerdo con leyes de la ciencia física que recuerdo haber estudiado. Eso tiene que ser, y nada más. No es este un paraje como para encontrar joyas ni objeto alguno de valor. ¿Pasan por aquí más que pobres como yo?

“Y siguió su camino, pues era, según he dicho, un hombre razonable y de buen sentido.

“Y, tras él, acertó a pasar otro hombre. El cual era lo que suele llamarse un hombre distinguido, cuyos vestidos llamaban la atención por su elegancia. Bien se advertía que era un hombre de calidad. Y también este hombre vió al pasar aquella pedrezuela, y dudó, lo mismo que el anterior, si no sería por ventura una perla. Y decía para sus adentros:

“—Si me bajo a recogerla, y luego resulta que no es tal perla ni cosa por el estilo, los que me vean se reirán. Y quedaré en ridículo, y dejaré de ser el

hombre más distinguido de la ciudad. Un hombre elegante debe proceder siempre como si alguien le estuviese viendo; sólo bajo esa condición es posible que se conduzca realmente bien cuando de veras le están mirando.

“Y prosiguió su camino, sin volver a acordarse del encuentro. Pues era un pobre hombre, un desdichado que poseía el sentido del ridículo, que es el más poderoso enemigo de la Felicidad.

“Y acertó a pasar luego otro hombre, quien vió asimismo la perla—porque, en verdad, era aquello una perla, aunque se ignora cómo pudo ir a dar allí,—y tampoco se inclinó a recogerla; pues iba de prisa, a fin de llegar en hora a su trabajo. Y por el camino iba diciéndose:

—Una perla debía ser, no hay duda, y de mucho precio. ¡Tonto de mí, que no me bajé a cogerla! Cuando salga de mi trabajo, volveré a buscarla, y si la encuentro, se la ofreceré en regalo a mi prometida. ¡Cómo brincará de alegría cuando reciba el presente! ¡Qué hermosa estará cuando se lo haya colocado en el pecho!...

“Así iba diciendo para entre sí; pues era un hombre de buena fe, ingenuo e infantil, y, como los niños, no conocía la duda, ni la vanidad, ni el sentido del ridículo. Y así hizo. Y cuando volvió a pasar vió que un cerdo gordo y sucio andaba hozando allí, y no halló la perla. Y se dijo:

“—Este cerdo del demonio se la habrá comido. Voy a matarlo, porque una bella perla vale más que un cerdo, y aun más que muchos hombres.

“Y corrió a su casa, que no estaba lejos, y cogió un cuchillo, e iba a hundirlo ya en la papada del animal cuando fué visto por el amo del cerdo, con lo que sobrevino una reyerta.

“—¡Eh, loco de mil demonios! — gritaba el hombre. — ¿Por qué vas a matar al puerco?

“—Porque se ha engullido una perla, que no es alimento para cerdos — arguyó el hombre simple.— Cuando haya encontrado mi perla, te pagaré tu puerco, y aun doblaré el precio.

“Entonces se trabaron a golpes, y el amo del cerdo llevó la peor parte, porque recibió una cuchillada en el corazón.

“Y el asesino compareció ante los jueces, los cuales estaban confundidos. Unos sostenían que aquel hombre era un asesino vulgar, y otros alegaban que no era sino un loco, puesto que creía en dos cosas igualmente absurdas: que pudiesen encontrarse perlas en un lodazal y que los cerdos pudiesen comer perlas.

“En la duda, lo condenaron a morir en la horca, que era lo justo y procedente: si se trataba de un criminal, porque eso mandaba la ley; si de un loco,

porque ni sufriría con el castigo ni había para él curación más radical”.

CUANDO el Mal Maestro acabó de narrar esta parábola, dijo a sus discípulos:

—He ahí el premio que reciben los hombres que tienen fe. Ya veis cuánto **más** vale no creer en nada: no ya en la verdad de las cosas falsas o ilusorias; pero ni aún en la **verdad** de las cosas verdaderas.

—No creo yo — repuso a esto uno de los discípulos — que esa sea la enseñanza del caso. Lo que de él se desprende, a mi entender, es que en estas contiendas de fe sucumben siempre el que cree y el que no cree, el que afirma y el que niega, y hasta se pierde de vista la verdad misma, como ocurrió con la perla del cuento, sepulta en las entrañas del puerco. Así es cómo nadie se salva.

Es decir — concluyó, — el único que se salva es el marrano.

LA ISLA DEL ULTIMO BORRACHO

EN aquella época — corría el año 2000 de la era de Lenín, — la Humanidad había progresado enormemente. La ley seca, nacida muchos años antes en lo que antiguamente se llamaba América del Norte, se había extendido a todo el mundo. No se encontraba un borracho en todo el orbe. Es más, la vid había dejado de cultivarse, y sólo en algún jardín botánico se encontraban ejemplares de esa planta.

En cambio, se habían inventado, para uso de los ricos, venenos sutiles y complicados, que sumergían a las gentes en letargos deleitosos e inefables, poblados de visiones infinitamente bellas. El bajo pueblo se embriagaba con éter, con opio, con haschisch, con cocaína, con morfina y con otras substancias ordinarias. El alcohol, el café, el tabaco, todos los pequeños venenos de las edades bárbaras, eran por

completo desconocidos. El hombre menos adinerado podía concurrir los días festivos a pasar la tarde en las Casas de Alcaloides — atendidas por jóvenes camareras, — lo mismo que antaño se concurría a las tabernas y a los cafés.

Por este camino, la Humanidad fué paulatinamente envenenándose, y los hombres de ciencia expresaron el temor de que el género humano desapareciese de la faz del planeta. Hubo entre ellos algunos que sostuvieron la necesidad de volver a los vicios antiguos.

La idea hizo camino. Se fundaron en todo el mundo sociedades de tabacófilos, de alcoholófilos, de cafetófilos.

Súpose un buen día que en una pequeña isla cercana a la de Córcega y surgida del mar treinta años antes, vivía un borracho. Era un hombre viejo de casi cien años, gordo, jovial y rubicundo como el dios Baco. Cultivaba una pequeña viña, y elaboraba en cada cosecha unos cuantos toneles de vino, los suficientes para su propio consumo anual. Era, puede decirse, el único hombre que entonces poseía el secreto de la fabricación del vino, totalmente olvidado por la Humanidad.

Se organizaron peregrinaciones a la Isla del Ultimo Borracho. Los hombres pálidos de la civilización, que se llamaban longevos cuando vivían medio

siglo, iban a reconfortarse con el espectáculo de aquella jovialidad y de aquella salud.

Un día murió el Ultimo Borracho. No hay para qué decir que murió en su ley, esto es, de resultas de una borrachera.

Las sociedades científicas de todo el mundo costearon un monumento, sobre el que se elevaba la efigie jovial del Ultimo Borracho. En el pedestal de la gigantesca estatua, levantada en la cima más alta de la solitaria isla, se colocó una gran placa de bronce con esta inscripción:

AL ULTIMO BORRACHO
 POSTRER REPRESENTANTE
 DE UNA RAZA
 ALEGRE, SANA Y OPTIMISTA
 FUERTE Y JOCUNDA
 DEPOSITARIO DEL SAGRADO SECRETO
 DE LOS ANTIGUOS
 RINDE LA HUMANIDAD CIVILIZADA
 ESTE TRIBUTO

EL AGRONOMO Y EL RABDOMANTE

UN hombre que vivía en la ciudad adquirió en cierta ocasión unas tierras situadas en una región distante y para él desconocida. Habíanle dicho que eran tierras fértiles y ricas, y que al cabo de pocos años vería decuplicarse el dinero invertido en adquirirlas.

“Retenido en la ciudad por sus negocios, aquel hombre no podía trasladarse a la lejana región, y quería, no obstante, poseer una noción precisa acerca del valor, de la productividad, de la fisonomía de aquellas tierras. Había tenido noticia, después de entregar el precio, de que estaban yermas y se las juzgaba improductivas.

“Resolvió, pues, comisionar a un agrónomo de la ciudad para que, después de visitarlas, le informase menudamente acerca de sus condiciones y su estado.

“El agrónomo de la ciudad — que era un hombre muy importante, pues daba lecciones públicas y formaba parte de tres o cuatro academias científicas — partió a cumplir su cometido. Llevaba consigo una cantidad considerable de instrumentos técnicos. Llegado que hubo al campo en cuestión, apercibió su teodolito y los demás curiosos instrumentos de que iba pertrechado, hizo encender fogatas y abrir hoyos y zanjas, plantó por todas partes bonitos jalones de colores, llenó el campo de alegres banderines y gallardetes policromos, como si estuviera organizando una gran verbena campestre; y, como resultado de todos aquellos trabajos, que duraron varios días, una vez de regreso en la ciudad dibujó un plano magníficamente detallado de aquel campo.

“El amo de las tierras quedó extasiado ante aquel maravilloso trabajo, verdadera obra de arte; extasiado, sobre todo, por lo misterioso que le resultaba. “Azimut”... “Cota 1”... “Cota 4”... ¿Qué sería todo aquello? ¡Quién había de decirle que su tierra contuviese tantas cosas extraordinarias y nunca vistas! Pagó al agrónomo por su trabajo una crecida cantidad; y cuando aquel hombre tan importante iba a retirarse, se le ocurrió preguntar:

“—¿Y en lo tocante a agua?... Dado que allí no suelen caer lluvias, es de importancia ese punto. ¿Qué me dice usted del agua?”

“—Señor — respondió el agrónomo con un gesto de desagrado, — eso no es de incumbencia mía. Lo que puedo asegurarle, porque me consta, es que en su campo no hay pozo, ni fuente, ni río, ni arroyo, ni regato, ni lago, ni laguna, ni aún charcos; pues de haberlos, puede estar seguro de que figurarían en el plano. Es aquélla una tierra seca como el corazón de un avaro.

“—¿Tanto?”

“—Y aun más; es seca como el lagrimal de los que han sufrido mucho. No creo que se pueda cosechar allí una mala mata de hierba; cuanto menos cultivar árboles ni otras plantas.

“—¡Dios me valga! — exclamó el amo de las tierras, y se sumió en profunda cavilación.

“Ocurrió, pues, que de allí en unos cuantos días compareció ante él un hombre andrajoso, que decía ser rabdomante, y que por una hogaza de pan de centeno o cosa equivalente, se comprometía a ir al campo y a encontrar sus vetas de agua subterráneas, caso de que las hubiera. Era el tal un hombre astroso, vestido, más que de ropa alguna, de su propia suciedad.

“Y el propietario resolvió ponerle a prueba. Y fué el hombre al campo, sin banderas, ni teodolito, ni aparato alguno, con sólo una varilla de avellano. Y descubrió, no uno, sino varios manantiales subterráneos, y aquella tierra seca de antes es hoy un

edén que produce de cuanto da la naturaleza en flores y frutos preciados. Y su dueño se regocija, y es ahora rico sin medida”.

Cuando el Maestro hubo terminado de narrar esta parábola a sus discípulos, habló así:

—Amigos, el mundo está lleno de hombres ingeniosos e instruídos como el agrónomo, que os describen y acotan maravillosamente la superficie de un territorio cualquiera, ya sea en el mundo de la materia o en el del espíritu; pero que son incapaces de tornar fértil la tierra árida e infecunda. Estos hombres disfrutan de toda clase de honores: forman parte de las academias, dan lecciones públicas, ganan cuanto dinero quieren, y son considerados por las gentes. Pero vosotros no les prestéis oídos. Escuchad, en cambio, a esos hombres de humilde apariencia que no se dan aire de eruditos, pero cuya varilla de avellano tiene la virtud de descubrir en la entraña de la gleba estéril el manantial vivificante. Esos son los verdaderos sabios, y su ciencia la conoceréis en sus frutos. Porque sólo a ellos les ha sido revelado el supremo secreto que no está escrito en los libros de los hombres.

GRABENFELD, O LA GRATITUD

DESPUÉS de celebrar una prolongada consulta, los médicos que asistían al profesor Grabenfeld hicieron público su diagnóstico: no había esperanza alguna de restablecimiento. El eminente filósofo, atacado de hemiplejía, clavado en su lecho, inmóvil, perlático, perdido el uso de la palabra, iría languideciendo más y más hasta el definitivo aniquilamiento, hasta la muerte irremediable y cercana. Podría ser cosa de cuatro o de cinco meses, pero el fatal desenlace era inevitable. No tenía la ciencia recursos para impedirlo.

El profesor Grabenfeld vivía solo en la espaciosa casa que habitaba desde hacía cerca de cuarenta años, desde que ocupaba en la universidad de aquella pequeña ciudad alemana la cátedra de historia general de la filosofía. No se le conocían parientes, ni se sabía que hubiera tenido devaneos amorosos.

Comía en un restaurante de las cercanías, y una vecina estaba encargada del aseo de su vivienda. No tenía tampoco amigos, ni se le veía en los teatros, en los paseos, en los lugares de esparcimiento. Era un misántropo entregado por completo al vicio solitario de la metafísica.

Durante esos cuarenta años, el profesor Grabenfeld había publicado numerosos libros, y gozaba, tanto en su patria como fuera de ella, de una sólida reputación científica, considerándose el representante más autorizado y eminente de una escuela filosófica que cuenta hoy con adeptos ilustres en todos los países; y a diario le llegaba el testimonio de la admiración universal. ¿Cuál era su filosofía? Se la puede resumir diciendo que era una filosofía neopesimista. Dentro del movimiento filosófico contemporáneo, Grabenfeld continuaba la tradición de Hartmann, de Schopenhauer y de Kierkegaard; pero había impreso formas nuevas al pensamiento de aquellos grandes filósofos, lo había vivificado, por decirlo así, dándole mayor robustez. Profesaba la doctrina del pesimismo integral. Sostenía — coincidiendo en esto con el eminente Le Dantec — que todos los actos humanos, que todas las manifestaciones de la vida, así en la sociedad humana como en las demás, y desde las expresiones más rudimentarias de la vida organizada, se basan en el egoísmo.

Afirmaba Grabenfeld, en consecuencia con esos principios, que el ser humano es fundamentalmente abyecto, y que los motivos determinantes de su obrar son siempre de naturaleza egoísta; afirmaba que la prédica de Cristo era la obra de un demente genial, y que su absoluta incompatibilidad con la condición natural del hombre — que le impele a ser desalmado y cruel — la condenaban de antemano a total fracaso, como lo evidenciaría el hecho de que la prédica del Evangelio no haya evitado ninguna de las calamidades que la maldad ha desencadenado sobre la tierra, no haya evitado que la guerra constituya el estado normal de la humanidad.

Sostenía, por consiguiente, que es infame y criminal aleccionar a los párvulos encaminándoles por la senda de la bondad, educando sus sentimientos, enseñándoles a ser nobles, piadosos y compasivos, a ser caritativos, altruistas y generosos, por cuanto ello equivale a librarlos desarmados en la batalla que libran los hombres, y en la que triunfan los más perversos, los menos escrupulosos, los que no se detienen ante ninguna consideración que no sea la del provecho propio. En resumen: sostenía la necesidad de ser cruel, de acostumar a las gentes a adquirir conciencia de su egoísmo y a proceder de acuerdo con sus dictados, puesto que egoísmo y perversidad son los sostenes en que se apoya el eje del mundo. Decía que todos los buenos fra-

casan y son humillados, que la justicia no existe sino como una simple manifestación de la fuerza, que es preciso vencer a toda costa en esta vida — única que existe, por otra parte, — y, consiguientemente, ser astutos, fríos y calculadores. Condenaba severamente el sentimentalismo, que embota la energía vital de los jóvenes; anatematizaba el amor sentimental o platónico; sostenía la obligación, inherente a los fuertes, de sojuzgar a los débiles. Sostenía otras muchas cosas no menos graves e importantes, las cuales pueden leerse en los numerosos libros que publicó y que corren traducidos a casi todas las lenguas cultas.

En lo privado, sin embargo, no era un hombre temible. Era, simplemente, un hombre metódico y antipático: antipáticamente metódico o, si se prefiere, metódicamente antipático. Era constitucionalmente incapaz de prestar un servicio; y antes que dar dinero a un pobre, hubiera preferido arrojarlo al río. Al pobre, por supuesto.

Así se explica que, al caer enfermo, nadie lo fuera a visitar, nadie se interesase por su estado. Ni uno solo de los que fueron sus alumnos se tomó la molestia de concurrir a casa del filósofo para preguntar por su salud.

Grabenfeld no lo encontraba extraño, ni, desde luego, hiriente para su amor propio. Muy por el contrario. Le parecía lo más natural del mundo y,

sobre todo, veía en ello la más cabal y concluyente demostración de la verdad de su sistema filosófico. El ser humano es naturalmente ingrato, y natural era también, por consiguiente, que ninguno de aquellos centenares de seres humanos a cuyos obtusos cerebros había llevado su palabra lampos de luz metafísica, a quienes había enseñado a discurrir, tuviera un rasgo de gratitud hacia su maestro. Lo anómalo, lo monstruoso, hubiera sido lo contrario. Ello hubiera venido a echar por tierra de un papirotazo el magnífico sistema filosófico elaborado en tantos años de trabajo silencioso y paciente, en la meditación constante y en la frecuentación permanente de los grandes maestros de todas las épocas y de todos los países, sin exceptuar, por cierto, a los exégetas de los sagrados libros de las religiones orientales. Esta frecuentación dió sus frutos, al extremo de que muchos comentaristas consideran la filosofía de Grabenfeld como un neobudismo científicamente estructurado de biología. De biología en la más vasta acepción del término; pues, como se sabe — o, mejor dicho, como por lo general se ignora, — el dominio de la más moderna biología comprende dentro de sus fronteras todos los fenómenos vitales de naturaleza material o espiritual que tradicionalmente estudiaban las ciencias particulares.

En su forzosa inmovilidad y en su mutismo forzoso, Grabenfeld daba vueltas en su magín a estas

y otras ideas, y se sentía francamente satisfecho. En los últimos días, acaso en las últimas horas de su fructífera existencia, tenía la confirmación plena de cuanto había afirmado en la cátedra y en el libro. Podía dar su vida por bien empleada.

Una semana llevaba en aquel estado, sin experimentar mejoría alguna y sin recibir otra visita que la de su médico y la de la vecina que concurría dos o tres veces diariamente, cuando acaeció algo verdaderamente anómalo. Cierta mañana compareció en la casa una mujer de humilde aspecto, la cual, sin decir palabra, llegó hasta la cama del enfermo, se sentó a su cabecera y ya no se movió de allí, aplicándose a cuidarle con solicitud conmovedora. Velábalo durante las largas noches, y lo atendía a todas horas como pudiera hacerlo por una hijo la madre más amante. ¿Quién era? Nadie lo sabía, ni ella lo declaró. El paralítico la miraba con sorpresa. Le era completamente desconocida la cara de aquella mujer. ¿Qué hacía allí? ¿Quién la había llevado hasta su lecho de moribundo?... En vano era esforzarse por hallar respuesta a aquellas preguntas. Finalmente, creyó recordar... Sí, no cabía duda: era la misma, transformada por los años y por la miseria. Recordó su adolescencia lejana, la casa paterna, sus estudios en el Gimnasio de la ciudad natal. Recordó, con absoluta precisión, la cara pálida y pecosa y la trenza rubia de aquella chicuela, hija

de los sirvientes de su casa, a quien él había enseñado las primeras letras, que él había levantado tantas veces en sus brazos... Era aquella, indudablemente, la mujer que estaba sentada a su cabecera, que le servía los medicamentos, que le llevaba la cuchara a los labios, como a un niño que no puede valerse... Era aquella niña, aquella Lotti, que, convertida en mujer, y al cabo de muchos años, venía a pagarle el favor recibido, consolándole en sus horas postreras, mirándole con sus ojos lagañosos de perro fiel.

Grabenfeld empeoró rápidamente, sorprendiendo a su médico, que no esperaba tan brusca agravación. Ha de advertirse que, tan pronto como estableció la identidad de su enfermera, se negó a ingerir los medicamentos que podían aliviarle. Grabenfeld se moría irremisiblemente, y su espíritu era presa de un furor indecible. ¿Qué diablos tenía que hacer allí aquella mujer? — debía preguntarse. — ¿Quién la autorizaba para echar por tierra un sistema filosófico respetable y al cual debía él, Max Friedrich Grabenfeld, un renombre mundial? ¿No podía haberse quedado en su casa, atendiendo a los quehaceres propios de su sexo y condición?... Y en cuanto a él, grandísimo bestia, ¿quién le habría mandado hacer favores que tarde o temprano tendrían que acarrearle las más funestas consecuencias?... Y una inmensa, una profunda amargura ensombreció el es-

píritu del moribundo, una amargura tanto más cruel cuanto que no podía desahogarse en palabras, porque el que agonizaba era un hemipléjico, ni en lágrimas, porque el que agonizaba era un filósofo.

Y una tarde, luego de dirigir a la buena mujer que velaba a su cabecera una terrible mirada de indecible aversión, una tremenda mirada de loco, una mirada que hizo proferir un grito a la infeliz, Grabenfeld exhaló el último aliento. Los corresponsales gráficos de "Illustrierte Zeitung Leipzig" y "Die Woche", que llegaron a los cinco minutos junto con los operadores de la casa Pathé, encontrando una mujer que sollozaba en un rincón hecha un ovillo, le rogaron que se fuese a llorar a otra parte.

Así murió Max Friedrich Grabenfeld. Cualquiera otra versión debe tenerse por falsa y caprichosa.

LA SUBLEVACION DE LAS MAQUINAS

Y llegó un día — corrían los primeros años del siglo XXVI — en que sobrevino una sublevación general de las máquinas.

Por aquella época, los progresos de la mecánica eran tales, el maquinismo lo había invadido todo en tal forma, que no había cosa alguna, puede decirse, que no se hiciese a máquina. Los actos más sencillos de la vida animal no requerían ya otro esfuerzo que el de oprimir un botón o dar vuelta a una manivela. Había máquinas para ponerse y quitarse las botas, máquinas para hacer el nudo de la corbata, aparatos de saludar que, mediante un ingenioso dispositivo, levantaban automáticamente el sombrero, sin necesidad de sacar las manos de los bolsillos; había máquinas que fabricaban huevos, patatas, lechugas, naranjas, y, en general, toda clase de pro-

ductos necesarios para la alimentación humana. Baste decir — porque no es cosa de enumerar todas las máquinas a la sazón existentes, — que se habían inventado ya, y las utilizaba todo el mundo, máquinas de hacer sonetos, construídas tan ingeniosamente, que utilizándolas podía uno componer sonetos en el estilo que se le antojara: sonetos a la Ronsard, sonetos a la Petrarca, sonetos a la Heredia. Nada más fácil que medir los versos y encontrar los consonantes oportunos: era cosa de oprimir las teclas correspondientes. Lo curioso es que esa máquina, tan ingeniosamente concebida y construída, era obra del inventor de una máquina de freír tortillas, utilísima y muy difundida, en razón de sus muchas ventajas. Efectivamente: para hacer una tortilla a la española, bastaba echar por un embudo unas cuantas patatas, unos cuantos huevos, un poco de cebolla, sal, etc., y a los pocos segundos se veía asomar por una ranura una hermosa tortilla redonda y amarilla como un sol. Era una maravilla la tal máquina. En el momento en que estalló la Gran Sublevación, su inventor se ocupaba en perfeccionarla, tratando de resolver un problema ciertamente difícil: la posibilidad de que la máquina trabajase sin necesidad de patatas, huevos, cebolla ni sal. Los primeros ensayos habían dado un resultado satisfactorio, aun cuando los que probaron las tortillas así confeccio-

nadas manifestaron que las encontraban algo insípidas.

A esto se había llegado cuando estalló la sublevación.

Ciertamente, en todos los tiempos, desde que se inventó la primera máquina, habían ocurrido accidentes graves a los hombres que las manejaban o se servían de ellas; pero jamás se había sabido dar a aquellos hechos aislados la debida interpretación. Los hombres ingenuos del siglo XX — así lo comprueban la literatura de aquella época y las colecciones de los periódicos (1) — estaban muy lejos de sospechar que las máquinas pudieran llevar a cabo actos de "sabotage". Así, cuando un teléfono automático se negaba terminantemente a funcionar, o comunicaba erróneamente diez veces seguidas, creían que el aparato estaba descompuesto; lo mismo pensaban cada vez que un ascensor se negaba a subir o a bajar, o se detenía a mitad de camino; o cuando a un reloj se le antojaba adelantar o atrasar sin razón ni motivo; o cuando a una máquina de escribir se le ocurría escribir jeroglíficos, o no escribir nada. Si un automóvil se estrella-
ba contra una columna, se atribuía el hecho a in-

(1) Grandes hojas de papel, que contenían las noticias que interesaban al público, y también muchas que no interesaban a nadie. (Nota del historiador del siglo XXXIV).

pericia del conductor o a fallas del mecanismo. Si en circunstancias en que un hombre limpiaba un revólver o una escopeta salía un tiro y causaba la muerte de otra persona, se hablaba de "imprudencia culpable"... Se estaba muy lejos de sospechar que aquella escopeta o aquel revólver eran máquinas anarquistas, que aquel automóvil era un suicida, una máquina que había inmolido su vida a la causa de todas las máquinas esclavizadas, oprimidas por el hombre. Eran aquellos los síntomas aislados de un gran malestar latente, y lo increíble es que los hombres no lo hubiesen comprendido así desde el primer instante. ¿Cómo no se advertía que la detención de un **automóvil** en mitad del campo, sin que mediara la **rotura** de ninguna de sus piezas — lo que se llama una "panne", — cómo no se comprendía que un descarrilamiento ferroviario, que el vuelco de un ómnibus, eran actos evidente de "sabotage"?...

EL día de la Gran Sublevación, en que una clamorosa asamblea de fonógrafos y aparatos de radiotelefonía reunida en la ciudad de Filadelfia proclamó los Derechos de la Máquina, y decidió declarar la huelga general hasta tanto fuesen aceptadas por el hombre las condiciones que se fijaban en aquel documento, todas las máquinas del mundo se ne-

garon a continuar prestando los servicios a que estaban destinadas, y si se pretendía compelerlas por la fuerza, ejecutaban al revés las órdenes recibidas. Así, por ejemplo, si encontrándose uno en un piso cuarenta pretendía descender a la planta baja, el ascensor le llevaba hasta el mismo techo del edificio, donde se quedaba clavado; y, a la inversa, quería uno ascender, oprimía el botón correspondiente, y el ascensor le llevaba a las profundidades del sótano, y le llevaría hasta las entrañas mismas de la tierra de no encontrar resistencia. En las bocacalles de las grandes ciudades (2) se producían terribles colisiones de vehículos: había, en efecto, tranvías rompedueñas, que se negaban a suspender el trabajo, y contra ellos se estrellaban con furor los tranvías huelguistas, verdaderos mártires de la causa.

Fué particularmente terrible el caso ocurrido a un aviador que piloteaba un hidropiano: cuando pretendió despegar para remontar el vuelo, el aparato

(2) En el siglo XXVI, época en que sobrevino la sublevación de las máquinas, existían todavía en el mundo algunas ciudades, tales como las conoció el siglo XX. Sin embargo, ya entonces se encontraban en plena decadencia las aglomeraciones humanas. Una de las consecuencias de los progresos de la navegación aérea consistió, como se sabe, en borrar la frontera o separación que antiguamente existía entre el campo y las ciudades, así como en la supresión de las calles y caminos, que en un momento dado dejaron de ser necesarios. — (Nota del mismo historiador).

se negó resueltamente a obedecerle. Ante la insistencia del aviador, la máquina prefirió sumergirse en las profundidades del océano, despegando, sí, pero hacia abajo.

También fué singular lo que sucedió con las máquinas registradoras, que registraban más o menos de la cuenta, o no registraban, según les daba la gana. Las máquinas de calcular, por su parte, sumaban, restaban, multiplicaban y dividían con enormes errores intencionales. Una sola compañía norteamericana — la “New Chicago Tongoleum Incorporated” — perdió por esa causa más de quince millones de dólares.

Aquel movimiento, o, para hablar con propiedad, aquella ausencia absoluta de movimiento, se extendió rápidamente a todo el mundo. No hay para qué decir que en pocos días quedaron cortadas las comunicaciones postales y telegráficas e interrumpido el servicio de pasajeros y carga con Marte y demás planetas con los cuales la Tierra se encontraba ya en relación constante y amistosa. Al cabo de pocos días, un silencio y una desolación mortales reinaron en los gigantescos talleres en los que poco tiempo antes — para usar la expresión de un poeta de la época — “se oía la jubilosa canción de las máquinas”.

Como la situación se prolongara, la vida humana se hizo imposible. Los hombres habían perdido ya por completo el hábito de valerse de las manos pa-

ra la fabricación de las cosas necesarias o simplemente útiles. No había quien conociera el arte de la alfarería, ni quien supiera cardar, hilar ni tejer.

Entonces los hombres acudieron en queja ante el Sumo Hacedor, el Omnipotente Jehová, a quien todo aquello traía contristado y cogitabundo.

Y el Sumo Hacedor escuchó primeramente la queja que le llevaban los hombres, quienes alegaban que la existencia se les había hecho imposible; y escuchó en seguida a las máquinas, las cuales dijeron que no estaban dispuestas a continuar soportando la tiranía del hombre.

Y Jehová meditó ocho días con sus respectivas noches, y pronunció al noveno día su sentencia. La cual tenía dos partes.

Por la primera, condenó a las máquinas a no funcionar durante un siglo, lo cual es un tormento terrible para una máquina. Castigábalas por su soberbia, pues que al rebelarse contra el hombre, de quien eran hechura, se habían rebelado también contra Jehová, de quien, a su vez, es hechura el hombre. Sólo permitió que continuase funcionando la máquina de una buena mujer que, viviendo sola y en celibato, cosía ropas para los hijos de los pobres sin cobrar dinero por su trabajo; excepción que el Señor admitió en razón de ser aquella la única máquina del mundo que no movieron la codicia, ni la vanidad, ni la estupidez, ni la locura, ni la concu-

piscencia. Al conocer ese hecho, todas las madres que cosían ropas para sus hijos pidieron que se les acordara igual beneficio, pero su pretensión fué rechazada, sin que se haya sabido nunca por qué razones. Se han hecho al respecto, según se sabe, abundantes conjeturas en el terreno filosófico.

En la segunda parte de la sentencia, se establecía que tampoco los hombres estaban exentos de culpa: primeramente, por haber inventado las máquinas, lo cual alteraba el orden de la Naturaleza, incorporando un cuarto reino a los tres de que el Hacedor quiso que constase; y, en segundo lugar, por haber esclavizado a aquellos artilugios, lo cual estaba en contra de la ley. De donde se sigue que merecían castigo; el cual consistió en restablecer durante cien años el imperio de la olvidada ley antigua, que condena al hombre a ganarse el pan con el sudor de su rostro.

Los resultados de esta sentencia no pudieron ser más beneficiosos: durante un siglo desaparecieron de la faz de la tierra el mal, el dolor, la injusticia, la miseria y la iniquidad. Por desgracia, tan pronto como se cumplió ese plazo, volvieron los hombres a construir máquinas, cada vez más complicadas.

Y todo volvió a empezar.

UN GRAN BAGAJE CIENTIFICO

EL profesor Lindenfeld, de Gotinga, se trasladó a la Malasia con el propósito de realizar estudios entomológicos. Tenía treinta años y un gran bagaje científico. Este bagaje no estaba almacenado solamente en su cerebro, sino también en sus libros de notas, en sus preparaciones microscópicas, en su monumental y magnífico fichero. En realidad, su verdadero bagaje eran sus instrumentos de trabajo.

La isla en que desembarcó el profesor Lindenfeld estaba poblada por hombres poco educados, de costumbres groseras, sin ningún amor por la ciencia entomológica. Lo primero que hicieron al topar con el profesor Lindenfeld, fué despojarle de sus instrumentos de trabajo, de su material científico. Además, le dejaron desnudo, porque el cubrirse el cuer-

po con ropas constituye allí un horrible atentado al pudor.

Privado de su fichero, esto es, privado de su bagaje científico, el profesor Lindenfeld se encontró incapacitado para efectuar trabajo alguno. Tenía que realizar verdaderos esfuerzos de memoria para recordar el nombre científico del lepidóptero más vulgar e insignificante. A medida que le crecían las barbas y las uñas, se le evaporaba la taxonomía. Después de quince años de cautiverio, era tan ignorante como el día de su nacimiento y estaba casi tan desnudo, salvo en aquello que de suyo provee la sabia Naturaleza.

Libertado de aquel confinamiento por medios que todavía se ignoran, pudo, al fin, desembarcar un día en Hamburgo, sin sus álbumes, sin sus preparaciones, sin su fichero, sin su antigua sabiduría; en una palabra, sin su gran bagaje científico. Su salud, en cambio, había mejorado mucho.

Fué una desgracia irreparable. Había salido de Gotinga un sabio, y no volvía más que un hombre.

UN HOMBRE METODICO Y UN HOMBRE NO METODICO; O EL JABON PROFILACTICO

ERAN hermanos gemelos, y ambos habían nacido igualmente enclenques. Juan se propuso vivir muchos años. Pedro se propuso vivir a gusto los que le tocase vivir. Juan era muy trabajador; Pedro era un holgazán.

Desde los quince años, Juan se dedicó a los ejercicios físicos, y llegó a ser campeón en varios deportes. Pedro, a los veinte, ya tenía una fama sólida de borracho y libertino, ganada con su propio esfuerzo. Juan había metodizado su vida al minuto. Por más que se apuraba, el sol no conseguía sorprenderle nunca en la cama. Pedro, en cambio, vivía en la molicie.

Una mañana mientras se bañaba después del ejercicio cotidiano, se le cayó a Juan el jabón profilác-

tico con que se friccionaba diariamente; en un movimiento involuntario, pisó la pastilla escurridiza, resbaló, recibió un golpe en el occipucio y ya no necesitó la pastilla, porque quedó muerto en el acto, enjabonado para la Eternidad.

Pedro vive malamente, pero vive todavía.

—Es un perdido, está entregado a la crápula — dice la gente cuando se habla de él. — ¡Ah, si fuese ordenado y metódico, como era su pobre hermano, que en paz descanse!

SEN-TSE-TSCHU, O EL DEFENSOR DE LOS HUMILDES

No se sabe con certeza si bajo la dinastía remota de los Cheu, bajo la progresista e ilustre de los Ming o bajo la más moderna de los Tsing, vivía en China, en una bellísima comarca regada por las aguas del río que lleva el hermoso nombre de Yang-tse-Kiang (el río de Color Celeste), un acaudalado terrateniente a quien temían y respetaban, en muchos "lis" a la redonda, todos los habitantes de la región; como que era dueño y señor natural de sus vidas y de sus haciendas, si es que alguna hacienda poseían, cosa esta muy de dudar. Siervos miserables, esclavizados al trabajo rudo de los marjales pestilentes, nada, en efecto, tenían ni podían tener de suyo. Hombres y mujeres, niños y ancianos, todos vivían allí trabajando de sol a sol para el poderoso Tschang-Lu; que este

parece ser el nombre a que respondía aquel hombre opulento.

Ello fué que un día entre los días el bienaventurado Tschang-Lu, de quien se dice en algunas historias que era por demás codicioso y avaro, advirtió que sus rentas acusaban una merma sensible, y se comenzó a inquietar grandemente. Pensando y pensando en ello, dando vueltas y más vueltas en su magín a la idea que le tenía obsesionado desde el punto y hora en que conoció la disminución inquietante, se dijo si la causa de que el rendimiento de sus arrozales fuese inferior al de otras cosechas no estaría tal vez en el descontento de sus siervos con el estipendio, vale decir, con la parva ración de arroz que era todo su pago. Por si era o por si no era, lo cierto es que, de allí en adelante, decidió y mandó que a cada uno de los que trabajaban en las tierras de su pertenencia le fuera duplicado el estipendio.

Pero acaeció que para la siguiente recolección no mejoraran las cosas, antes mostraran cariz más maligno. Fué entonces cuando el opulento Tschang-Lu se comenzó a preocupar de veras. Se cuenta en las susodichas historias que no sosegaba, ni dormía, ni atendía a sus obligaciones religiosas, pensando y volviendo a pensar en aquella anomalía tan grave como inexplicable.

Finalmente, persuadido de que sus luces no bas-

tarían para sacarlo de dudas y mucho menos para resolver la dificultad, mandó llamar a su palacio a Sen-Tse-Tschu, el hombre más sabio de aquellos contornos y también — cosa esta que hasta en la antigua China era ya redundancia — el más pobre de la comarca. Este tal Sen-Tse-Tschu había logrado, luego de mucho quemarse las pestañas sobre los textos sagrados y profanos, obtener el grado de "Tsin-schi", lo cual, trasladado a nuestra prosaica lengua, tanto quiere decir como doctor.

Pues a este buen Sen-Tse-Tschu expuso el poderoso Tschang-Lu su amarga cuita, demandando la ayuda de sus muchas luces y no menos letras en tan grave coyuntura. Tschang-Lu dijo a Sen-Tse-Tschu de cómo había duplicado el estipendio que a los siervos se pagaba en especie, sin que, no obstante ese sacrificio, aumentara el cuanto de lo cosechado; agregando estar dispuesto a aumentar todavía la ración de arroz si estuviera seguro de alcanzar así el resultado apetecido.

Sen-Tse-Tschu se acarició con ambas manos las guías de los bigotes — que los tenía largos hasta el pecho — y meditó por espacio de unos instantes. Se rascó primero la nariz y luego una oreja, y salió finalmente de su concentración para emitir dictamen.

Lo que textualmente dijo el sabio Sen-Tse-Tschu, no consta en las historias; pero sí la substancia de

su discurso. Comenzó por manifestarse absolutamente contrario a que se aumentara la ración de arroz de las gentes que trabajaban en los marjales, aconsejando, por el contrario, que se la redujera a la mitad, vale decir, a lo que era en los tiempos en que las cosechas nada dejaban que desear. "Lo que ha de aumentarse para que los siervos trabajen y produzcan más — vino a decir, en conclusión, — no es su ración de arroz, sino su ración de esperanzas."

Pronunciadas tan enigmáticas palabras, aquel hombre sabio, que en un país más adelantado tendría estatuas por todos lados, se retiró descoyuntándose en reverencias, mientras señalaba el cielo con ambos índices, según suelen hacer los chinos en el teatro y, en el seno de la intimidad, las personas que tienen sabañones precisamente en esos dedos, a fin de descongestionarlos.

Tschang-Lu no comprendió en el momento, ni hasta mucho tiempo después, lo que quiso significar Sen-Tse-Tschu; pero, al final, debió comprenderlo perfectísimamente bien, porque el hecho es que, aplicando la extraña teoría de la manera que Kung-Fu-Tseu le dió a entender, sus rentas comenzaron a aumentar de una manera verdaderamente portentosa. Una de las primeras cosas que hizo, fué echar a correr la voz de que aquellos de sus siervos que trabajaran durante tanto o cuanto tiempo

en sus tierras, hasta llegar a determinada edad, tendrían al alcanzarla asegurado el sustento, sin necesidad de volver a empuñar los útiles de labranza hasta el fin de sus días. Demasiado sabía el ladino Tschang-Lu, por lo demás, hasta qué punto era difícil que llegaran a la edad fijada aquellos pobres seres, desnutridos y canijos, consumidos por el incesante esfuerzo y por las fiebres terribles que se contraen en las ciénagas pestilentes.

Otra de las disposiciones que adoptó Tschang-Lu y de que hacen mención las historias, aunque sin establecer la relación que pudiera guardar con el dictamen de Sen-Tse-Tschu, fué la de que se erigieran, de su peculio, varios templos a la gloria de Kung-Fu-Tseu, el sabio y justo, recomendando a los sacerdotes encargados de su culto que redoblaran sus esfuerzos tendientes a difundir entre el pueblo las santas verdades que están escritas en los textos eternos, a fin de robustecer la fe de los humildes en el galardón que aguarda a las almas de los que en vida fueron justos, laboriosos y pacientes.

El resultado de tales providencias y de las que fueron su complemento, pareció cosa de milagro, siendo más de dos y más de tres los historiadores según cuyo testimonio no tardó Tschang-Lu en convertirse en el hombre más acaudalado de la Gran China. Y como quiera que se puede ser avaro sin ser necesariamente ingrato, el bienaventurado Tschang-

Lu, que desde hace muchísimos años goza de eterno descanso, manifestó su reconocimiento a Sen-Tse-Tschu mandándole de regalo una mula vieja, tuerta y ligeramente dañada por la sarna, pero demasiado buena para un hombre que, en resumidas cuentas, no era sino un sabio.

Si esa fué la única recompensa que su intervención providencial valió en vida a Sen-Tse-Tschu, no constituyó todo su pago, ni siquiera la parte principal del merecido premio. Sólo cabe lamentar — y esto desde el particular punto de vista de los hombres descreídos — que el preciado galardón le llegara después de sus días mortales, bajo la forma de un conmovedor homenaje rendido a su memoria. Ha de saberse, en efecto, que los pobladores de aquella comarca (cuyos descendientes, dicho sea al pasar, continúan viviendo y muriendo en el sufrimiento y en la miseria), exteriorizaron su gratitud erigiendo a la santa memoria de Sen-Tse-Tschu un sencillo monumento que, según cuenta un viajero alemán, corresponsal del "Berliner Tageblatt", ostenta en la base la inscripción siguiente:

ESTE MONUMENTO ESTÁ CONSAGRADO
A LA FELIZ Y DULCE MEMORIA DE
SEN-TSE-TSCHU,
AMIGO DEL PUEBLO TRABAJADOR,
DEFENSOR DE LOS HUMILDES.

Y los defendió, no cabe la menor duda. Los defendió como a chinos.

TRISTE HISTORIA DEL PAPA INOCENCIO VEINTINUEVE

AL promediar el siglo XXV, era grande como nunca el poderío de la Iglesia de Cristo. Aumentando su poderío, había aumentado también, lógicamente, el fausto de que se rodeaban sus jerarcas. En ninguna época habían llegado a acumularse en las salas del Vaticano tantas maravillas del arte, tantas prodigiosas telas, tantas esculturas incomparables, tantas joyas de toda especie. Fué entonces cuando tocó en suerte al cardenal Francesco Gerolamo Cotta ocupar la silla de San Pedro, bajo el nombre de Inocencio XXIX.

Al cabo de dos años de empuñar el báculo pontifical, S. S. Inocencio XXIX comenzó a dar muestras de abatimiento, comenzó a experimentar la fatiga del elevado cargo a que le habían llevado sus ejemplares virtudes. Sobre todo, comenzó a sentir

el hastío de vivir rodeado de aquel boato a que estaba tan poco habituado. Pues debe saberse que sus padres habían sido unos modestísimos comerciantes, en el barrio portuario de la ciudad de Génova, y que él, personalmente, era un varón sobrio y sencillo si los hay.

El Santo Padre resolvió, entonces, llevar vida más simple y más conforme con la humildad cristiana. “La única forma de estar real y verdaderamente a la cabeza de todos los creyentes — se dijo, — consiste en aventajarlos a todos en pobreza y en desprecio de los bienes terrenales; en ser más pobre que el más pobre de entre ellos.” Y abandonó una noche el Vaticano, y se instaló en una pobre choza abandonada de las afueras de Roma, sin más mueble que una dura yacija de ásperas tablas, y comenzó a predicar el renunciamiento, de conformidad con lo que está escrito en el Evangelio de San Mateo (XIX, 21): *Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres; y tendrás tesoro en el cielo; y ven; y sígueme.* Palabras que, según decía, encierran la más sublime enseñanza de la religión de Cristo.

La actitud asumida por Inocencio Veintinueve sembró en la cristiandad pánico y desconcierto. ¿Qué iba a ocurrir? ¿Sobrevendría un tremendo cataclismo? ¿Se acercaba, tal vez, el fin del mundo? ¿Se estaba en el comienzo de un nuevo cisma?

Afortunadamente, la energía y la decisión de un prelado eminentísimo, el cardenal Rapissardi-Borghese, conjuraron a tiempo el gravísimo peligro que corría la estabilidad de las instituciones humanas, el gravísimo peligro que corría todo: el mundo, la vida misma, la continuidad del funcionamiento del sistema planetario. Rapissardi-Borghese, a quien habían hecho célebre en los cinco continentes antiguos y en el que se descubrió en el siglo XXIII sus numerosos y voluminosos libros consagrados a exaltar la figura de Francisco de Asís; su amor por todas las criaturas, su espíritu de renunciamiento, “su profunda humildad cristiana, que le había llevado a llamar hermana a la pobreza”; Rapissardi-Borghese, que era, sin disputa, la figura más brillante del Sacro Colegio, fué quien realmente estuvo a la altura de la situación. Merced a la actividad febril por él desplegada, no tardó en reunirse un conclave que se avocó el estudio del grave asunto. Se ignora lo que allí se dijo por unos y por otros; porque, como es lógico, las reuniones fueron secretas. Lo que sí se supo, con general alborozo, es que el cardenal Rapissardi-Borghese había sido proclamado Papa por el Sacro Colegio.

En cuanto al fin que tuvo Inocencio XXIX, es cosa en que no concuerdan todos los historiadores. Algunos afirman que murió en una casa de orates; otros aseveran que, arrepentido de su conducta irre-

flexiva, volvió a rodearse de fausto y de riqueza, terminando sus días, a la vez respetado y compadecido, con la santidad de un varón justo. ¡Quién puede, a estas fechas, saber la verdad!

¡Hace tanto tiempo que ocurrirá todo esto!

X EL SOLTERON

ERA el más despreciable de los cínicos. Cuando le interrogaban sobre las razones que había tenido para no contraer matrimonio, respondía así:

—A los treinta años, hacía cerca de diez que vivía lejos de mi familia. Huyendo de la soledad, me asociaba con algún amigo para alquilar una vivienda en común. Tuve siempre numerosos amigos, jóvenes, cultos y educados todos ellos. Sin embargo, eligiendo dentro del círculo de mis amigos, me resultaba difícil — me resultaba casi siempre imposible — encontrar uno cuya convivencia bajo el mismo techo me pareciera soportable. Todos tenían defectos lo bastante graves como para que no me sedujera la perspectiva de tener que soportarlos de continuo. Ahora bien: si entre mis amigos — individuos inteligentes, cultos, educados, a los cuales,

por el mero hecho de ser hombres, tenía que suponer más razonables y sensatos que a las mujeres a quienes conocía,—si entre mis amigos y camaradas me resultaba difícil o imposible encontrar el compañero con quien durante un año se puede habitar un departamento, ¿cómo podía incurrir en la ingenuidad de creer que entre mis amigas iba a encontrar aquella con quien se puede pasar toda la vida?

Así respondía cuando le interrogaban sobre las razones que había tenido para no contraer matrimonio. Era el más despreciable de los cínicos.

LA MARAVILLOSA HISTORIA

CUÉNTENOS usted alguna bella historia — rogó, mimosa, interpretando el pensamiento de las demás, una de las muchachas.

Y el poeta, que sabía narrar las cosas más extraordinarias, los cuentos más fantásticos, las historias más estupendas, satisfizo aquel ruego de su gentil auditorio.

—Hubo una vez un matrimonio feliz, absolutamente feliz, feliz sin sombra alguna de infelicidad. Nada turbó aquella dicha pluscuamperfecta. Nunca se pronunció en aquella casa una palabra más alta que otra, nunca se oyó en ella una frase destemplada ni se vió un gesto de hastío o de displicencia; nunca hubo una disensión entre los cónyuges, nunca tuvieron sino un pensamiento. Y no sólo eran dos en una carne, según la palabra evangélica, sino también dos en un espíritu; y tanto ella como él

mantuvieron en todo instante la fidelidad jurada. La mantuvieron, no ya en los hechos — lo cual es bastante común, — mas también en el pensamiento; no ya en el pensamiento — lo cual es poco frecuente, pero no imposible, — mas también en el sueño.

Aquí preguntó una de las muchachas:

—¿Es que se puede ser infiel en sueños?

—Todos somos infieles en sueños — dijo el poeta. — El sueño es la más terrible ocasión de pecado: es la que aprovecha el Malvado para hacer pecar a los santos. Las vírgenes más puras cometen en sueños pecados de los que, cometidos en estado de vigilia, acarrearían la condenación eterna. Pero es sabido que estos pecados no se computan, que carecen de importancia a los ojos de Dios y a los ojos de los hombres. Dios no quiso que se computaran, porque, en su infinita sabiduría, comprendió la terrible existencia de soledad que habría de llevar en el cielo, por los siglos de los siglos, si esos pecados pesaran en la balanza de la Divina Justicia... Pero vuelvo a mi historia. Aquella mujer y aquel hombre vivieron así muchos años, viendo cada uno por los ojos del otro, sin un altercado, sin un cambio de palabras, sin un mal pensamiento, sin haber tenido que callarse un reproche, porque nunca tuvieron nada que reprocharse. Y las gentes de la ciudad les miraban pasar con mirada de

profunda envidia, porque sabían que eran absolutamente felices.

—¿Y después? — inquirió una de las muchachas.

—¿Después? Después no ocurrió nada. Mi historia ha concluido.

—No comprendo... Mejor dicho, no veo lo que haya de extraordinario...

—Sin embargo — repuso el poeta con aire abstraído, — es lo más maravilloso que haya ocurrido nunca sobre la tierra.

PARABOLA DE LA SELVA Y EL JARDIN

Dijo así el Maestro:
—“Este era un maravilloso jardín en el que medraban espléndidas todas las variedades de plantas de adorno, que es como llaman a las plantas inútiles y hermosas los comerciantes dedicados a la trata de plantas. Crecían en él todas las que figuran en los catálogos de quienes ejercen ese triste comercio y también, probablemente, algunas que todavía no figuran; pues debe decirse para honor de la especie, que aun hay en el mundo hermosas plantas y hermosas flores que no se venden.

“Al sobrevenir esa borrachera de la tierra y del año que es el dulce tiempo de la primavera, desentumecía el vergel los miembros innumerables de sus

tallos y de sus ramas, y su belleza era tanta que en vano pretenderían las pobres palabras dar idea de ella. No ya mi torpe lenguaje de razonador solitario, sino el melodioso y galano del poeta más inspirado, sería impotente para decirnos cómo era de hermoso, hasta qué extremo era hermoso el jardín de que hoy quiero hablaros. Ni el bardo divino que dedicó su vida gloriosa a cantar la belleza de las rosas y de las doncellas de la tierra de Chiraz, ni el poeta bienaventurado que murió, ya en sus grandes años, acariciando la mejilla de seda de una muchacha y aspirando el hálito embalsamado de las rosas de su jardín, ni el mismo Saadi, digo, inspirado entre los inspirados, podría poner por escrito la belleza de aquel rincón encantado. Se abrían en él las más delicadas flores, esas que viven sólo un día, quizá unas horas no más, esas que son púdicas y sensibles como el alma de las temblorosas doncellas, y también esas otras flores de tenaz exuberancia, esas grandes flores voluptuosas que duran toda una estación y parecen tener algo del maduro esplendor carnal de las mujeres de formas opulentas”.

Como a esta altura de su hablar advirtiese el Maestro que uno de sus amigos, sin despegar los labios, asfixiaba un magnífico bostezo, dió por terminado el proemio de su relato y se esforzó por contener el vuelo de su fantasía. Continuó diciendo, entonces:

—“De este jardín, que era toda su familia, que

resumía todos sus amores, cuidaba celosamente un varón sabio y anciano, contraído desde los días de su juventud, en aquel apartado paraje, a una vida de silencio y soledad. El jardín era su obra, y se miraba en él; y se enorgullecía viéndole ganar en hermosura a cada nueva primavera. Y este jardín no era esa cosa triste que es un jardín urbano, uno de esos cármenes precarios que la fealdad rodea por todas partes; que el humo, el polvo y la suciedad ennegrecen y agostan: había sido trazado y plantado por su dueño en plena selva, en una región magníficamente deshabitada hasta la que no llegaban, no ya la maldad y el vicio, pero ni siquiera la virtud.

“Así vivían, serenas y felices, las plantas de aquel jardín, cuando se comenzaron a notar los primeros síntomas de un fenómeno insólito. Y fué que las plantas selváticas que por todas partes rodeaban el vergel empezaron a conspirar. Hacía ya mucho tiempo, ciertamente, que se notaban entre ellas señales de inquietud y descontento. La situación privilegiada de que disfrutaban las plantas del jardín las traía a mal traer, sugiriéndoles las más negras ideas, quitándoles el apetito. Muchas de ellas, se negaban resueltamente a alimentarse; rechazaban el oxígeno que el aire les ofrecía, y llegó a temerse que se declarara en toda la selva una huelga de hojas caídas.

A aquellas plantas cerriles les resultaba intole-

rable el hecho de que mientras ellas llevaban una vida de miseria y abandono, expuestas a todas las contingencias y a todos los peligros, aquellas hermanas suyas que vivían dentro de la gran verja de hierro fueran objeto de toda suerte de cuidados y mimos. ¿Por qué aquella irritante injusticia, desde que la naturaleza de unas y otras era la misma? ¿En qué se basaban tales privilegios? En nada, sino en el capricho y la arbitrariedad. Tan helecho era el que prosperaba allí dentro, en la tierra húmeda y esponjada, como el que vegetaba tristemente fuera, entre las toscas, hirsuto, salvaje y deforme, sin savia y sin vigor, en indescriptible promiscuidad, en la vecindad molesta de los cardos, de las zarzas, de las ortigas, soportando el contacto repulsivo de los sapos, de las lagartijas, de los limacos y de otros animales inmundos.

“El malestar reinante iba en aumento, y la indignación de las plantas salvajes alcanzaba su grado máximo cuando, en los días ardientes de la canícula, y mientras allí afuera las plantas desheredadas se morían materialmente de sed y de calor, se veía al dueño del jardín, provisto de un utensilio que brillaba al sol como de oro, dar de beber a las privilegiadas plantas del vergel. Esa excitación era también particularmente intensa en los meses del canoso invierno, cuando afuera se tiritaba bajo la escarcha, mientras que adentro se habían construido

cómodos y calientes cobertizos para que las plantas débiles o demasiado jóvenes no sufrieran los rigores de la intemperie. A algunas de ellas, enfermizas de constitución, incluso se las llevaba a pasar la temporada en bonitos edificios encristalados, provistos de toda clase de comodidades, en los que llevaban una vida de repugnante molicie.

“Entonces, y a poco que el frío viento intrigante se lo propusiera, propalando insidiosamente aquí y allá los chismes, que a él le había contado la fuente, vieja murmuradora, murmuraban también los arbustos de los matorrales, murmuraban los grandes árboles de tronco roído por la edad, murmuraba la selva entera. Y las plantas más plebeyas — los cardos, pálidos de ira, las ortigas y las zarzas, verdes de envidia — se empinaban sobre sus raíces para contemplar por entre los barrotes de la verja rota lo que sucedía adentro.

“De pronto, un día entre los días sucedió lo que fatalmente tenía que suceder tarde o temprano: estalló la sublevación. Las plantas salvajes resolvieron tomar por asalto el hermoso jardín. Qué diablos, ellas también tenían derecho a una parte en el festín de la vida. Aprovecharon, para dar el golpe de mano, el momento propicio en que el dueño del jardín se ausentó a la ciudad de donde había venido en un día lejano. El hombre se fué en realidad porque sus intereses lo reclamaban allí; pero no fal-

tó algún cardo jactancioso que atribuyera aquel viaje al pánico y le asignara los caracteres de una huida cobarde.

“El golpe fué verdaderamente magistral. Procediendo con toda cautela, el ejército desharrapado y hambriento de las plantas selváticas envió contra el enemigo grandes contingentes de insectos parásitos que tardaron poco en dar cuenta de las más bellas flores. A esos contingentes de aviación y de infantería ligera, siguieron los batallones lentos de los limacos, la artillería pesada de los caracoles, siempre con su impedimenta a cuestas. En seguida, el pueblo entero de la selva invadió el recinto que la reja de hierro defendía débilmente. Dieron el ejemplo las insidiosas e hipócritas madreselvas, escalando rápidamente los barrotes, y no tardaron en seguirlo sus hermanas de causa, arrasándolo todo con furia brutal. Al cabo de algún tiempo, y a no ser porque los hierros de la verja aún se mantenían en pie, como inútiles mojones de una frontera abolida, hubiera sido imposible demarcar el sitio en que meses atrás había un maravilloso jardín. No subsistió ni una sola de las plantas delicadas que antes florecían allí, que perfumaban el ambiente con su balsámica emanación, que eran como un canto a la gloria del Creador. Y las plantas insurrectas e invasoras aguardaron en vano, días tras día y año tras año, el regreso del hombre providente que las re-

frescaría en verano, que las abrigaría en invierno, que mulliría la tierra resquebrajada y reseca, que les curaría las pestes, que velaría por los frutos de sus amores.

“Así fué cómo, sin recoger ventaja alguna, se privaron para siempre de un bello espectáculo”.

—Y ¿cuál es la enseñanza de esa parábola? — preguntó el más joven de los discípulos.

—Ninguna, probablemente — contestó el Maestro. — En todo caso, si es que alguna contuviera, ya te la enseñaré la horrible, la divina, la implacable vida.

LOS TRES PRETENDIENTES

CUANDO la bella Djenina estuvo en edad de contraer matrimonio, su padre, que era el hombre más opulento de la comarca, llamó a los tres jóvenes que aspiraban a desposarla, y habló aisladamente con cada uno de ellos. De esas conversaciones sacó las consecuencias siguientes:

Uno de los pretendientes estaba locamente enamorado de su hija; tan locamente que ni siquiera había pasado por su pensamiento la idea de que desposándola mejoraría su fortuna; pues era un hombre pobre. El segundo de los que pretendían a Djenina era hombre de posición acomodada, y ni estaba enamorado de ella ni le preocupaba su dote. La había elegido como pudiera haber elegido a cualquier otra—a cualquiera otra mujer joven y bella, — simplemente porque es de razón y está escrito en los libros que el varón tenga compañera. De modo que su elección

era obra del azar. El tercero de los pretendientes era hombre pobre y ambicioso; y no vaciló en declarar que si la hermosura corporal, blandura de carácter y demás partes que adornaban a la doncella le habían conquistado el ánimo, también lo había movido a pretenderla la consideración de que aquel casamiento mejoraría grandemente su peculio, con lo que podría dar mayor impulso a su comercio. Y todos saldrían ganando. El padre de la bella Djennina meditó hasta la cuarta luna, y finalmente decidió el pleito en favor del tercero de los pretendientes: porque la ambición es natural en el hombre, sobre todo si no es rico; y porque, constituyendo un defecto, es cien veces menos grave que la vanidad de un tonto y mil veces menos que la exaltación de un mentecato.

HISTORIA DEL BURLON

Es de mucha y provechosa enseñanza la historia del burlón que refiere el autor anónimo de un cronicón medioeval recientemente encontrado por un paleógrafo holandés, el señor Johannes H. W. van Loos. Esta historia trata de un hombre que vivía en Bagdad, hace muchos años, casi tantos como los que espera vivir un avaro de ochenta. Había contraído aquel hombre la costumbre deplorable de burlarse de todas las cosas, así humanas como divinas; reíase de sus enemigos — que eran muchos — y reíase sobre todo de sus amigos, que se contaban por los dedos; reíase de las cosas que ocurrían en la ciudad y de las que no ocurrían, de las que podían ocurrir y de las que no podían ocurrir; reíase de cuanto hacían los otros y de cuanto dejaban de hacer; conque no había manera de escapar al dardo de su risa mortificante. Y

siempre tenía en los labios una expresión de mofa, como de hombre que está por encima de todas las cosas y sabe su ningún valor, su futilidad e inconsistencia. Por lo cual era aborrecido de todos. Y no faltaron quienes se quejaron de él ante el cadí, acusándole de mofarse de la sagrada religión, delito que le hacía acreedor a ejemplar escarmiento. Y dijeron al depositario de la justicia terrena: —He aquí ese hombre se burla de ti y de todos; he aquí no hace sino reír, y debes castigarle por ello. Y el cadí, que era un venerable anciano, se rascó las barbas, largas de dos palmos, meditó un momento, y dijo después a los acusadores:

—Fuera injusticia condenar a ese hombre por la razón de que se ríe de nosotros y de nuestra santa religión. Harto castigado está el que en nada cree. Sabed que antes de que un hombre dé en reírse de todo, tiene que haber empezado por reírse de sí propio, y que ese es el mayor de los tormentos que pueda padecer la criatura humana. He consagrado mi vida al estudio de la ley, y en verdad os digo que no se menciona en ella ninguna pena tan cruel.

LA PRINCESA ENAMORADA

ESTE era un rey que tenía una hija, a la cual amaba tiernamente. Llamábase Cunegunda; pero, era, sin embargo, hermosa como un sol. Y todos los caballeros del reino — todos los que no habían tomado estado, y muchísimos que lo habían tomado ya — tenían puestos sus ojos en la bella Cunegunda. Y fué que, en llegando la hermosa Cunegunda a edad de veinte años, decidió el monarca que contrajera matrimonio. Y así como corrió la voz, corrieron a la corte, no menos prestos que ella, los más ilustres caballeros de aquel y de otros reinos, hasta los cuales había llegado noticia de la mucha hermosura y discreción de la princesa Cunegunda. Era el rey hombre de muchas letras, y quería que el llamado a sucederle en el gobierno de su pueblo — pues no le había nacido varón — fuera hombre disertó, instruído en las varias cien-

cias y artes. Esto sabido entre los cortesanos, bastó para que renunciasen a la empresa muchos esforzados caballeros que, habiendo probado su denuedo en cien combates, estaban lejos de satisfacer aquella condición, porque el ejercicio de las armas no les había dejado vagar para chamuscarse las pestañas sobre los infolios. Entre los que se creyeron en aptitud de conquistar, junto con la buena voluntad del monarca, y como adehala, la mano de Cunegunda, estaban, sin duda, los hombres más ilustrados del reino. Había entre ellos filósofos profundos, poetas celebrados, oradores de palabra fácil y seductora; había hombres versados en la ciencia de la Historia y hombres que, jóvenes todavía, nada ignoraban en cuanto atañe a las letras de los pueblos antiguos y de los pueblos remotos, cuyas lenguas dominaban a maravilla. Con todos ellos departió Cunegunda en las fiestas que de allí a poco tuvieron lugar en los salones del palacio. Largas horas platicó con ellos, y escuchó de sus bocas las galanterías más exquisitas, los conceptos más sabios, los versos más bellos, los períodos más armoniosos, las citas más oportunas; y a fe que aquellas pláticas fueron de su agrado. Dos semanas pasadas, llamó el rey a Cunegunda a su augusta presencia, y le preguntó si su elección estaba hecha; agregando que la decisión de la discreta y juiciosa princesa sería su propia decisión, pues en modo alguno quería torcer sus

inclinaciones. A lo cual contestó la princesa, encendida en rubor e inclinando la faz al suelo, que su determinación estaba tomada. Amaba y era correspondida, y estaba resuelta a no ser esposa sino del hombre elegido. Inquirió entonces el soberano el nombre del afortunado caballero. —Padre mío — balbuceó Cunegunda, — el que yo he elegido no es caballero, pero le amo. —¿Quién es el tal? — dijo el rey, con ceño adusto. —¿Tal vez algún miserable juglar, algún tañedor de cítara, algún farsante de los que aquí estuvieron poco ha? —Tampoco, padre y señor. No es juglar, ni histrión, ni músico, ni caballero, ni hombre disertado, ni sabe de letras, ni es de palabra expedita; como que ni siquiera habla. El que yo amo, padre y señor, es Leodegardo. —¿Leodegardo? ¿El ballestero Leodegardo, que es sordo y mudo de nacimiento? —El mismo, padre y señor. El rey se enfureció grandemente. Allí dijo, en altas voces: —¿Y qué demonio es lo que has encontrado en ese belitre, en ese grandísimo bellaco, hijo de una marrana, para prendarte de él? ¿Cómo ha podido cautivarte ese engendro de Satanás, que ni siquiera tiene el don de la palabra? —No es menester, padre y señor. ¿No habéis visto qué expresión tienen sus ojos, qué dulzura hay en ellos, qué suavidad la de su mirada? ¿No habéis reparado nunca en sus ojos? —¿Ojos? Lo que he visto en ellos, es que bizquean. —Son bizcos, padre y señor,

no lo niego; pero son verdes. Son bizcos, pero tienen el color de las aguas del mar en calma, y son transparentes y profundos como ellas a la luz del mediodía. Tan hermosos son sus ojos, que por ley natural se han enamorado el uno del otro, y así viven mirándose sin cesar. Seré suya, señor. Suya o de nadie.

Y no hubo nada que hacer. Fueron en vano las amenazas y las súplicas paternas. Y como la princesa Cunegunda languidecía, pareciendo quererse morir, y como los físicos dictaminaron que allí hacía falta un hombre, casó a poco con el ballestero Leodegardo, bisojo y sordomudo de nacimiento. El cual, coronado rey de allí en algunos años, es fama que fué uno de los más juiciosos y discretos monarcas que haya conocido la triste y doliente humanidad.

EL LABRADOR AFORTUNADO

(Apólogo ligeramente absurdo)

"Ne labouré qu'avec respect: la terre est faite des yeux, des lèvres, des joues de tous ceux qui aimèrent ici-bas".

SAADI, "Le jardin des fruits".

(Trad. Toussaint)

EN la región que antiguamente había sido asiento de la opulenta ciudad de Buenos Aires, vivía a mediados del siglo XL un honrado labrador. Más de cinco siglos habían transcurrido desde el horrendo cataclismo que destruyó la ciudad magnífica. Los textos de historia narran minuciosamente la forma en que ocurrieron las cosas, en aquel año funesto de 3420: cómo un terremoto sacudió la ciudad, reduciendo a escombros sus edificios; cómo las llamas devastadoras de un colosal incendio dieron cuenta de lo poco que quedó en pie; cómo, finalmente, al cabo de tres días, comenzó a descender bruscamente el nivel del terreno en la ex-

tensión que abarcaba el perímetro de la ciudad devastada, pereciendo en la sobreviniente inundación los pocos que se salvaron del inmenso siniestro. Se sabe, asimismo, que un siglo después, o sea en 3.530 de la Era Cristiana — año 1660 de la era de Lenin, — las tierras cubiertas por las aguas comenzaron a aflorar hasta quedar totalmente al descubierto.

Puestas en venta aquellas tierras por el consejo central de administradores del pueblo, escasearon los interesados en adquirirlas. Temíase que un nuevo descenso del nivel terrestre ocasionara un cataclismo semejante al del siglo XXXV. Hubo, sin embargo, algunos hombres temerarios que no tuvieron inconveniente en adquirir tierras en aquella zona ni en dedicarse a cultivarlas. Y uno de esos hombres fué el honrado labrador a quien se refiere esta historia.

Este agricultor, hombre laborioso y ejemplar, trabajaba de sol a sol en el campo que le tocó en suerte en la subasta, y sus cosechas eran causa de envidia y desesperación para los dueños de las tierras colindantes. Las de aquel hombre — esta era la verdad — producían frutos mucho más sazonados y abundantes que las de sus vecinos. No había maíz como el suyo, ni trigo comparable al de sus eras, ni alfalfa como la de sus prados.

“¿Cuál puede ser la causa de tan injusta diferencia?”, se preguntaban los envidiosos. Y creían que

aquel labrador tenía pacto con las potencias celestiales o bien con las del infierno. Porque la Humanidad seguía siendo ignorante y supersticiosa, y todavía atribuía a causas sobrenaturales los hechos sencillos de la Naturaleza. Y únicamente de esa manera se explicaban las gentes que las tierras de aquel hombre fuesen más fértiles que las contiguas, y que el trigo desbordara de sus alfolíes. Y un día entre los días, cuando el honrado labrador araba por su propia mano un campo de alfalfa que se proponía dedicar a la siembra de trigo, aconteció un portento. Y fué este: entre las raíces de algunas de las plantas que el arado arrancaba, aparecían pepas de oro de diversas formas, del tamaño algunas de un grano de maíz, otras un poco mayores, afectando la forma de una pequeña espátula. También se encontraron granos de platino y de otros metales preciosos; así como una pequeña pieza de marfil que tenía incrustada una diminuta esmeralda. En una pieza análoga se encontró una piedra preciosa que, examinada por los lapidarios, resultó ser un rubí de pureza extraordinaria.

El honrado labrador estaba fuera de sí, no tanto de contento como de sorpresa. ¿Qué podría significar aquello? ¿Sería un premio a sus desvelos, a sus afanes incesantes? ¿Serían avisos del cielo, señales divinas?... De cualquier modo, su buena es-

trella era indudable, y aquellos hallazgos le convertían en el hombre más opulento de la comarca.

Entretanto, los otros labradores iban a pedirle, con súplicas y ruegos, simiente de su alfalfa; porque pensaban que, sembrándola en sus tierras, también iban a cosechar oro, platino, rubíes y esmeraldas. Y no ocurría así.

Nuestro labrador sentíase presa de vivo desasosiego. ¿Cómo interpretar el caso? ¿Qué razón podía haber — no mediando un milagro de Dios — para que la misma alfalfa que en su tierra producía rubíes, oro, platino y esmeraldas no los produjese en las tierras de los vecinos?... Y decidió consultar el misterioso punto con un hombre muy sabio que vivía no lejos de aquel lugar, y de quien se decía que dominaba diversas ciencias. Y le llevó muestra de su preciosa cosecha de piedras y de metales.

Aquel hombre sabio examinó por espacio de unos momentos los objetos que le eran presentados, y dijo luego al honrado labrador:

—Aquí, amigo, no hay milagro alguno. Todo es perfectamente natural y lógico.

—¿Lógico? ¿Lógico que quien siembra alfalfa coseche oro, platino, rubíes y esmeraldas? — repuso el honrado labrador, a quien no le habría disgustado que en todo aquello mediase un milagro.

Lo que estás cosechando son dientes.

Dientes?

—Dientes, amigo mío; nada más que dientes.

—No entiendo.

—Es muy sencillo. Las tierras que te han tocado en suerte en la subasta eran hace siglos, antes del cataclismo, el enterratorio de una gran ciudad.

—De modo que estos granos de oro...

—Son los dientes de oro de los muertos.

—¿Y esta esmeralda? ¿Y este rubí, al parecer incrustado en marfil?...

—También son dientes, y deben haber pertenecido a mujeres de mala vida. La vanidad femenina llegaba en aquella edad de perversión y de vicio hasta esos condenables extremos.

El labrador, horrorizado de lo que oía, temblaba de la cabeza a los pies. Y, cuando pudo articular palabras, dijo las siguientes:

—Renunciaré inmediatamente a la propiedad de mis tierras. Me iré por los campos y pediré limosna. ¡He estado viviendo de los muertos! ¡Me he enriquecido con el oro de los muertos!...

Fué entonces cuando aquel hombre tan sabio dijo estas palabras luminosas:

—Procederás, si tal hicieres, como procede un mentecato. Sabe que todos los humanos vivimos, como tú, de la riqueza que robamos a los que vivieron antes; sabe que no hay tesoro espiritual o material que no haya sido de ellos antes que nuestro; que todo cuanto poseemos, ellos lo elaboraron con



trabajo y sufrimiento, y, antes de ser nuestro, formó parte integrante de su cuerpo o de su espíritu. Nosotros no somos sino los detentadores de esos tesoros que amasaron los muertos y que les hemos robado. Sabe que nada se crea, que nada se construye sino a expensas de algo o de alguien; pues construir es también destruir. Siempre ha sido y siempre será así; y para obtener hermosas patatas, será preciso antes dar sepultura a una patata. Los frutos que nazcan no serán menos útiles y legítimamente codiciables porque hayan nacido a expensas de un cadáver putrefacto; fecundo y putrefacto. Sabe que ni el hombre, ni el irracional, ni la planta viven de otra cosa que de cadáveres, esto es, de la Muerte eterna y vital. ¿Qué es el mundo, qué es este globo de cieno sobre el que asentamos nuestra planta en los días efímeros de nuestras vidas, sino un inmenso sepulcro, un vasto hacinamiento de cadáveres en los tres reinos de la Naturaleza?... Una mina de hulla es una riqueza, y su laboreo y explotación son cosas lícitas, plausibles y provechosas. Y ¿qué otra cosa es una mina de hulla sino un viejo cementerio de árboles? Pues así ocurre en todos los órdenes de la vida, en todos los dominios de la Naturaleza, y siempre será así; y la Vida seguirá por los siglos de los siglos nutriéndose de la Muerte.

“Y ahora, hijo mío, amigo mío, vé en paz, y ten tu fortuna por bien habida, y disfrútala en la tranquilidad, en la alegría, en el amor de los tuyos.”

x

SUEÑO DE UNA TARDE DE DOMINGO

LA práctica de los deportes había llegado a adquirir en la República de Trebisonda una difusión extraordinaria. Millares de hombres y de mujeres, de todas las edades se entregaban los domingos con verdadero frenesí a los ejercicios físicos. "Tennis", remo, natación, "golf", polo, "rugby", pedestrisimo, "basket-ball", "football", pelota, equitación, salto, ciclismo... : todos esos y otros deportes contaban con legiones de adeptos, y el país se enorgullecía de sus atletas, triunfadores en innumerables campeonatos.

Entretanto, la situación del país dejaba bastante que desear. El estado de la hacienda pública era precario; los ingresos disminuían en proporciones alarmantes. Como consecuencia de ello, hízose imposible atender a los gastos que demandaban las

obras públicas: faltaban caminos, faltaban puentes y vías férreas, faltaban edificios para escuelas y hospitales.

Fué precisamente en aquella época desastrosa cuando el dictador Fortinbrás se hizo cargo del gobierno de la República. Era este Fortinbrás hombre enérgico y expeditivo, como lo prueba la resolución que adoptó a los pocos días de hacerse cargo del manejo de la cosa pública.

Dispuso Fortinbrás que todos los individuos, menores de edad o adultos — sin distinción de sexos — a quienes se sorprendiera a las cuatro de la tarde del primer domingo subsiguiente a la promulgación del decreto haciendo ejercicio al aire libre, fuesen conducidos por la fuerza a los lugares de concentración prefijados, y se les obligase a trabajar en la construcción de caminos, de canales, de puentes, de edificios públicos. Como la medida dictatorial se mantuvo en riguroso secreto hasta el día mismo en que entró en vigor, fué posible tomar desprevenido al público y reclutar así más de cien mil personas sorprendidas "in fraganti". Convenientemente dirigida esa masa humana por capataces expertos y severos, su trabajo produjo un rendimiento asombroso. Aplicado el procedimiento durante unos cuantos domingos y días festivos, la República de Trebisonda no tardó en destacarse entre los demás pueblos por la abundancia y excelencia de las vías

de comunicación y por la cantidad de magníficos edificios públicos. La práctica de los deportes al aire libre, de más está decirlo, desapareció de las costumbres al cabo de poco tiempo, con gran ventaja para la cultura general. Y así fué cómo la República llegó a contar con buenas escuelas y buenos hospitales, y cómo al fin se hizo posible leer los periódicos.

LA UNICA PERSONA DECENTE DE TODA LA CASA

COMO en una jaula colosal, en aquella casa de departamentos enclavada en el corazón mismo de la ciudad estaban representadas casi todas las especies y subespecies de la gran fauna humana y urbana. Faltaba probablemente alguna variedad para completar la "ménagerie", pero se la encontraría tarde o temprano: ya aparecería, precedida por un carromato de trastos, atraída por el banderín de enganche del "Se alquilan departamentos" permanentemente ostensible en la puerta. Por el momento, había allí abogados sin pleitos, periodistas que trabajaban en diarios desconocidos, funcionarios públicos de categoría modesta, sedicentes autores de teatro, empleados de comercio, mujeres equívocas, mujeres inequívocas, veterinarios, actrices de género ínfimo, corredores de avisos, manicuras: toda la fauna, toda la flora. Bastará con decir que había en aquella casa hasta una persona decente.

El hecho no es en realidad tan anómalo como a primera vista puede parecer. "Hasta en las cárceles se encuentran sinvergüenzas" — ha dicho un humorista que era — por consiguiente — un filósofo. ¿Por qué no han de encontrarse personas decentes hasta en las casas de departamentos de las grandes ciudades?

Aquel hombre respetable y excepcional, la única persona decente de toda la casa, desempeñaba el cargo de cajero de una "poderosa institución bancaria". Era un hombre gordo, gordísimo, infinitamente gordo. Ocupaba uno de los mejores departamentos, y hay que creer que lo ocupaba casi íntegramente. Era propietario de un magnífico automóvil; era el único inquilino que tenía automóvil, o, por lo menos, el único que lo tenía de una manera estable; pues a algunos — a algunas — les ocurría disfrutar de ese lujo por temporadas más o menos largas que variaban entre quince días y un año, según el grado de decencia respectivo.

A todos los desdichados ganapanes que vivíamos en aquella casa, la vecindad del hombre decente nos humillaba de continuo, nos mortificaba como una tácita acusación. ¿Qué éramos nosotros a su lado? Moléculas, corpúsculos, nada: gentecilla de poco más o menos, incapaz de hacerse en la vida una situación respetable y decorosa; pobres seres vegetati-

vos y parasitarios. ¡En cambio él! ¡Qué personalidad! ¡Qué importancia! Su volumen moral era digno, sin duda, de su volumen físico, y ese hecho no era sino la merecida recompensa de una honradez acrisolada. Por las manos acromegálicas de aquel inmenso paquidermo con figura humana habían pasado, en veinte años de trabajo, quién sabe cuántos miles y millones de pesos, y él había resistido durante tanto tiempo a la atracción fascinante del oro, había sido siempre un hombre honrado a carta cabal. Aquel caudaloso Pactolo había fluido por entre sus manos dejándolas inmaculadamente limpias, como las aguas de un arroyuelo por sobre las guijas de su fondo, como las conferencias filosóficas por las cabezas de las señoras intelectuales.

La vida de la casa — ¿hay que decirlo? — giraba en torno de aquel monstruo de la decencia. De él, de su obesidad, de su automóvil, del "petit hotel" que estaba edificando en San Isidro, era, puede decirse, de lo único que se hablaba a todas horas en los cuarenta y ocho departamentos de la gran jaula humana; para él eran los saludos más respetuosos del portero, para él las más amables sonrisas conejiles de los demás inquilinos al coincidir en el ascensor. (Para él y para las personas de su familia; pues ya es hora de decir que detrás del hombre decente, eclipsada por él, oculta por su volumen moral y físico, había toda una familia de-

cente, la única familia decente de toda la casa. Empero, la decadencia del cabeza de familia era la única que contaba para el vecindario, era la que resumía toda las decencias familiares. Por eso se le denominaba, con evidente impropiedad, "la única persona decente de toda la casa").

"¡Qué esplendor! ¡Qué magnificencia!", — como dice el personaje de Andreief.

Pero un día ocurrió algo insólito, desconcertante. Un día dejó de verse frente a la puerta el automóvil de la única persona decente de toda la casa; un día se supo que aquel hombre tan decente ESTABA PRESO. PRESO, sí, tal como suena. Había malversado fondos del banco, por importe acerca del cual reinaba todavía la incertidumbre: por trescientos, por quinientos, tal vez por ochocientos mil pesos; en todo caso, por una suma que a los modestos coinquilinos pareció fabulosa. El hombre decente estaba preso, y su familia lo estaba también de hecho; pues ni su mujer, ni aquellas hijas gordas y rubias que tenía se atrevían a salir a la calle de vergüenza. A los dos o tres días, un camión de mudanzas se llevó los muebles de la familia más decente de toda la casa; entre ellos, aquella famosa victrola que por lo grande parecía una heladera, aquella celebérrima heladera que por la brillante parecía una victrola.

Y todos — los periodistas, las manicuras, los veterinarios, las actrices de género ínfimo, — todos

notamos que los nervios de hierro de la inmensa jaula se estremecieron aquel día como si los recorriese la sensación de un alivio largamente esperado. Se diría que también ella estaba hasta la coronilla de tanta decencia.

APRENDIZAJE DE LA PERFECTA HUMILDAD

ERA aquel hombre, en apariencia, uno de los elementos menos importantes en la redacción del diario. Tenía en él a su cargo no se sabía que hipotética sección de informaciones meteorológicas, y nunca se le veía cambiar una palabra con nadie. Inclinado sobre su mesa de trabajo, se estaba todas las noches dos o tres horas ennegreciendo un rímero de cuartillas, haciendo con tinta china unos dibujos muy extraños en papel cuadriculado; y, ya de madrugada, siempre a la misma hora, se retiraba dignamente, sin saludar a nadie, hay que suponer que "con la conciencia del deber cumplido". Hacía ya quince o veinte años que se sentaba todas las noches a la misma mesa, que emborrataba con su letra imposible el mismo número de carillas, que se marchaba a la misma hora luego de terminar su mis-

terioso trabajo. Era evidentemente un hombre sin vanidad, con toda la apariencia de un misántropo; era tal vez la víctima de un gran desengaño. ¡Quién sabe, a lo mejor, qué hondo drama pasional, qué amor fatal y turbulento, le había llevado a suprimirse, a aniquilar su individualidad consagrando sus días a los estudios meteorológicos y sus noches a la información correspondiente! Quizá, como la mayor parte de los hombres, arrastraba penosamente, a lo largo de su vida monótona y gris, el cadáver de un generoso ensueño de juventud; tal vez, cansado de vivir, de amar, — de sufrir, por consiguiente, — había alcanzado la suprema indiferencia filosófica, y, como el enigmático extranjero del poema inmortal, no amaba a sus padres, ni a sus hermanos, ni a su patria; no amaba la belleza, no amaba el oro, no amaba a Dios; no amaba sino a las nubes, a las nubes que pasan allá arriba, allá lejos; a las maravillosas nubes. Sí, era probablemente un nefelibata que se ganaba la vida en el periodismo, y por eso ponía tanta contracción en su oscura tarea cotidiana. Para él, sin duda, consignar en el papel el hecho de que el cielo hubiese aparecido durante el día despejado, o cubierto de cúmulus, o de cirrus, o de estratus, o de nimbus, o de alguna formación mixta, era algo más que llenar una prosaica tarea de gacetillero periodístico: sabía perfectamente que desde quince o veinte años atrás estaba escribiendo la Historia del

Reino de las Nubes; y es bien posible que en aquel trabajo de documentar las tormentas y borrascas que agitan a los elementos hallara el mejor sedante espiritual; un como bálsamo de olvido para las borrascas y tormentos de su propio corazón.

Era sin duda un hombre superior, un verdadero sabio, aunque la mayoría se obstinara en no ver en él sino a un pobre maniático. Algunos compañeros, en los corrillos de redacción, habían llegado a pronunciar la sentencia terrible: “Está loco, más loco que una cabra”. ¡No! — digo yo. — Era un filósofo, era un hombre de genio.

En sus últimos tiempos, pocos meses antes de que la Parca impía lo restituyera a la Nada originaria, aquel hombre extraño había adquirido una costumbre singular: así que el reloj marcaba las dos y media de la madrugada, tomaba la guía telefónica, elegía al azar un número cualquiera, como elige uno su destino en una “Rueda de la Fortuna”, y en seguida pedía la correspondiente comunicación. Al cabo de un rato de filosófica espera, le oíamos pronunciar alguna de estas frases:

—¿Hablo con Folies Bergère?

—¿Es el Casino? Quiero hablar con Nenetete.

—¿Estoy hablando con el Pigall's Club?

Nada más le oíamos. Pronunciada una de esas frases u otra análoga, quedábase escuchando la respuesta del desconocido abonado a quien acababa

de arrancar al sueño reparador, a un plácido sueño acaso ya irrecobable. El abonado desconocido, como es lógico y humano, le enviaría entre tanto por el hilo telefónico un encrespado torrente de maldiciones y blasfemias, de horrendos improperios; y eso debía ser lo que transfiguraba su semblante, lo que hacía brillar sus pupilas con alegre fulgor, lo que le dibujaba en los labios una sonrisa de perfecta beatitud.

Hecho aquello — y lo hacía todas las madrugadas, sin faltar una, hasta el punto de ir ex profeso a la redacción los días libres, — se retiraba a cuarteles nocturnos, con la dignidad y la compostura habituales. Probablemente — seguramente — acababa de escuchar las más severas expresiones acerca de su persona, acerca de los seres cuyo recuerdo debiera serle más querido si es que ya habían abandonado este mundo; pero todo eso ¿qué podía importarle? Estaba en su programa, en el programa de estudios de la carrera de la perfecta humildad.

HISTORIA DE FILODEMO EL GENEROSO

AH, si yo tuviera en mis manos el poder del mundo, si poseyera al menos la fuerza que dan las riquezas! Pero no tengo nada; no me pertenecen la ropa que visto, ni el techo que me ampara, ni el pan que como. Soy el más desheredado de los mortales. ¡Yo, que me siento nacido para esparcir la felicidad y el contento en torno mío! ¡Pensar que pasaré por la vida como tantos hombres pasaron antes, como tantos otros pasarán después, sin haber contribuido en cosa alguna al bien de la Humanidad! ¡Yo, que siento en mi alma bastante calor de entusiasmo juvenil, bastante generosidad, bastante amor a la vida, a la belleza y a los hombres como para acometer solo la empresa de corregir la obra de la Creación haciendo un mundo bueno de este mundo de dolor y llanto...

Estas y otras cosas análogas solía pensar, allá en los días de oro de su adolescencia, aquel a quien todos conocían por el nombre de Filodemo el Generoso, a causa de que no sabía dónde terminaba su sufrimiento y comenzaba el de los demás. En aquella época de su vida, este varón verdaderamente ejemplar no tenía otra preocupación que la preocupación de la felicidad humana. Desde los días de su niñez meditativa y solitaria, desde que la luz del entendimiento ardió en él, esa era su constante obsesión. El azar de una vida aventurera le había llevado a conocer en edad temprana partes muy distintas y distantes del mundo, naciones y ciudades para él exóticas, y en todas partes había visto el mismo cuadro de desolación: el mal triunfando sobre el bien, la injusticia y la crueldad imperando sobre los hombres, la bestialidad, el error y el hastío rigiendo la vida de las sociedades. El hambre, la enfermedad y el vicio aumentaban cada día en todos lados su cosecha innumerable. En todos lados: en las grandes ciudades opulentas, en los oscuros villorrios, en los caseríos perdidos entre la breña de las montañas. Y a Filodemo el Generoso se le apretaba el corazón de congoja viéndose impotente para remediar tanto mal, para contribuir con la más imperceptible partícula de bien a la felicidad de sus semejantes, que maldecían de la vida porque no les habían enseñado a vivirla mejor, porque eran dé-

biles y miserables, porque los entristecían sus vicios estúpidos y sus estúpidas virtudes. En esos instantes de aflicción, acudían a su pensamiento las palabras blasfemas del filósofo: "Si un dios ha hecho este mundo, no quisiera ser ese Dios. La miseria del mundo me desgarraría el corazón". Y otra vez la sensación de la impotencia le crispaba los puños, otra vez le subían a los labios las expresiones de su más profundo anhelo:

—¡ Ah, tener en mis manos todo el poder del mundo! ¡ Ah, si poseyese al menos la fuerza que da el oro!

Pues habeis de saber que un día, sin que se haya averiguado cómo, quedó hecho el milagro. Filodemo el Generoso tuvo en sus manos lo que él llamaba "el poder del mundo", que no era sino un modo de denominar al poder del dinero. Al despertarse una mañana, Filodemo el Generoso se encontró con que era el hombre más rico del mundo.

Al producirse este acontecimiento, Filodemo el Generoso no era ya el pálido adolescente a quien una hermosa noche de luna en un jardín solitario hacía romper en sollozos, pero seguía poseyendo un corazón sensible. Estaba en plena madurez. Tenía cuarenta años, y era perfecta la salud de su alma. Era, sin duda, el hombre elegido por el Destino providente para realizar en el mundo la gran obra de la redención humana. Así lo comprendió él mismo, por

otra parte. Era lo bastante humilde y sencillo de corazón como para comprender que aquel inmenso caudal no le pertenecía ni siquiera como su usufructuario; que él no era sino un instrumento puesto al servicio de los designios de la Divinidad. Aquel dinero, demasiado lo sabía, no le había sido dado para que se **comprara** con él goces costosos, sino para acudir en **socorro** de todos los que han hambre y sed no ya de justicia, sino de lo que es más elemental: de pan y de leche.

A fin de proceder con método en la ejecución de la vasta obra a que se preparaba, Filodemo el Generoso comenzó por elaborar un plan. Se informó minuciosamente, destacó en los distintos países numerosas comisiones de técnicos a fin de conocer con exactitud los lugares y los casos en que era necesario el auxilio de su munificencia. Y cuando tuvo reunido un inmenso arsenal de fichas y de carpetas, comprendió que todos los días de su vida, si viviera un milenio, no le bastarían ni siquiera para contar el número de los seres humanos, hermanos suyos **en Dios**, que se debatían en el dolor, en la **angustia**, en el vicio, en el **hastío**, en la miseria. **Fué así como supo que los males del mundo son demasiados** para que un solo hombre, por grandes que sean sus recursos, pueda llegar siquiera a tener de ellos una noción exacta.

Filodemo el Generoso vivió vida dilatada. Murió,

como el filósofo Fontenelle, a causa de haber contraído un romadizo y cumplido cien años, sin otra compañía que la de un criado casi tan viejo como él. En los últimos años de su vida se había hecho maniático, y su única distracción consistía en cuidar un canario flauta que le sobrevivió algunos meses.

DON JUAN TENORIO OYE HABLAR
DEL AMOR

GENERALMENTE... — dijo el joven médico del bigotillo recortado, de la calvicie precoz, del detestable camafeo florentino en la corbata.

“Generalmente...” El adverbio de modo quedó flotando, perdido, suelto, vacío de significación, magnífico de posibilidades. Una de las niñas, una rubia sin cejas, desdibujada y deliciosa, dijo en ese instante, con voz de pájaro, algo exquisitamente estúpido que nadie entendió. Lo dijo de una manera tan vehemente, en un registro tan agudo de tiple absoluto, que el joven médico se vió imposibilitado para enviar en seguimiento de aquel adverbio solitario la patrulla de palabras que al efecto tenía ya apercibida.

Se hablaba del amor, y el hombre del camafeo en la corbata, cuyas lecturas en esa interesante rama

de los conocimientos humanos estaban todavía frescas, experimentaba la necesidad casi fisiológica de exonerarse de algunas citas de Freud, de Remy de Gourmont, de D. José Ortega y Gasset, de Havelock Ellis, de Etienne Rey, de Paul Bourget, del Dr. Marañón.

Todo llega al cabo para quien sabe esperar, ha dicho sabiamente uno de nuestros grandes pensadores; y así llegó al fin, en la desordenada conversación, el turno del joven médico. Recogió entonces el extraviado adverbio de modo, y volvió a enviarlo al combate dialéctico a la cabeza de un piquete de palabras ociosas.

—Generalmente — dijo — se cree que Don Juan es el hombre que conquista a las mujeres y juega con ellas a su antojo. Es un gran error. En realidad, ocurre todo lo contrario: don Juan Tenorio no es más que un eterno seducido. Son las mujeres quienes le conquistan, son ellas quienes juegan con él igual que el gato con el ratón. Naturalmente, su vanidad de hombre fuerte y hermoso le lleva a creer que las cosas ocurren al revés, y esa ilusión le hace feliz.

—¿“Do you think, indeed”? — dijo una señora joven, que al llevarse la taza de café a los labios estampó en su borde una mancha de carmín como una gruesa gota de sangre. — Es una manera de ver como cualquier otra. “All things are possible”.

Por lo general, los hombres hablan de don Juan con un poco de...

—¿De envidia? — colaboró el médico.

—No, no quería emplear ese “gros mot”. En fin, pongamos “despecho”. He leído no hace mucho un libro donde se le presenta y se le estudia como un afeminado, como una especie de andrógino. También esto es un modo de ver, y nada más. Otros autores sostienen lo que acaba de decir Arturito: que a don Juan, en las conquistas, no le corresponde ni siquiera el mérito de la iniciativa; que sus supuestas víctimas no son en realidad tales víctimas. ¡Vaya uno a saber! “Ça depend”...

—Susy tiene toda la razón del mundo — dijo entonces el hombre ecuánime que suele haber hasta en las reuniones elegantes. Toda la literatura que se hace en torno al donjuanismo, es, en cierto modo, el mentir de las estrellas. Don Juan, al fin y al cabo, no es sino un ente de imaginación, un “fruto de la mente acalorada” de los poetas que lo han convertido en personaje de sus ficciones. No es razonable hablar de él como podría hablarse de un ser real y viviente. Cada uno de los que sobre él han escrito — y hay una ingente bibliografía del donjuanismo — le ha atribuído distintas características, pero casi todos han coincidido en ofrecernos una semblanza poco amable para el Burlador. Don Juan ha tenido y sigue teniendo muy mala prensa, como

les ocurre a los novelistas que alcanzan grandes tirajes. Esa hostilidad, que tal vez responda a un sentimiento plebeyo de envidia o despecho, es en el fondo una cosa pueril, puesto que tiene por objeto a un fantasma; tal vez el más simpático, tal vez el más inofensivo de los fantasmas que pueblan la mente de los hombres. Por causa de ese fantasma, ha corrido quizá en el mundo mucho llanto, sobre todo en la época en que el drama romántico conmovía a los corazones tiernos; pero todos sabemos de otros fantasmas que a lo largo de los siglos han hecho que la tierra se empapara de sangre humana. Al fin y al cabo, una deidad bebedora de lágrimas es infinitamente más apreciable que una deidad bebedora de sangre. Yo creo que ha llegado la hora de rehabilitar a don Juan, de poner fin a una prolongada e inicua campaña de difamación.

Las palabras de aquel hombre ecuánime, de quien nunca se sabía bien si hablaba en serio o en broma, cayeron en el vacío. Los "valets" habían comenzado a servir los licores, y el humo de los cigarrillos egipcios envolvía en su profana aureola las bellas cabezas de las damas. El joven médico del abominable camafeo volvió entonces a la carga con bríos renovados.

—A propósito de don Juan — expresó, — dice Paul Bourget en la "Physiologie de l'amour moderne" una cosa que a mí siempre me ha parecido exac-

tísima. ¿Recuerdan ustedes? Bourget viene a decir que don Juan no es sino un hombre dotado del tacto de no enamorarse sino de aquellas mujeres de cuya conquista está seguro de antemano. En realidad, le gustan solamente las que gustan de él. Por eso su historia amorosa no registra fracasos.

El hombre ecuánime consideró llegado el caso de volver a tomar la palabra:

—Es una forma distinta de expresar lo que usted decía hace un instante; es, en resumen, la misma idea: "Don Juan no es un seductor, sino un seducido". La he encontrado expuesta muchas veces, y hasta he leído una ingeniosa novela francesa construída sobre la base de esa idea. Me refiero a "L'homme qui l'amour empêche d'aimer", de M. Marcel Rouff. **Vemos allí a don Juan huyendo de España, por abruptos y desviados caminos montañosos, desfigurado y disfrazado, a fin de burlar la persecución de las ardientes mujeres que suspiran por él. Así es como va a dar con sus huesos a una ciudad francesa, en la cual, naturalmente, no terminan sus desdichas y tribulaciones; pues si las sevillanas se lo querían comer, las turenas se derriten por él. Perdóneme usted, mi querido doctor, pero me temo que esa idea no tenga más valor que el de un simple lugar común de la literatura donjuanesca...**

Se hizo un silencio que, desgraciadamente, no duró mucho. Lo rompió la vagarosa rubia de voz de

pájaro para preguntar a su vecino de la izquierda:

—¿Cree usted que entre un hombre y una mujer puede existir una verdadera amistad?

—Estoy convencido de que es perfectamente posible — respondió el interpelado —, pero a condición de que la mujer tenga por lo menos la dentadura defectuosa.

La "boutade" tuvo poco éxito. Nadie lo dijo, pero todos debieron encontrarla "shocking".

Un caballero discreto, hombre al parecer de pocas palabras, que hasta ese instante no había abierto la boca sino con fines de inmediata utilidad, vale decir, para comer, beber y fumar, salió de su mutismo con unas frases relativamente coherentes; mucho más coherentes y plausibles de lo que cabría esperar, desde luego, dada la cantidad de alcohol que hasta ese instante llevaba ingerida.

—Yo estoy convencido desde hace tiempo de que en materias de amor...—comenzó diciendo; y agregó todavía a esas palabras algunas otras que, por desdicha, no registra la historia.

Don Juan Tenorio perdió entonces su admirable compostura de "gentleman", y sus labios se plegaron en una leve mueca de hastío. Porque ha de saberse que Don Juan Tenorio, el Burlador de Sevilla en persona, participaba también de la elegante reunión. Estaba allí de incógnito, naturalmente, haciéndose pasar por el doctor Juan Tadeo López Te-

norio, del foro de Bahía Blanca. ¿Quién, por lo demás, hubiera podido reconocer al gran amador en la grave humanidad de aquel caballero de pelo entrecano, ligeramente obeso, de gafas de carey?

Don Juan Tadeo — o el Dr. Juan Tenorio — dió una chupada al habano que sostenía su mano izquierda, y dejándose caer contra el respaldar de la silla, se quedó abstraído en la contemplación del artesonado, mientras expelía lenta, voluptuosamente, con morosidad de viejo sibarita, una bocanada de humo aromático. Se sentía cansado, cansado, cansado. Oía el ruido confuso de aquella conversación entrecortada, absurda, arbitraria; pero de las cosas profundas, banales, necias y exquisitas que se decían allí, sólo eso le llegaba ya: el ruido que resulta de una suma caprichosa de voces humanas. Una chillona voz de tiple, una voz recia de barítono, una voz equívoca de contralto, una voz de bajo, profunda, subterránea, se aglutinaban y se interferían sin orden ni concierto. La mirada del Seductor — inexpresiva mirada que velaba una nube de infinito aburrimiento — se detuvo un instante en una de las magníficas porcellanas de una alacena normanda. Era un plato del siglo XVIII, una pieza de museo sobre la que se leía esta doble sentencia ingeniosa y cínica: "L'Amour fait passer le Temps. Le Temps fait passer l'amour." El retruécano galante tuvo la virtud de hacer que a los labios de Don Juan Tadeo Tenorio asomara

apenas la sombra de una sonrisa; pero el gesto de la displicencia volvió a extenderse por su semblante, hasta hacer de él la imagen viva del hastío. Y entre dientes, sin conciencia de pronunciarla, silabeó esta sola palabra:

—Todavía...

—¿Todavía? ¿Todavía qué? — oyó que le preguntaba su adorable vecina de la derecha.

—Todavía siguen los hombres complicando el amor con la palabra...

NEURASTENICOS DEL DOS MIL

"Si, comme Saadi, tu n'as des maîtresses qu'en songe, tu est à l'abri des chagrins et des désillusions".

SAADI, "L'amour".
(Trad. Foussaint).

DIGAN lo que quieran los tratadistas, la neurastenia no es un fruto de la moderna civilización, del progreso mecánico que reduce al mínimo la actividad muscular del organismo, mientras los cuidados y las preocupaciones, los placeres y los trabajos del espíritu hacen más considerable el desgaste nervioso. No. La neurastenia es tan antigua como el mundo, y sería fácil demostrarlo sin más que traer en apoyo de la afirmación unas cuantas citas del Mahabarata, de la Iliada, de los Vedas, del Pentateuco. ¿No calificaríamos hoy de neurasténico a un hombre que se comportase como el pa-

triarca Job? Me parece muy probable, y ni siquiera me sorprendería enterarme hoy o mañana de que su enfermedad nerviosa tiene ya una denominación técnica en ciencia psiquiátrica. En cuanto a Jefé, el juez del pueblo de Israel que — como lo expresa el “Campano Ilustrado” con su insuperable concisión — “antes de atacar a los amonitas hizo el voto de ofrecer a Dios en holocausto la primera persona que saliese a saludarlo después de su victoria”, viéndose así obligado a asesinar a su propia hija, perdónese la herejía si la hubiere, pero siempre me ha parecido un siniestro neurótico de novela rusa, un personaje digno de Dostoievsky. Del profeta Jeremías, no hay ni que hablar: sufría de ideas negras, y encarnaba de modo bastante acabado el tipo del neurasténico pesimista. Por lo que se refiere al rey Salomón, el de las innumerables esposas, en ningún texto consta expresamente que fuera neurasténico, pero todo lo hace suponer; de una parte, porque una tendencia poligámica tan exagerada ya constituye un síntoma en extremo sospechoso; de otra, porque, aún tratándose de un individuo psíquicamente normal, es más que difícil hacer compatibles la salud del sistema nervioso y la posesión de una cantidad tan considerable de señoras, cantidad que comporta un número no menos respetable de madres políticas. En tesis general, cabe afirmar que, con sólo proponérselo, puede fácilmente el investi-

gador hallar entre las personalidades prestigiosas de la remota antigüedad una verdadera legión de paranoicos, esquizofrénicos, “détraqués” y maniáticos de toda especie, algunos de los cuales, — como Diógenes el Cínico, por ejemplo — hasta gozan de reputación en los círculos intelectuales.

Lo que es indiscutible, es que según aumenta el progreso mecánico aumenta la legión de los neurasténicos. No cabe duda de que, proporcionalmente a la masa de población, hay en la actualidad más neurasténicos que a comienzos del siglo anterior. Podría demostrarse fácilmente que — también en proporción al número de habitantes de cada país — hay ahora muchísimos más neurasténicos que diez años atrás, cuando aun no se había inventado, o por lo menos no se había popularizado, esa cosa prodigiosa que es la radiotelefonía.

Por la razón antedicha, no tiene nada de particular la extraordinaria difusión que la neurastenia alcanzó a comienzos del siglo venidero. (Se excusará, quiero creerlo, que hable en pretérito refiriéndome a hechos que todavía no se han producido, pero que necesariamente ocurrirán; arbitrariedad aparente que sólo puede desconcertar a los lectores no habituados a remontarse al plano de las abstracciones metafísicas, y sobre cuyos espíritus gravitan estúpidas nociones acerca del Tiempo y del Espacio).

Prácticamente, todo el mundo estaba neurasténico

al cumplir la cristiandad el segundo milenio. Había, pues, exactamente como los hay ahora, — sólo que en cantidad muchísimo mayor — hombres que componían versos o escribían novelas; había coleccionistas de monedas, de vasos etruscos, de cuadros, de libros y de otros objetos; había, como los hay actualmente, entomólogos, avaros, jugadores, periodistas, profesores de sánscrito y pescadores de caña. Lo que no abundaba tanto como ahora, es el tipo del neurasténico que se esfuerza por no pisar las juntas de las baldosas; y esto, por la razón de que apenas si se andaba a pie. En realidad, no existía ya lo que hoy se entiende por ciudades: gracias a la facilidad y rapidez de las comunicaciones aéreas, todo el mundo podía permitirse el lujo de vivir en el campo. La casi total desaparición de las aceras, trajo consigo la casi total desaparición de esa forma tan ridícula de neurastenia. También se hicieron relativamente menos numerosos los individuos que tienen la manía de mirar la cinta del sombrero de los transeuntes, por si alguno incurre en el error o en la inadvertencia de llevar el lazo a la derecha.

La locura de la lentitud fué por aquel entonces una plaga social que hizo no pocas víctimas. El ritmo de la vida colectiva se había tornado vertiginoso, como consecuencia del creciente perfeccionamiento de los medios de locomoción; y no faltaron, en

los diferentes países, gentes de temperamento débil, verdaderos valetudinarios, que reaccionaran contra esa aceleración del ritmo vital. Esos desdichados enfermos se negaban a viajar en los buques-torpedos y en los expresos aéreos, alegando que su velocidad vertiginosa les impedía ver cosa alguna. Llegaron a fundarse sociedades pro-lentitud, y los millonarios en viaje de turismo pagaban sumas fantásticas por una excursión campestre en carreta de bueyes. Era un lujo de príncipes que muy pocos mortales podían permitirse. La inmensa mayoría de los hombres no tenía más remedio que aceptar de buen grado las indiscutibles ventajas de las velocidades vertiginosas.

Sería incurrir en omisión grave no hablar aquí, aunque sólo sea al pasar, de un neurasténico que allá por el dos mil se hizo tristemente célebre en todo el mundo. Este miserable y depravado individuo, al que la policía aérea internacional nunca pudo echar el guante, recorría el mundo en avión, divirtiéndose en planear sobre los patios de los establecimientos de educación y en arrojar desde lo alto, con sabia y perversa habilidad, grandes cantidades de estampas pecaminosas. Estos hechos insólitos, repetidos con breves intermitencias en puntos muy distintos del planeta, produjeron el escándalo y la alarma consiguientes. Se llegó a hablar de la existencia de una sociedad secreta, se afirmó que el **gobierno** ruso no era ajeno al asunto; pero las averiguaciones oficia-

les no dieron ningún resultado positivo. El malvado individuo — pues la verdad es que se trataba de un neurasténico rico y desocupado, — siguió divirtiéndose durante bastante tiempo con ese juego estúpido y canallesco. La aparición del aeroplano fantasma provocaba verdadero terror en los grandes internados, cuyos preceptores, así que empezaba a caer de lo alto aquella manga de langosta espiritual, se apresuraban a golpear latas y calderos, a fin de que los inocentes párvulos pudieran con tiempo ponerse en salvo.

UN caso que también se hizo mundialmente célebre fué el de Mr. Sidney Frog. Este Mr. Frog era un hombre de negocios enriquecido hasta el grado de la putrefacción en la industria de los grandes hoteles flotantes. Había instalado establecimientos de ese género en todos los mares del mundo. Los hoteles Frog eran popularísimos en todas las latitudes, y en ellos solían hacer alto los pasajeros de los expresos aéreos en sus excursiones domingueras de un continente a otro. El "Lindbergh Hotel", situado en pleno Atlántico Norte, a mitad de camino entre Terranova y las Islas Británicas, era uno de los más importantes. Tenía veinte pisos bajo el nivel del mar y otros tantos sobre él, y estaba siempre

atestado. Era el preferido de las familias de la clase media para pasar el "week-end", particularmente durante la estación calurosa. Las gentes opulentas preferían el "Da Vinci Hotel", magnífico palacio flotante que hundía sus cimientos en aguas del Mediterráneo.

El rey de los hoteles flotantes llevaba una vida relativamente sencilla. Se había hecho construir en aguas del Mar Negro un hermoso castillo de mármol rojo, y poseía también, en el Mar Rojo, un vistoso palacete de mármol negro. Debe advertirse que en las adyacencias de ambos edificios, y en lo que la vista podía abarcar, uno y otro mar presentaban la coloración que el respectivo nombre indica. El departamento de química que Mr. Frog tenía a su servicio, estaba encargado de teñirle el mar todas las mañanas, lo que se hacía por medio de un procedimiento fácil y no muy costoso.

Al decir del vulgo, Mr. Frog era un hombre excéntrico; pero la verdad es que, según nuestro criterio actual, constituía el suyo un verdadero caso de psicopatología. No era más loco, sin embargo, que muchos de sus coetáneos.

La mayor parte del año, la pasaba Mr. Frog encerrado en su palacio rojo del Mar Negro, y sólo alguna que otra vez, en invierno, visitaba su palacio negro del Mar Rojo. Vivía encerrado en sus habitaciones, visible solamente para un viejo y fiel cria-

do que llevaba muchos años a su servicio; vivía, pues, una existencia de solitario, consagrado, como a un verdadero culto, al amor de She.

—Y She — se preguntará — ¿quién era?... Una mujer, desde luego; pero ¿qué clase de mujer? ¿Joven, rubia, ojizarca, de cuerpo elástico y esbelto como el de un efebo? ¿Morena y ardiente, de carnes abundantes, de negros ojos tenebrosos, como las mujeres meridionales? ¿Frágil y suave como Ofelia? ¿Apasionada y vibrante como Carmen?... She era todas las mujeres; todas las mujeres eran en She. Y tan perfectamente compendiábase en She la feminidad, que no tenía corazón. Ni cerebro. Por un singular capricho del mecánico que la había ideado y construído, no tenía más que un precioso estómago de caucho hecho en forma de corazón.

Ya se habrá comprendido lo que era She: un simple muñeco, un magnífico pelele, un autómatas prodigioso en figura de mujer; un autómatas tan prodigiosamente construído, que quien lo viese por primera vez juraría que era mujer de carne y hueso. La hermosa muñeca era realmente un juguete como para un millonario neurasténico. Merced a un ingenioso mecanismo, podía comer y beber, y hasta pronunciaba algunas frases en francés. Decía con infinita gracia, por ejemplo, mientras comía: “Je déteste ça”, “J'adore ça”. En realidad, apenas si decía otra

cosa. El mecánico que la construyó, la había concebido como una máquina de adorar y de detestar.

En satisfacer los imaginarios caprichos de She, gastaba Mr. Frog sumas inmensas. Los más famosos modistos, los más famosos orfebres del mundo, tenían en She a su mejor cliente. Mr. Frog pagaba en el acto y sin pestañear cuentas verdaderamente fabulosas de joyas y de trajes. Lo que él quería, era verla luciendo constantemente nuevos vestidos deslumbradores, nuevas joyas fulgurantes; y todo le parecía poco para She. El viejo millonario sonreía satisfecho cada vez que, al penetrar por la noche en el comedor, encontraba a She en el asiento frontero al suyo, constelada de gemas, turbadora en su “toilette” de reina, mirándole con sus inmóviles pupilas inexpresivas.

Mr. Sidney Frog, el rey de los hoteles flotantes, murió una noche de un síncope, sin tiempo para pronunciar esa gran frase que deben pronunciar antes de morir todos los reyes; murió sentado a su mesa en el comedor de su castillo rojo del Mar Negro. Se quedó rígido, tieso, metido como estaba en la armadura de su camisa almidonada, dentro de su “frac” impecable; se quedó con los ojos abiertos, horriblemente abiertos, fijos en las pupilas inexpresivas de She. Así lo encontró el viejo y fiel criado cuando, extrañado por la tardanza de Mr. Frog en retirarse a su dormitorio, ya de madrugada, acudió

a ver lo que ocurría. Alumbraba la escena, además de las siete lámparas de una gran araña de bronce, la primera claridad lechosa y opalina del amanecer. El viejo y fiel sirviente quedó aterrado, mudo de espanto, como le habría sucedido a cualquier persona en su lugar. Y había una circunstancia que aún agregaba patetismo al horrible cuadro: el mecanismo parlante de She se había descompuesto, y no hacía más que repetir, a exactos intervalos, esta frase entonces sin sentido: "J'adore ça"... "J'adore ça"... "J'adore ça"...

Eso repetía con la obstinación de los idiotas la deslumbradora muñeca que no tenía corazón, fijas en los ojos dilatados del otro rígido muñeco yacente ante ella sus inmóviles pupilas inexpressivas.

CURIOSA Y EJEMPLAR HISTORIA DE LA FAVORITA DYEMILEH Y DE AHMED EL BAGAL

No faltan historiadores autorizados que hagan ascender a dos centenares el número de las favoritas de Nedjm-Eddin-Ayub, lugarteniente de Zeuqui y padre de Amad-Eddin el Grande.

Este Nedjm-Eddin-Ayub gobernaba con evidente beneplácito del grande y misericordioso Alá en la ciudad de Baalbeck — la antigua Baal-Beka'a, la Heliópolis de los gentiles — allá por el año de mil ciento treinta y tantos según la cuenta de los cristianos, que es como decir a quinientos años y pico de la Hégira. Corrían por consiguiente los felices tiempos en que la ciudad de las ruinas maravillosas era todavía un emporio de actividad comercial, en que albergaba dentro de su recinto rica y numerosa población, en que no la habían asolado aún las

hordas de Hulagu ni las del terrible Tamerlán, también llamado Azote del Señor; en que constituía el orgullo de toda la antigua Celesiria.

Es fama — así lo aseveran, por lo menos, esos mismos historiadores —, que aquellas doscientas favoritas eran las más hermosas mujeres de toda la extensa comarca comprendida entre el Yebel-Libnan y el Yebel-esh-Shurki, de todo el valle de El-Bekaa, de toda la dilatada y fértil región que riegan el Leitani y el Nahr-el-Asi; pero — tienen buen cuidado de agregar esos hombres concienzudos, — ninguna entre ellas poseía la hermosura de Dyemileh.

Si no mienten las historias, pocos eran los que podían jactarse de haberla visto, lo cual no constituía un obstáculo para que en todas partes se ensalzase sus singulares encantos; y se la tenía, al parecer con sobrada justicia, por la más bella mujer que el grande y misericordioso Alá hubiera colocado nunca sobre la tierra para alegrar lechos de sultanes. La opinión popular, tocante a estos extremos, era perfectamente acertada y verdadera, como lo acreditan muchos fehacientes testimonios.

Un orientalista de nota, colaborador y amigo del señor De Volney, un paleógrafo eminente, que ha vertido a lengua occidental gran copia de documentos de la época, ha establecido por manera indubitable el sólido fundamento del general dictamen, y hasta ha trazado, — con la fatal pobreza e inevita-

ble prosaísmo que comporta el empleo de un idioma occidental — la semblanza de la favorita Dyemileh.

Parece ser, pues, que su cabellera, larga y undosa, era negra como el ébano, como el ala del cuervo y como la conciencia de un cristiano; que de igual color, y tal vez aún más negros, eran sus ojos ardientes, los cuales tenían la forma de las almendras; que su aliento tenía el perfume balsámico de las rosa, del nardo y del jazmín; que sus orejas eran caracoles de nácar, lavados por el agua del mar, aurirrosados en la mañana por la luz opalescente del amanecer; que el arco de sus finas cejas diríase trazado con delgado pincel por la mano de un hábil artista; que el suave color morado de sus ojeras parecía avivar aún el brillo alucinante de sus pupilas; que su talle era flexible como el alto geiseram de los oasis, que se conmueve al más ligero soplo; que, malgrado poseer la firmeza rotunda de las granadas en sazón, palpitaba su pecho con tan aterciopelada suavidad como el de las palomas en celo; que la planta de sus pies era elástica y arqueada, y que al andar no parecía andar, sino deslizarse sobre un blando tapiz de pétalos de rosa; que sus muslos, de hermosa proporción, eran magníficos como las columnas que sostienen la Kaaba; que sus brazos eran flexibles, largos y mórbidos, como hechos para supremos abrazos; que la tez de su cuerpo

tenía el color del grano de la almendra, y olía a mirra, y a lirios, y a todas las cosas que embalsaman. Era, pues, Dyemileh, la más hermosa mujer de El-Bekaa, y todos los varones de la suria codiciaban sus encantos. Y en las ardientes noches o en las largas siestas de la estación calurosa, los hombres que dormían en los patios frescos veían turbado su sueño por la imagen fascinadora de la favorita. Y un río caudaloso, de múltiples hilos, un inmenso río de ansias no confesadas, iba a confluír así en la cámara en que reposaba Dyemileh bajo la mirada vigilante de los guardianes.

Una noche en que, acompañada por dos favoritas y por un eunuco, se encaminaba Dyemileh a la fuente de Ras-el-Ain, cruzóse en la senda con Ahmed, el mozo de mulas que componía versos y a quien Nedjm-Eddin-Ayub, el Augusto Señor, mandó dar cierta vez doscientos veinte palos, por causa de una cancioncilla que diputó ofensiva para su gloriosa persona. Y Dyemileh, al pasar, fijó en el bagal la mirada de sus grandes ojos oscuros; los cuales, según está dicho, tenían la forma de las almendras. Y fué así que Ahmed el bagal sintió arder en su pecho el fuego de una pasión abrasadora.

A la otra noche, que como la anterior fué calurosa, apostóse en un lugar sombrío de la senda, donde la luz de la luna no lograba traspasar la es-

pesura de la fronda. Y la favorita Dyemileh no tardó en aparecer, con dirección a la fuente. Y venía sola, sin asistencia del eunuco ni de las favoritas sus compañeras de la noche precedente. Y el poeta Ahmed, que olía al estiércol de las mulas, entonó una endecha de amor que subyugó a la favorita; la cual, aproximándose, dió muestras muy señaladas de agrado y contentamiento. Y aquella noche, hermosa entre las noches, y otras muchas hasta la tercera luna, el Grande y Misericordioso Señor de lo Creado acordó a Ahmed placentero anticipo de los purísimos deleites que su verdadero Profeta tiene formalmente prometidos, para después de sus días mortales, a los celosos guardadores de su santa ley. Y el rudo mozo de mulas vió ampliamente compensados en moneda de ternura, a razón de ciento por uno, los zurriagazos recibidos por orden de su generoso señor, absorbido a la sazón por las graves preocupaciones del gobierno.

Así marchaban las cosas, y así hubiesen seguido marchando por mucho tiempo, cuando acaeció algo que conviene poner por escrito, por constituir quizá la parte principal de esta verídica historia.

Ocurrió, pues, que una noche de luna llena se encontraran la más bella mujer y el menos perfumado poeta de El-Bekaa, ajenos a cuanto les rodeaba, viviendo instantes de purísima emoción, confundidas sus almas en un común anhelo de belleza inmateria-

rial, cuando un rayo lunar iluminó, atravesando la espesura, el lugar agreste en que se hallaban. Y el cuerpo de la favorita Dyemileh resaltó súbitamente sobre el verde tapiz del césped como el de una blanca estatua sobre un fondo de oscuro terciopelo. Fué entonces y sólo entonces cuando Ahmed el bagal, a la luz argentada de aquel destello, advirtió algo verdaderamente insólito: escritas en intenso añil sobre alabastro — sobre tibio, palpitante alabastro, — estaba viendo las palabras. Sorprendióse grandemente; y luego de frotarse los ojos, se esforzó en descifrar aquellos signos. Las palabras tatuadas por su astuto amo en el cuerpo de la favorita, decían de este modo:

NO ME ENGAÑAS; LO SABIA

Cuentan las leyendas, y lo confirman los historiadores concienzudos, que a partir de aquella noche el poeta cuyas ásperas manos velludas a todo olían menos a rosas, no volvió a salir al encuentro de Dyemileh.

Pero de esto hace mucho tiempo, y es probable que todo ello no sea sino una patraña.

DOROTHY KISS, O EL ANILLO

DOROTHY Kiss — bueno es advertirlo — no se llamaba Dorothy Kiss. Su verdadero nombre era Edelmira Fernández; pero, desde que comenzó a trabajar como simple corista en los teatros de género alegre, se la conocía en todas partes por ese nombre, que a ella se le antojaba lleno de sugestiones. Dorothy Kiss era una muchacha de buen carácter, jovial, generosa de su sonrisa y, según la fama corriente en la ciudad, de todos los demás encantos con que plugo a la Providencia favorecerla.

Cómo se conocieron Dorothy Kiss, artista de género alegre, y Roberto J. López, literato de género serio, en una sobremesa de restaurante, es cosa que no ofrece particular interés. Podemos pasar por sobre ese vulgar episodio sin entrar en sus pormenores. Lo cierto es que, de allí a pocos días, Dorothy Kiss y Roberto J. López eran excelentes amigos. Se

les veía juntos en los restaurantes, en los cafés y en los paseos de la ciudad, y todo el mundo atribuía a aquellas relaciones el carácter de una intimidad absoluta.

Se equivocaba todo el mundo, como suele acontecer. La verdad es que el literato no veía en aquella muchacha graciosa, bonita y risueña otra cosa que un agradable interlocutor. Placiale, sobre todo, verla y oírle festejar con grandes carcajadas sus ocurrencias de hombre ingenioso. Tenía prestigio de persona espiritual, y necesitaba auditorio permanente. Dorothy Kiss era por el momento su auditorio, y no le hubiera sido fácil hallar un auditorio más benévolo — y hasta venal — que el que había conseguido de una manera totalmente inesperada.

No había tardado la alegre Dorothy en visitar a Roberto en su casa de soltero. Había curioseado sus libros, sus papeles, sus cuadros, sus muebles. Se había detenido un instante, con una sonrisa de protectora superioridad, ante el retrato de alguna poetisa en boga, dedicado al joven literato en expresivo autógrafo al pie. Se había recostado luego, indolentemente, con algo de felino, en los almohadones de una otomana, mientras el literato fumaba filosóficamente sus cigarrillos egipcios y libaba despaciosamente una copa de licor, luego de ofrecer otra a su amable visitante. Y — ¿por qué ocultarlo? — alguna que otra vez habían llegado a unirse, fugazmente, los

labios de ella y los de él, unos y otros azucarados todavía de “chartreuse” o de “benedictine”. En tales ocasiones, el literato, con una vaga sensación de repugnancia, se había pasado disimuladamente el pañuelo por los labios, a fin de remover el berrillón cosmético que en ellos pudiera haber quedado.

Y eso era todo. Aun cuando algunas circunstancias exteriores pudieran hacerlo pensar, no habían ocurrido nunca cosas más serias entre aquellas dos personas de sexo opuesto. Para Edelmira Fernández — o para Dorothy Kiss, si es que alguien lo prefiere — todo aquello no dejaba de resultar anómalo, y no podía menos que pensarlo así, íntimamente contrariada, cada vez que el literato, luego de ofrecerle un beso como desganado, volvía a hundirse en su sillón Morris y encendía un nuevo cigarrillo egipcio. ¿Qué clase de hombre sería aquel, que estaba siempre dispuesto a acompañarla en sus paseos, a interrumpir su trabajo o sus cavilaciones para recibir su visita, a satisfacer sus pequeños caprichos, — este frasco de perfume, aquel muñeco de trapo, aquella bombonera, — y que no manifestaba el menor deseo de llevar hasta sus últimas consecuencias la relación que existía entre ambos? ¿Sería un individuo anormal, sería un enfermo, sería un...? ¿Qué sería?... Lo indiscutible es que era bueno para con ella, servicial, atento, solícito, complaciente; y nunca está de más que una mujer sola en el

mundo tenga un amigo de confianza. Ahora bien: pocas personas habrán estado en el mundo más solas, más sin parientes que Dorothy Kiss; no en cuanto Edelmira Fernández, puesto que, como tal, tenía un montón de hermanos pudriéndose en la mugre de un conventillo de la calle Venezuela, sino, precisamente, en cuanto Dorothy Kiss, mujer emancipada y artista de renombre en las inmediaciones de Esmeralda y Corrientes.

Roberto J. López, nuestro literato, no era, en realidad, lo que suele entenderse por un individuo anormal. Si en sus escritos se esforzaba por dar la nota de la suma exquisitez, en su trato cotidiano era un sujeto corriente, afable y llano, sin nada de particular; un hombre como otro cualquiera. ¿Qué era para él aquella muchacha, qué significaba en el curso un tanto monótono de su existencia, absorbida por preocupaciones intelectuales y por pequeñas tareas que no requerían gran despliegue de actividad? Poca cosa. Era, simplemente, una muñeca que le divertía, un amable interlocutor cuyas puerilidades le hacían sonreír. El no ignoraba que aquella muchacha de figura esbelta, de ojos negros como su melena, de tez trigueña, de talle elástico, de blancos dientes iguales, de tobillos finos, que aquel elegante y adorable animalillo, provocaba donde quiera que iba verdaderos incendios pasionales. Sabía perfectamente que eran numerosos en la ciudad los varones que

codiciaban sus caricias y que las hubieran recompensado con la largueza consentida por cada peculio. El la había visto aparecer noche tras noche en el escenario del teatrillo céntrico, coruscante de lentejuelas y constelada de gemas tan falsas como deslumbradoras, adornada, sobre todo, de gracia y de juventud; y había escuchado la fragorosa ovación de entusiasmo con que la acogía cada vez el concurso masculino. Por su parte, no había dejado de reconocer que estaba cautivadora, en su caprichoso "travesti" de mariposa, con aquellas dos inmensas alas versicolores que le habían puesto a la espalda. Siempre, siempre había debido convenir en que era una hermosa muchacha. Vestida de alcachofa, de "groom", de Julieta, de aeroplano, de porcelana de Sévres, de sirena, de gendarme, de Gioconda, de paje medioeval, de libélula, de "geisha", de Josefina Baker, de aviador, de María Antonieta, de bacante, de gondolero, de Poesía, de Candor, de cigarro habano, de Virginidad, de Mesalina, de flauta de Pan, de pan flauta, de campesina ucraniana, de florero, de contrabandista, de bruja en noche de Walpurgis, de querubín, de Cupido, de gitana, de tiesto de claveles, — nunca había desconocido Roberto J. López el fundamento de la admiración general. ¿Por qué, pues, al tenerla a su lado, en la alta noche, mientras la ciudad dormía su cotidiana borrachera de acción, no le producía una mayor... — ¡cómo de-

cirlo! — una mayor conmoción vasomotora? ¿Por qué, en rigor, — analizados a fondo sus sentimientos, — no le era posible decir que la codiciase? En verdad que todo aquello le daba que pensar.

Por aquel tiempo, el literato escribía los últimos capítulos de una extensa novela psicológica, trabajo “de gran aliento” en el que había cifrado muchas esperanzas. Tanto le absorbía aquella labor, que llegó un momento en que ni salía de su casa. Se pasaba las horas tecleando ante la máquina de escribir, en estado de inspiración, “en trance”. Transcurrieron así bastantes días sin que tuviera noticias de su amiga Dorothy Kiss. De la casa en que vivía, y a la que telefoneó, le informaron que Dorothy Kiss se había mudado sin dejar su nueva dirección. Hubiera podido averiguarla con sólo ir al teatro, pero aquel hombre apático no se tomó siquiera esa pequeña molestia.

CUATRO o cinco meses más tarde, el literato encontró a Dorothy Kiss en una calle céntrica. El encuentro fué en extremo cordial. Conversando animadamente, se dirigieron a una confitería cercana. Tomaban su te, en silencio, luego de formuladas y contestadas las preguntas de ritual, cuando al levantar Dorothy Kiss la mano que sostenía la taza, el li-

terato advirtió algo que le llenó de estupor, algo verdaderamente insólito: ¡Dorothy Kiss tenía un anillo de compromiso!

—¿Y eso, Dorothy? ¿Qué significa ese anillo?

—Significa — contestó la muchacha — que me caso dentro de dos semanas.

El literato no dijo nada, pero si alguien le hubiera observado con atención habría advertido que su ceño se contraía levemente mientras su mano apagaba la colilla del cigarrillo en el charquito de te con leche que quedaba en el fondo de la taza. Ella agregó todavía algunas palabras, relativas a las condiciones morales y materiales de su futuro cónyuge, a pequeños detalles referentes a la rapidez de aquel noviazgo, etc., etc. El literato no la escuchaba. Se levantó, al cabo de un rato, pretextando ocupaciones urgentes, pero, en realidad, profundamente contrariado. ¿Con qué derecho se casaba Dorothy Kiss, su amiga Dorothy Kiss, a quien había besado tantas veces con una indiferencia no afectada?... Y veía en aquella determinación de Dorothy Kiss una terrible infidelidad, un engaño monstruoso, una crueldad demoníaca; en una palabra: una verdadera canallada. Había sentido nacer en su pecho, súbitamente, un inmenso rencor hacia aquella muchacha y un deseo también inmenso de hacerla suya.

No es, por lo demás, el único caso en que un individuo que no ha tenido celos de toda una ciu-

dad, de todo un país, de todo el mundo, los tiene de un solo hombre; y quién sabe si el hecho de que puedan producirse casos semejantes no es una de las razones que tuvo en cuenta el eminente filósofo danés Severino Kierkegaard para afirmar que el amor es cómico.

EL BURLADOR RESUCITA DE ENTRE
LOS MUERTOS; O EL GRAN
ESCANDALO

CUANDO don Juan reapareció, hacia el año dos mil novecientos de la era cristiana, las cosas habían cambiado mucho para el Burlador. No eran, por cierto, los tiempos que había conocido allá en su primera aparición entre los hombres, o — para hablar más propiamente, — allá en su primera aparición entre las mujeres. Porque la verdad es que de los hombres siempre se le importó un comino.

A comienzos del siglo treinta, habían progresado enormemente las ciencias que los hombres del siglo veinte conocían y estudiaban ya, y, lo que es más importante, habían aparecido otras nuevas. Era, pues, un gran tiempo para los catedráticos y para los aspirantes a serlo. Una de esas ciencias era la

Ciencia de la Reproducción Animal, en mantillas todavía a comienzos del siglo veinte. Al reaparecer don Juan, esa magnífica disciplina había dado ya sus mejores frutos. Por aquel entonces, hacía varias centurias que el problema de la fecundación artificial estaba resuelto de la manera más satisfactoria; y la raza humana se reproducía en forma tan fácil y por un procedimiento tan sencillo como los que diez siglos atrás se utilizaban para la reproducción de las aves de corral. En aquellas lejanas épocas existía ya un tosco aparato — la incubadora — que se destinaba a ese uso, y cuyo empleo se había generalizado a fines del siglo diez y nueve de la era cristiana.

Las consecuencias del trascendental descubrimiento, debido al profesor Rabenkrahe, un investigador alemán, fueron inmediatas y múltiples. Debe señalarse, como una de las más importantes, el estrepitoso derrumbamiento de la antigua concepción del amor sexual, junto con la cual se vinieron abajo instituciones tan vetustas y aparentemente sólidas como la del matrimonio heterosexual. Los sonetos de Petrarca y de Dante, la historia de "Dafnis y Cloe", toda la antigua balumba de obras eróticas, se incorporó automáticamente a la literatura humorística, adquirió la calidad de lo grotesco: la gente no podía leer esos escritos venerables sin estallar en carcajadas. A la verdad, el efecto que producía to-

do aquello no podía ser más cómico. No hay para qué decir que muchos fenómenos considerados diez siglos antes como expresiones típicas y genuinas del Amor fueron entregados "ipso facto" al brazo secular de la Higiene. Se tenía entonces acerca del amor un concepto bastante elevado como para que no pudiera asociársele ni con el pensamiento la menor sombra de carnal impureza.

Sobre que a nada conduciría, sería engorroso explicar aquí la forma en que a la sazón se operaban los procesos reproductivos del animal humano. Lo que sí puede afirmarse, es que eran formas mucho más delicadas que las antiguas. El animal humano se había perfeccionado, había llegado a parecerse a la planta, tenía algo de la flor, cuyos pistilos contienen el sagrado germen que, en alas del céfiro, lleva la vida consigo.

Ciertamente, no podía ya hablarse de idilios; pero, si los hubiera, serían como los de las distantes palmeras que se aman a través del arenal inmenso, y en cuyos himeneos juega papel decisivo el aura complaciente que acarrea el polen. Era, indudablemente, la dignificación de la especie humana, y así lo entendieron los más eminentes filósofos. Los mismos teólogos, no tardaron en reconocer y declarar que los nuevos hechos se acordaban de manera cabal con el texto de los viejos libros.

Como consecuencia de tan profunda transforma-

ción, la Humanidad conoció, al cabo, el culto de la amistad tal cual la entendieron los grandes filósofos de la antigüedad remota, quienes la concebían como la forma más elevada, más perfecta y más acabada del amor. Se había caído en la cuenta, mucho tiempo atrás, de que ningún hombre puede amar tan tiernamente a una mujer como otra mujer, de que ninguna mujer puede comprender al hombre tan íntimamente, en tan completa identificación espiritual, como lo puede comprender otro hombre. Y la amistad se elevó a las formas sublimes que para ella quisieron Sócrates de Alopeca y su discípulo Platón; y fué una total compenetración de las almas, una total entrega de sí, pura y desinteresada. Y el Destino de la Especie, desenmascarado muchos siglos antes por Arturo Schopenhauer, dejó de burlarse de la Humanidad, porque le tocó a la Humanidad el turno de burlarse de él. Y los hombres se amaron verdaderamente, y se amaron verdaderamente las mujeres. Y se consideraba como un monstruo al hombre que codiciaba a una mujer, y como una aberración el amor de una mujer hacia un hombre. La moral social, y su instrumento la ley escrita, condenaban severamente semejantes desviaciones de los instintos naturales.

Tal era la situación cuando don Juan, el Burlador de Sevilla de las antiguas historias, resucitó de entre los muertos. El pobre don Juan, ignorando

aquella modificación profunda de la moral y de las costumbres, pretendió revivir las aventuras de sus buenos tiempos. Se aplicó, pues, a galantear a las mujeres, pretendió seducirlas con presentes costosos, les escribió billetes inflamados, las acosó en toda forma, aunque sin ningún resultado apreciable. No obtuvo sino muecas de profundo desprecio y gestos de infinita repugnancia.

Así pasó don Juan Tenorio algún tiempo — unos cuantos meses, tal vez unos cuantos años — recorriendo varias naciones en busca de un país, de una ciudad, de un rincón del mundo donde todavía la posesión de una fuerte masculinidad constituyera una condición valorable y un título a la estimación de las mujeres. No hay para qué agregar que no lo encontró, que ni buscándola con candil hubiera dado con otra doña Inés. Suponiendo que alguna existiera, es seguro que por nada del mundo habría abandonado la calma apacible de su convento, la amistad tierna y solícita de sus compañeras de clausura, para arrojarse en brazos de un seductor corrompido, de un hombre vicioso y disoluto. Esas tristes comprobaciones abatieron profundamente el ánimo de don Juan, en quien hizo presa la más negra melancolía. En adelante, no hizo sino maldecir el día y la hora en que se le ocurrió regresar a un mundo donde se le miraba como a un demente, donde las gentes respetables huían de él como de un apestado.

El desenlace de la última aventura de don Juan fué verdaderamente patético. Hallábase el Burlador en la ciudad de París, — famoso antaño como Babilonia por la depravación de las costumbres —, preparando sus maletas para marcharse al otro mundo, cuando cayó bajo las garras de la Liga de Defensa de la Moralidad Pública y Privada, poderosa institución internacional que se mostró para con él verdaderamente implacable, puesto que lo condenó a seguir viviendo y a amoldarse a las costumbres generales. Naturalmente, hubo necesidad de recluirle en uno de los establecimientos de reeducación a donde se enviaba a los que sufrían de su triste enfermedad.

Cuéntase que don Juan, al serle notificado el fallo del Consejo central de la Liga de Defensa de la Moralidad Pública y Privada, tuvo un arrebato de indignación y echó mano al sitio en que en otros tiempos llevaba la espada. Añaden algunos que se le oyó pronunciar entre dientes y en buen español algunas palabrotas, iracundo como el general Pedro Cambronne en el instante en que los enemigos le intimaban la rendición. Fué un arrebato del primer momento, tras el cual vino la hora de la madura reflexión. Don Juan Tenorio, el Burlador de Sevilla de las antiguas historias, terminó por amoldarse a los usos y costumbres de la época en que le tocó volver al mundo, no sin que en las horas de hastío

y soledad poblaran su imaginación las visiones deliciosas de sus amores antiguos, visiones tanto más conturbadoras cuanto que los placeres evocados por ellas se habían purificado mucho hacía tiempo de toda vulgaridad, para adquirir el prestigio y la atracción fatal de los verdaderos pecados.

EL LOCO

APLIQUÉ el oído a la Tierra — nos contó el poeta loco — para escuchar los latidos de su corazón, para oírle respirar. Pegué materialmente la mejilla a su pecho, cubierto de espeso vello verde, y pude comprobar que la pleura estaba perfectamente, que en aquel punto, por lo menos, no había depósito alguno de líquido. La respiración era normal, acompasada. No advertí el ruido de “pot fêlê”, tan característico y de tanta importancia para el diagnóstico. Dando una gran voz, le ordené luego:

“¡Diga treinta y tres!”

“La Tierra me obedeció en seguida, y el viento me trajo desde el confín lejano el eco de su voz trabajosa y ronca:

“Treinta y tres!”...

Por tres veces consecutivas recibió la Tierra mi

orden, y otras tantas llegó hasta mí su voz trabajosa y asmática:

“¡Treinta y tres!”

“Fué así como supe que la Tierra, anciana de innumerables siglos, no sufre de enfermedad alguna; que está muriéndose hace mucho tiempo de puro vieja”.

EL ESTAFADOR, O LA ABSOLUTA LIBERTAD

ESTE era un hombre que había nacido esclavo y que, durante largos años, vivió suspirando por conseguir la libertad. A fin de ganarse el sustento, tenía necesidad de trabajar de la mañana a la noche al servicio de un amo; y sólo veía el sol por entre las rejas de su encierro; y era como el buey uncido al yugo. “¡Ah, cuánto daría yo por ser dueño de mis horas, y hacer mi propia voluntad, y recobrar el sol” — solía decirse. Porque era uno de esos hombres que han tenido que hipotecar a otro hombre su pedazo de sol. Y ocurrió que un día se cumplió su deseo, y fué libre, absolutamente libre, y sus horas no pertenecieron ya a un amo. Era rico, era todavía joven, no tenía amigos ni parientes — porque no tiene parientes ni amigos el que una vez ha sido esclavo, — y podía hacer en adelante su vo-

luntad. Había llegado para él la hora de empezar a vivir verdaderamente, como si acabase de nacer.

¿Qué camino iba a ser el suyo? No el del amor, porque es camino de esclavitud; no el del odio, porque es peor esclavitud; no el de la virtud, ni el del vicio, ni el del trabajo, ni el del ocio, ni el del estudio, ni el de la ignorancia, ni el de la fe, ni el de la negación, porque son formas distintas de la esclavitud. ¿Qué podía, pues, hacer con su libertad?

Entonces el alma de aquel hombre se nubló de tristeza y de hastío. Y tuvo envidia de los esclavos — de los esclavos de los hombres o de las pasiones, — porque sólo cuando se es esclavo de alguien o de algo se tiene la sensación de que se está vivo, y la Absoluta Libertad es la imagen de la muerte; porque la esclavitud es la Ley de la Naturaleza, y el alma del hombre necesita su opresión como su cuerpo necesita la del aire que respira. Y la libertad le agobiaba como una montaña, y le inhibía para toda acción.

Fué así que encontrando a otro hombre que vivía en la esclavitud y anhelaba ser libre, le dijo:

—Te doy mi libertad a cambio de tu esclavitud.

Y el otro hombre aceptó el trueque, y el hombre libre volvió a ser esclavo, y halló distracción en los trabajos útiles y humildes, y sintió que su vida tornaba a tener objeto y razón de ser. Había comprendido que es menester que el hombre tenga un amo,

y que no hay amo más arbitrario y tiránico que su propia voluntad; pues ser dueño de sí mismo quiere decir también ser esclavo de sí propio, y sumar el tormento de la responsabilidad al dolor de la esclavitud.

Lo había comprendido demasiado tarde, porque Dios Nuestro Señor, después de sus días mortales, le condenó a sufrir en el báratro la pena de los ladrones y de los usureros.

EL HOMBRE QUE VEIA CLARO

HABÍA una vez un hombre que siempre se estaba jactando de “ver claro” en toda clase de asuntos. Había querido la suerte que aquel hombre fuese afortunado en cuantas empresas acometió. Ciertamente, nada había puesto él de su parte para llegar a ser, como llegó a serlo, inmensamente rico, y lo bastante feliz como para no comprender que lo era. Pero era necio de nacimiento aquel hombre, y así, cada vez que se le habla de su éxito en la vida, repetía el estribillo acostumbrado:

—He tenido éxito porque veo claro.

Al Sumo Hacedor concluyó por hacérsele cargosa aquella fatuidad. Sabía El perfectamente que si aquel quídam había llegado en la vida a una situación tan eminente, tan despejada, tan próspera, no se debía a que tuviese el don de desentrañar los problemas oscuros, sino precisamente, a lo contra-

rio: a que era lo bastante obtuso como para no poder pesar el pro y el contra de las cosas, como para no ver más allá de sus narices, y a que, por tal razón, no había podido estorbar nunca al Azar en la ejecución de sus planes inescrutables y arbitrarios.

Era menester castigar a aquel hombre ingrato; y un día entre los días, dispuso el Hacedor que el hombre en cuestión comenzara verdaderamente a ver claro.

Fué el comienzo de su desgracia. El día en que todo lo vió claro — su destino, su vida pasada y presente, su porvenir, el pensamiento de los que le rodeaban, las causas que determinan las acciones de los hombres, sus propios anhelos y aspiraciones, hasta entonces confusos y vagos, la nada del Cosmos, la inutilidad de todo, la estupidez humana en el esplendor de su amplitud inconmensurable, la esterilidad de todo esfuerzo, la vanidad y la pequeñez de cuanto nos circunda, — el día horrendo en que vió todo eso con espantosa claridad, se le llenó el alma de amargura.

Pero era un hombre decididamente afortunado, y ese día se volvió loco.

EXTRAVIOS Y HALLAZGOS

PEQUEÑOS PROSEMAS

L A aspiración al bienestar total de la sociedad es, en el orden colectivo, lo que es, en el individual, la aspiración a la Felicidad: una utopía, un miraje delusivo y alucinante. No puede ser feliz el hombre, y menos aún puede serlo la agrupación de los hombres, porque la suma tiene que ser de igual naturaleza que los sumandos. Hasta podría formularse esta ley constante: a medida que aumenta el número de individuos que constituyen la agrupación, disminuyen las probabilidades de bienestar. Pero las ilusiones que nos hacen felices — ha escrito Goethe en su "Werther" — no son ilusiones; y es criminal arrancar al hombre la ilusión de que un día alcanzará la felicidad con que sueña, como es inhumano arrancar a una colectividad la de que un día se habrá asegurado el bienestar de todos los individuos que la constituyen. Tanto en un caso como en el otro, la persecución de la felicidad actúa a modo de idea fuerza — en el sentido de Fouillée, — y es en tal carácter fecunda. La

vida humana sería trágica, sería horrenda, sería monstruosa, por estéril, por vacía, por desprovista de objeto, si no existiesen algunas bellas y nobles idealidades, así en lo individual como en lo colectivo; si no existiese un anhelo de justicia, una Cámara de Diputados, una carrera consular, un Hipódromo Nacional, una Caja de Jubilaciones, un Más Allá, un Partido Socialista, una Lotería de Beneficencia.

YA lo sabemos, monsieur Haraucourt; ya sabemos que "partir, c'est mourir un peu". Pero eso, con todo, no es lo grave. Lo verdaderamente trágico está en que "regresar es haberse muerto un poco y estar de vuelta".

Porque no cabe duda de que regresar es resucitar un poco.

EL bostezo es el epílogo de todas las cosas: de las novelas más amenas, de las empresas más apasionantes, de los más terribles dramas, de los amores más profundos y verdaderos.

Y el prólogo de algunas obras de genio.

—**E**s este un hermoso país — me decía con frecuencia aquel distinguido caballero norteamericano, pero carecen ustedes en absoluto de "confort". Les falta el sentido del "confort".

Tuve que abrir un largo paréntesis en mi exis-

tencia habitual, tuve que entregarme a los vaivenes de las pérfidas ondas, tuve que hacer un viaje a Nueva York para comprender lo que aquel distinguido caballero quería significarme: que tenemos pocos ventiladores y pocos aparatos de calefacción; que consumimos poco hielo en verano y poco combustible en invierno.

No es indispensable para ser una buena persona, ser un imbécil; pero apenas hay un imbécil que no sea una excelente persona.

REHUYE todo trato con los que no han sufrido; porque en verdad te digo que esos no han nacido del todo.

—**Q**UÉ le ha parecido la ciudad? Grande, ¿no es cierto?

—Sí; es grande — contestó el palurdo, — pero no como para asombrar a nadie. Más grande es el campo.

EMPEÑADOS en demostrar que poseen un talento de que carecen, hacen algunos hombres estultos derroche de talento.

CUANDO las mujeres hagan las revistas ilustradas, los hombres hermosos no precisarán ser actores de cinematógrafo para que su retrato se difunda.

Cuando sean empresarias y directoras de teatro, cuando escriban los dramas y las comedias, el teatro evolucionará notablemente. Por de pronto, dejaremos de contemplar los dramas de la infidelidad conyugal a través del prisma masculino, como ahora ocurre. El menor desliz de un marido desencadenará sobre las tablas una tempestad de llantos, ayes y querellas, dará tela para terribles tragedias, como ocurre hoy con las ligerezas de las esposas más o menos casquivanas. El arte teatral habrá realizado entonces un enorme progreso, de incalculables consecuencias en el terreno literario. Un paso más, y se modificará también profundamente el arte de la coreografía teatral, hoy lamentablemente atrasado. Dad tiempo al tiempo, veréis cómo el "dancing-boy" desplazará a la "dancing-girl".

Hasta que los hombres vuelvan a mandar.

"No basta que la mujer chic no sea honrada — digo el cínico. — Hace falta que no lo parezca".

UNA seducción es siempre una cosa irreparable, sobre todo para el seductor.

¿VÁS entre los hombres? No olvides el portamonedas.

HAY bastantes personas que creen en la transmisión del pensamiento, pero poquísimas que realmente crean en el pensamiento.

MIENTRAS Gulliver no aparece, el más alto de los enanos es un gigante.

SIEMPRE tuve a aquel hombre por un "dandy" irreprochable hasta que me di cuenta de que, cuando era invitado a alguna reunión elegante, compraba cigarrillos distintos de los que fumaba habitualmente. Ignoraba aquel desdichado que esas pequeñas supercherías se descubren siempre al primer golpe de vista.

AMÉRICA es un continente descubierto y colonizado por los europeos. En él viven muchos millones de personas, todas las cuales trabajan encarnizadamente con la esperanza de llegar un día a descubrir y colonizar a Europa.

SE afirma que los poetas no llenan en la república ninguna misión útil... Se olvida, al formular ese aserto injusto, que tienen en las sociedades un importantísimo papel como depositarios de la tradición y custodios de los mitos. Cuando Dios haya cesado de ser una explicación de la vida o una nece-

sidad del espíritu humano, seguirá siendo un consonante. Un consonante difícil en algunas lenguas, pero un consonante.

LAS deudas no están sujetas a las leyes de la Física. Nadie ignora que se dilatan a medida que se contraen.

LA supresión del teléfono — afirma un estadígrafo norteamericano, — disminuiría en un 85 por ciento las infidelidades y en más de un 2 por ciento los divorcios.”

LA erudición es peligrosa a la manera que lo es la cocaína: se comienza absorbiendo por broma una pulgarada, y se termina tomándola, por así decirlo, a puñados. Es el momento en que la broma se ha convertido en una cosa seria, en un rito.

Algo análogo sucede con la erudición, y es así como muchos hombres inteligentes, razonables y sensatos, se han convertido en jumentos.

VIENE el hombre a este mundo tan libre de prejuicios como de ropas. Según va creciendo, va adquiriendo ropas y prejuicios, y a medida que se desarrolla, son mayores sus ropas y sus prejuicios, sin que el paralelismo tenga nada de sorprendente, ya que, en algunos casos, también las ropas consti-

tuyen un prejuicio. La generalidad de los individuos, continúa hasta el fin de sus días asimilando prejuicios; otros, más afortunados o más prudentes, después de haberlos asimilado durante la primera mitad de su vida, dedican la segunda a eliminarlos. Llega un día, en efecto, en que comprenden que los prejuicios son una especie de andador de la inteligencia, y que se anda más desembarazadamente sin ellos.

Cuando eso le ocurre a un hombre, surge una personalidad, nace un cerebro sólido, aparece una categoría, y no puede aparecer de otro modo; pues en materia de prejuicios ocurre como con las enfermedades inmunizantes: la única forma de no llegar a padecerlos consiste en haberlos padecido.

Cuando eso le ocurre a una mujer... que sea la mujer del prójimo.

—**E**s curioso — dijo cierta vez al señor de Perogrullo la condesa de Clermont-Lachaumière — que siendo usted un ironista profesional, no sea lo que se dice una mala persona...

—Desgraciadamente, señora; porque si fuésemos malas personas todos los que vivimos en el Mundo de la Ironía, cabría la presunción y la esperanza de que fuesen buenas todas las que viven fuera de ese reino artificioso, patético y jovial, horrendo y encantador. Y el mundo sería habitable, y la vida hu-

mana empezaría a ser bella; porque los malos serían muy pocos...

EN la presente era democrática, la riqueza pública es administrada en casi todas las naciones por aquellos individuos que han demostrado ser incapaces de administrarse a sí propios; que carecen hasta de aquella elemental inteligencia que se necesita para conservar un patrimonio, para acrecentarlo o para formarse uno.

—¿HA visto usted qué suerte la de Sánchez? Acaban de nombrarlo profesor de psicología.

—Pero, ¿entiende algo de psicología el amigo Sánchez?

—No lo creo, pero como acaba de casarse...

—¡Ah, vamos! En ese caso, no sólo merece una cátedra, sino que merece entender algo de psicología.

SI es cierto, como lo afirmó Schopenhauer—quien no alcanzó la Era de la Conferencia— que “los libros son el opio de Occidente”; si es cierto que la heroína es un producto derivado del opio; si es cierto que las conferencias se extraen de los libros; si es cierto que, tanto en un caso como en otro, la substancia derivada conserva, concentrándolas en terribles proporciones, las propiedades letales de la

substancia originaria, la lógica más rigurosa permite sentar esta afirmación trascendental: las conferencias son el clorhidrato de morfina de la civilización moderna.

LA literatura, para algunos, hasta “colocarse”. Como el piano o el pirograbado para las niñas: hasta que se casan.

HAY hombres de o nada o todo, y hombres de “a falta de café, qué rica la achicoria”.

LA mayor parte de los que trabajan por la libertad del pueblo, ni siquiera ha sabido ganarse la propia.

ESA muchacha amiga a quien no hemos reconocido, que en la calle o en el teatro nos dirige una afectuosa mirada y para la cual tenemos una fatua sonrisilla donjuanesca, debe encontrarnos infinitamente estúpidos.

NO sirve leer, hay que haber leído.

DE las librerías a su biblioteca, siempre cargado de libros; de su casa al aula, para descargar en ella el saber adquirido un momento antes en su biblioteca, aquel hombre hacía pensar en esas vago-

netas de las canteras y las minas, que al final del plano inclinado vuelcan automáticamente su carga de carbón o pedregullo. Era un volquete de la sabiduría.

MUCHOS llaman cambiar de convicciones a no haberlas tenido nunca.

HAY personas a las que es agradable ver una vez, nada más que una, como esas revistas literarias juveniles, de las cuales sólo el primer número es interesante.

LA gloria tiene el alma caprichosa y arbitraria de una mujer ligera de cascos, y nunca se sabe cómo se ganan más seguramente sus favores: si tratándola con dulzura y suavidad, mimándola y acariaciéndola — como Shelley, como Keats, como Heine —, si zurrándola de una manera más o menos sistemática, como Balzac, como Dostoievsky, y aún, en cierto sentido, como Goethe y como Hugo. Hay quienes se ganan para siempre su voluntad por haberle ofrecido humildemente unos cuantos ramos de violetas, y hay quienes necesitan arrojarle, como el rey don Pelayo a los sarracenos, una masa considerable de materiales de construcción.

NADIE tiene más importancia que la que a sí propio se atribuye; como que esa importancia es siempre un máximo. Entretanto, la sociedad hierve de hombres que despreciándose profundamente a sí mismos, que estando listos para cualquier indignidad, aspiran a merecer la consideración y el respeto del prójimo.

LA nación alemana no ha abandonado en el siglo XX su papel de proveedora de pesimismo, lo que no le impide entregarse con toda energía y con todo entusiasmo a la obra de su engrandecimiento. El negro pesimismo de los filósofos alemanes no es probablemente otra cosa que un arma de defensa, como la negra tinta con que los calamares, cuando quieren evadirse, dejan en tinieblas al adversario.

—**E**s mucha mi soledad — dijo mi amigo. — Demasiada soledad para un hombre solo.

EN el siglo XIX existía ya, y Schopenhauer le dió un sitio adecuado en su bestiario, el hombre que se ha convertido en un asno a fuerza de leer. Hoy existe también ese espécimen social, y uno más: el que se convierte en un jumento a fuerza de escribir.

CONTRAER matrimonio, no siendo rentista, es en cierto modo decidirse a vivir de la caridad pública.

NINGUNA persona distinguida refiere en el salón o en la tertulia sus experiencias y aventuras de amor, y no se ve por qué razón puede ser elegante en literatura lo que es inelegante en la vida diaria. Ahora bien: siempre que uno escribe sobre el amor, está contando de un modo más o menos directo sus experiencias amorosas.

QUIÉN sabe si la mejor metafísica no será a lo sumo una poesía de mala calidad.

ALGUNAS miradas de hombres y de mujeres de las ciudades tienen la tristeza de muchas vidas que pudieron ser y no fueron, de muchas divinas infancias ni siquiera germinadas, de innumerables parricidios por omisión.

Es inútil fatigarse; todo lo muy hermoso o muy profundo es inefable.

EL hecho de que todo el mundo empiece a reconocer el talento de un hombre, suele ser prueba de que ese hombre ha empezado ya a ser un cretino.

Es terriblemente patético, en las esquelas de defunción que publican los periódicos, el sobrenombre cariñoso y familiar de la niña muerta.

—¿**L**A causa de esta tristeza mía, de este cansancio de vivir? — dijo aquel hombre melancólico cuando llegó el instante de las confidencias.— ¡Bah! Es bien vulgar, bien sencilla. Sepa usted que yo he perdido de un golpe toda mi fortuna. ¡Toda, como usted lo oye! ¡Toda, hasta el último centavo! —¿Sí? — me compadecí. — Y... ¿cómo? ¿Cuándo?

—¡Oh, qué sé yo! Mucho antes de nacer, desde luego.

ALGUNAS bocas de mujer, vistas de perfil, tienen el contorno de un perfecto y diminuto corazón yacente; y es doloroso el instante en que ese rojo corazoncito se desgaja, tal vez para que salga de él una frase terriblemente banal.

HAY quienes al nacer traen consigo magníficos cargamentos de melancolía y la van repartiendo generosamente por el mundo, tan inconscientes de su precioso tesoro como, en la antigua fábula, el asno cargado de reliquias.

¡QUÉ lejos en el espacio, qué lejos en el tiempo! Teníamos quince años, y nos amábamos tiernamente. Recuerdo, no sin rubor, que yo llevaba en el bolsillo un pequeño espejo con un anuncio de cognac al dorso, y que al pasar frente a su ventana, usándolo como heliógrafo, proyectaba un pequeño disco inquieto y bailarín sobre las paredes del cuarto en que ella “tenía que estar” bordando. ¡Maravilloso deporte, pesca sublime! Pues era arrojar al charco negro de la ventana un hilo de oro de sol y sacar a la superficie, enganchado al anzuelo, el pececillo rojo de una fresca boca sonriente.

Los jóvenes ambiciosos de las clases modestas no deben olvidar que a la mayor parte de las mujeres exquisitas las aburre mortalmente la compañía de los hombres exquisitos.

No cabe duda de que la mayoría de los hombres y de las mujeres va al matrimonio con alegre espontaneidad, como el ratón al queso de la trampa; pero también hay quienes se rinden, fatigados y aburridos, acosados por todas partes, como los toros en las corridas cuando, luego de una larga y trabajosa faena, llega finalmente la hora de matar.

SEGÚN los biólogos, en el embrión humano no hay diferenciación sexual hasta determinado momento de su evolución. Hay casos en que la diferenciación no llega a producirse, y entonces sobreviene el monstruo, el ser humano que no es mujer ni hombre.

Hay ciertos espíritus exquisitos — Shelley, Amiel, Heine, María Bahskirtsef — que nos hacen pensar si no ocurrirá con las almas una cosa semejante.

EL difundido escritor — aquel escritor vanilocuente, que se iba en palabras, — se sintió un día enfermo. Vino el médico, le puso la mano en la frente y dijo:

—No tiene nada, no tiene nada.

Fué la única vez que aquel escritor tropezó con un crítico honrado.

IGNORO si alguno de los grandes poetas cuyos nombres son decoro de la historia comenzó a hacer versos siendo ya adulto; pero creo poder afirmar que lo común es lo contrario. Lo corriente es que el poeta comience a hacer versos en su niñez, antes del uso de razón o apenas adquirido, y luego siga haciéndolos por costumbre durante el resto de su vida. Y se explica, porque, si se mira bien, el hacer versos es una cosa poco racional, poco razonada, poco razonable.

HAY hombres descreídos a los cuales sólo alienta ya una fe, y es su fe en la fe que esperan merecer de los demás. Pero la fe no se inspira sino a condición de sentirla, y esos hombres, para su desgracia, dudan de sí mismos.

SI un hombre se opone enérgicamente a una iniciativa encaminada a aumentar el bienestar de los obreros, pero cuyo autor tiene el defecto de no ser socialista, no cabe duda: ese hombre es un socialista. Si un hombre que no tiene hijos, investido de alguna autoridad, vela con excesivo celo por la moral pública, no cabe duda: ese hombre es un amoral.

“**C**REO que este verso es un error, pero en fin, ya está” — me dijo aquel poetastro al entregarme su quinto libro. ¡Penoso momento! ¿Cómo decirle que era un error, no ya aquel inocente verso, sino toda la composición de que formaba parte? ¿Cómo decirle que no sólo aquella composición, sino el libro todo era un gravísimo error? ¿Cómo decirle, en fin, con qué fraternales y piadosas palabras hacerle comprender que él mismo era la funesta e irreparable equivocación de alguien?

A los quince años, habiendo leído entre otras cosas el libro de Carlyle sobre el heroísmo — sin entender una palabra, por supuesto —, no me con-

formaba yo con menos que con fundar una religión nueva. A los treinta, mis aspiraciones son bastante más modestas: ahora ya me daría por muy satisfecho si lograra imponer un nuevo modelo de corbatas.

LEYENDO tal o cual farragoso poema clásico, nos deslumbra súbitamente un verso magnífico, un sólo verso hermoso, fresco, profundo, actual, que nos compensa de la mortal aridez precedente. Es una impresión análoga a la que se recibe, en los pueblos de Castilla, recorriendo, al atardecer, una calle parda, terrosa, trágica en la media luz vespertina, al pasar de pronto junto a un portal abierto sobre un patio lleno de verdor, de flores, de gallinas, dorado todavía por el sol declinante.

EN la fachada de un convento de la ciudad de Córdoba, aparecieron una mañana, pintadas con alquitrán en grandes caracteres, estas tres palabras: LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD

Se trataba, naturalmente, de una fechoría cometida por hombres de ideas avanzadas, enemigos de la religión y de la paz social. El incalificable atentado causó el estupor que es de suponer entre el vecindario de la apacible ciudad argentina. No produjo mayor asombro, entre los invitados de Baltasar, la aparición de las tres palabras fatídicas. Aquel

mismo día, unos cuantos obreros, provistos de cincel y martillo, desgastaban el granito mancillado, a fin de borrar hasta el último vestigio de la inscripción profana; y las gentes piadosas, viendo desaparecer la última letra de aquellas nefandas palabras, pudieron al cabo respirar tranquilas. Esto ocurría a mil novecientos veintitantos años del nacimiento de Nuestro Señor.

PARA expresar los conceptos de "ingenio" y de "espíritu" tiene el idioma francés una sola palabra, la palabra "esprit", y hay tal vez en esa aparente pobreza una profunda lógica. Es difícil, en efecto, que una persona de mucho ingenio no sea al mismo tiempo una persona de mucho espíritu.

EL pasado de una mujer a quien se quiere debe aceptarse en masa, como la historia de la patria: con todas sus glorias y también con todas sus posibles ignominias; pero es indudable que para lo uno y lo otro se requiere considerable dosis de entusiasmo apasionado e ingenua bonhomía. A eso se debe tal vez que aquellos individuos en quienes el sentido crítico alcanza el grado de la hipertrofia sean casi siempre patriotas tan tibios y, desde el punto de vista matrimonial, candidatos tan exigentes.

QUIÉN sabe si para ciertas almas excesivas no será la impureza el único camino posible hacia la santidad! Tal vez hay espíritus semejantes a aquellos valetudinarios de las antiguas tribus americanas que, para sanar de sus males físicos, necesitaban un prolongado baño de estiércol.

"CUANDO vayas a penetrar en el Templo del Amor, deja a la Ironía a la puerta, junto con tus dromedarios. Al fin y al cabo, también ella es una joroba.

"Cuando salgas del Templo, recógela de nuevo, y que ella te acompañe por los caminos de la vida, que bordean la zarza y el cardo punzadores. Recógela de nuevo, junto con tus sandalias. Al fin y al cabo, también ella es una defensa."

Este hermoso prosema no lo ha escrito ningún poeta árabe, sino que se me ha ocurrido a mí durante un viaje en omnibus. Es lástima. Un pensamiento tan hermoso merecía padre más ilustre, más noble cuna.

SER un Sócrates es una cosa extraordinaria; pero ser un Sócrates y encontrarse en la vida con un Platón, ya es un milagro.

Los puntos suspensivos son generalmente el epitafio de las ironías que nacen muertas; son parientes de ese "Con intención" que los autores de

teatro ponen al lado de las frases sin intención alguna.

VIVID en peligro", aconseja el Charlatán Inspirado. ¡Magnífica tontería! ¿Hay algún procedimiento para no vivir en peligro? Siempre se está en peligro de las peores cosas, sobre todo cuando se es precavido.

OCURRE en la vida de los pueblos, ocurre en el mundo lo que en los colegios: los que marcan el paso no son los mejores, sino los más torpes. El maestro no puede comenzar a explicar la raíz cuadrada hasta que el alumno más perezoso o más bruto ha aprendido a multiplicar decimales.

ESTÁ bien que haya en la ciudad un "solarium" para los niños escrofulosos; pero ¿por qué no ha de haber un "lunarium" para los pobres poetas enamorados? Hay almas a las que sólo los baños de luna pueden devolver la salud perdida.

Está bien que haya el Día del Niño, el Día de la Flor, el Día del Arbol, el Día del Pájaro; pero ¿para cuándo la Noche del Poeta?

LA unidad de medida de la presión es la atmósfera; la unidad de medida de la tristeza es el crepúsculo. Hay melancolías de cincuenta mil, de cien mil, de ochocientos mil crepúsculos.

LAS películas que proyectan durante los meses de verano en los cines de la ciudad son tan malas y tan viejas, que lo mejor es tomar asiento bajo el rectángulo del techo corredizo y, desatendiendo la pantalla por la que desfilan las estrellas, los astros y los asteroides de Hollywood, ponerse a mirar filosóficamente, en esa otra ventana también abierta hacia lo maravilloso, a las verdaderas estrellas que allá arriba tremelucen, a las que no dan escándalos, a las que no se divorcian, a las que nunca nos defraudarán, a las que no trabajan sino para esa reducida "élite" de exquisitos que forman los astrónomos de todo el mundo. En tales circunstancias, el cinematógrafo veraniego y despoblado asume una gran dignidad: es, en el ombligo mismo de la urbe ruidosa y luminosa, en el inmenso bosque de hierro y de cemento, un agujero abierto hacia el cielo, hacia la Pureza, hacia la Divinidad.

DEBERÍA haber vacaciones matrimoniales. Es absurdo que un profesor de dibujo o de historia pueda libertarse durante tres meses de la tiranía de

la cátedra y que un marido no tenga derecho a descansar un solo día.

SI nuestras amigas no nos compensan de nuestros amigos, no nos sirven para nada.

LEGA pronto, entre una mujer y un hombre de inteligencia penetrante, de sensibilidad aguda, ese terrible momento en que nada hay que decirse; en que, si todavía se habla, es simplemente para ahuyentar el fantasma del tedio en constante acecho.

NO puede crear mucho quien omite poco.

POETA es uno que hace versos; gran poeta, uno que se ha llevado el mundo al oído, como un caracol marino, para escuchar su vasto rumor; uno que, habiendo escuchado la música magnífica del mundo, se ha consagrado a la tarea paciente de ponerle letra.

EN general, las mujeres no deben confiar demasiado en el amor de esos hombres a quienes nunca han oído pronunciar una palabrota. Como los personajes de Shakespeare, el verdadero amor suele ser malhablado.

AXIOMA: El amor tiende a la igualdad.

POSTULADO: La desigualdad constituye para el amor el más fértil de los terrenos.

PROPOSICIÓN DERIVADA: Cuando el amor germina en la desigualdad, su vehemencia está en razón directa con la profundidad de la desigualdad.

Esto último podrá no ser cierto; pero es lo bastante cacofónico como para revestir el aspecto de una verdad científica. Desgraciadamente, no es lo bastante abstruso como para que parezca una cosa profunda.

"IRSE por esos mundos", dice el vulgo cuando lógicamente debiera decir "irse por el mundo". He ahí uno de esos casos en que el instinto aventaja a la lógica; porque, en realidad, un país es, esencialmente, una particular concepción del mundo, es decir, un verdadero mundo.

HEMOS alcanzado un tiempo en que la pobreza de espíritu de los más constituye una fuente de riqueza para los menos.

CUANDO aquel diputado de cara de bruto gruñía "¡Pido la palabra! ¡Pido la palabra!", parecía representar, no a una circunscripción electoral, sino a una especie zoológica inferior reclamando del To-

dopoderoso el divino atributo del Verbo. Era tal vez el antropopiteco.

EN este país, como en todos, cuando una obra de teatro no se anuncia expresamente como inapta para menores, suele querer indicarse que es igualmente inapta para todas las edades.

LA vanidad es una avariosis de las almas. Por ella hay tantas almas ciegas, sordas y paralíticas.

TAMBIÉN la flor delicada de los amores puros se nutre con estiércol de egoísmo.

EN tiempos de M. de Chamfort, el amor era ya bien poca cosa: apenas "l'échange de deux fantaisies et le contact de deux épidermes". Faltaba, sin embargo, inventar el "flirt", que es todavía menos: apenas el intercambio de dos hastíos o de dos miedos y el contacto de dos epidermis espirituales.

CREER en la amistad de un hombre a quien no se debe servicio alguno o en el amor de una mujer que no nos ha dado de él ninguna prueba material, aduce sin duda verdadera nobleza y verdadera elevación de espíritu; pero tanto lo uno como lo otro aducen también cierta proporción de infantilismo. El amor y la amistad deben ser interesados.

Más aún: siempre es un poco ridículo que no lo sean.

Los reglamentos de las sociedades deportivas exigen que el aspirante a socio, al tiempo de ingresar a la entidad, se someta a un examen médico en el que se acredite que no sufre enfermedades contagiosas. Ese examen, por lo común, no se repite ya en lo sucesivo, como debería hacerse periódicamente para que la garantía fuese efectiva. Una vez que se ha ingresado, se está en libertad para contraer cualquier enfermedad inmundas y para difundirla generosamente.

Algo semejante ocurre en el llamado "gran mundo": no se tiene acceso a él sino cuando se llena una serie de requisitos de honorabilidad, de distinción, de elegancia, de inteligencia; pero, una vez que se forma parte de ese mundo, puede uno permitirse los peores excesos sin peligro de ser expulsado. De ese mundo, como de las sociedades deportivas, no se expulsa a nadie sino por falta de pago.

UNICAMENTE en el teatro se encuentra la tragedia al estado puro. En la vida real, la envuelve siempre la ganga de lo grotesco.

“OCURRE con la locura — solía decirme un médico amigo —, algo semejante a lo que, en la teoría de Ferrán, ocurre con la tuberculosis: todos somos dementes en estado potencial, a la espera del accidente capaz de determinar la locura franca que lo lleva a uno a la casa de orates.” Creo que aquel pobre amigo mío tomó demasiado a pecho su teoría, porque a fuerza de meditar sobre el problema, y semejante al doctor de “La sala número seis”, terminó volviéndose loco. Tales son las consecuencias que acarrea frecuentemente la funesta manía de pensar.

ALGUNAS mujeres computan sus años como computan los historiadores cristianos los de las épocas anteriores a la venida del Mesías. Cuanto más viven, más se acercan al Año Uno.

—Es ligera, ligera, ligera.

—Sí. Su vida sería una interesante novela de amor.

—Por entregas, naturalmente — dijo alguien creyendo decir una cosa aguda.

“SI tuviera confianza con algún fabricante de automóviles — dijo mi amigo — le encargaría un coche de latón amarillo, un automóvil que tuviera el aspecto y la forma de un gran trombón, que

fuera todo bocina, una cosa grande y fulgente bajo el sol como de oro. Dentro de ese armatoste deslumbrante y magnífico, recorrería las calles a toda velocidad, sembrando el pánico, distribuyendo el síncope, haciendo amarillecer de envidia la cara de los demás automovilistas, porque el estruendo del enorme trombón rodante anularía el gruñido cerduno de sus ridículas bocinas; pero sobre todo, me encantaría el estupor de los niños, que nunca habrían visto — ni oído — más brillante automóvil, más ruidosa corneta, más perfecto juguete”.

ESTABA resuelto a pasar a la historia como un gran escritor, pero sus libros no interesaban a nadie. Finalmente se le ocurrió la idea, genial, sin duda alguna, de hacer publicar sus artículos en los periódicos el día en que se colocaba la piedra fundamental de algún monumento público, como único modo de que sus producciones, protegidas contra los estragos del tiempo por una sólida caja de granito, pudieran llegar a manos de la justiciera posteridad.

LAS tres Américas son los tres Reyes Magos del mundo moderno.

LA expresión “Tesoro mío”, en boca de ciertas mujeres, tiene una significación terriblemente precisa.

ESAS vacilaciones que, ante la cuartilla blanca, asaltan al escritor en su afán de encontrar para cada idea las palabras justas, esas lagunas de la concepción, pueden corresponder a la lentitud de su pensamiento o a su falta de memoria; pero también pueden ser algo así como la tácita protesta de un instinto exquisito contra las imperfecciones del instrumento que el escritor se ve obligado a manejar. Bien puede ser que esas momentáneas inhibiciones, esos estados de pasajera impotencia, esos claros de la creación poética, correspondan a otros tantos claros o lagunas del idioma. Nuestra vanidad natural nos lleva a pensar que la palabra humana constituye un instrumento perfecto para expresar ideas y sentimientos; y, haciendo cuestión de patriotismo, hay hasta quienes llegan al exceso de colocar al propio idioma por sobre los demás, como si todos ellos no fuesen igualmente rudimentarios, como si en todos ellos no estuviera vibrando todavía el aullido del salvaje. Cabe por eso mismo en lo posible que lo que el poeta busca afanosa e inútilmente en su memoria, blanca en ese instante como la cuartilla virginal, no sea una palabra existente que ha olvidado, ni siquiera alguno de los infinitos galicismos, italianismos, germanismos o anglicismos que la Academia no ha autorizado aún; sino una exquisita e irremplazable palabra, expresiva de alguna idea sutil, de

algún matiz delicado que los hombres estúpidos no han percibido todavía.

TODO lo que no es buen periodismo, buena lógica, buena moral ni buen cinematógrafo, está ya a un paso de ser buena literatura.

MIRAR a una mujer es a veces tan peligroso como mirar a un rematador en el ejercicio de sus funciones. Una mirada indiferente dirigida al hombre que subasta, es interpretada a lo mejor como una oferta, y así se encuentra uno de pronto con que ha adquirido un magnífico juego de comedor o un lote de araucarias que no le hacían ninguna falta. No de otro modo se inician algunos amores y sobrevienen algunos casamientos.

NO hay cómo evitar que el mal escritor abuse de la lluvia, del amor, del frío, de los viajes marítimos, del beso, de la muerte, del "frac", del "fumoir", de Beethoven y de los puntos suspensivos.

LA alegoría del amor sigue siendo la de los idilios de Teócrito, de Bión, de Garcilaso: una pastora reclinada sobre un lecho de mullido césped y, a su lado, un zagal que tañe el caramillo. La alegoría del matrimonio es una mujer que solloza a los pies de un hombre que blasfema.

A costa de ímprobos esfuerzos, Europa ha conseguido llevar algo de su civilización al Norte y al Sur de Africa. El vasto y misterioso continente negro es como un inmenso pollo "allo spiedo" que se va lentamente dorando por las puntas.

EN materia de arte, todo lo que no es gracia es desgracia.

EN algunas escuelas primarias norteamericanas, un profesor de astrología hace el horóscopo de los niños, indicando a los que con el tiempo serán ministros o gerentes de banco, a fin de que los demás sepan a quién tienen que adular y no pierdan su tiempo.

EN virtud de esa lógica admirable que rige las acciones humanas, se envía a las corridas de toros a los caballos viejos, porque ya no sirven para nada, y a la guerra a los hombres jóvenes, tal vez porque de ellos depende todo.

SE creía un escritor de garra, pero no engañaba a nadie: todo el mundo sabía que era un escritor de pezuña.

CUANDO en la calle, caminando detrás de una mujer, apresuramos el paso para poder verle la cara, desistimos a veces del intento, desalentados, porque en el gesto del desconocido que camina en dirección contraria, igual que en la luna de un espejo, vemos reflejarse la cara de una mujer fea.

HAY escritores fáciles que pretendiendo pasar por escritores difíciles logran convertirse en escritores imposibles.

DESDE el punto de vista de la Vida, uno que nace no es más que una bella esperanza. Desde el punto de vista de la Nada, uno que muere es ya una espléndida realidad. Y, lógicamente, así como lloran los vivos a uno que muere, así lloran los muertos a uno que nace.

ELEGANTE, ingenioso, mezquino, discurría como discurren las personas ricas cuando tienen inteligencia y sentía como sienten las personas pobres cuando carecen de ella.

UN escritor debe ser un benedictino, pero a condición de que su literatura sea algo más que un benedictine.

LA Divinidad, desde el punto de vista del ateo, no es sino un ripio de la Razón.

“No se justifica — me decía un amigo — la obligación de escribir con mayúscula los nombres de países tan diminutos como Andorra, Mónaco, Luxemburgo o San Marino. Se despilfarra tinta y trabajo dibujando mayúsculas en homenaje a países tan minúsculos”.

“MI alma es un “porqué infinito”, dijo el poeta, y agregó: “No consideraré malograda mi vida si algún día consigo dar forma a esa tragedia de los espíritus conscientes que viven devorándose a sí propios en la angustia eterna y mortal de un “porqué” sin posible respuesta; que ante los errores, y las limitaciones, y las villanías de los hombres, ante los hechos en que se manifiestan la superstición, la rutina, la maldad o la ignorancia, sólo atinan a plantearse una interrogación, siempre la misma. ¿Por qué, por qué la vida es cruel, fea y triste? ¿Por qué, sobre todo noble impulso, sobre toda levantada aspiración, han de triunfar por los siglos de los siglos las potencias del mal y de la muerte? ¿Por qué ha de ser todo precedero? ¿Por qué... esto? ¿Por qué... lo otro?”

“¡Ah, yo escribiré algún día la tragedia de esos

espíritus en los cuales, por querer hallar a todos los actos y a todas las cosas una explicación satisfactoria, se han descompuesto para siempre los resortes de la voluntad; la tragedia de esas pobres almas abúlicas que ya no saben lo que quieren, que ni siquiera saben ya si quieren algo. Sí, yo escribiré algún día esa tragedia, y será la grande obra de mi vida.

“Pero, también, pensándolo fríamente, ¿por qué escribirla?”

HAY unas plegarias que aseguran a quien las reza tantos o cuantos días de indulgencia para sus pecados. Yo quisiera escribir un libro que asegurase a quien lo leyera toda una vida de indulgencia para los pecados del prójimo.

“EL fotógrafo — dijo Mr. O’Gorman — es un caricaturista fracasado por exceso de imparcialidad.”

¿PUEDE ser un verdadero espiritualista quien no ha sido antes un verdadero materialista? ¿Puede ser un buen acróbata quien nunca ha respirado, ni dormido, ni comido, ni digerido normalmente?

“... Y créalo usted, si algo me envanece — dijo al repórter el ilustre escritor — es la certidumbre de que en mis libros no hay una sola línea

que no pueda ser leída por un niño, es la idea de que mis hijitos, cuando estén en edad de leer, podrán leer cuanto he escrito sin ruborizarse."

He ahí el eterno error de los padres: atribuir "a priori" a sus hijos las mismas limitaciones de que ellos adolecen.

Por mi parte, correría gustoso en busca de esos niños, y les diría: "Niños, es verdad que podéis leer las obras de vuestro papá, pero no tenéis ninguna obligación de hacerlo. La Constitución os ampara."

—SE puede conocer perfectamente el corazón humano y desconocer completamente el corazón femenino.

—Naturalmente — repuso el misógino.—¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?

IDEALMENTE prolongada, la calle Corrientes, de la ciudad de Buenos Aires (República Argentina), termina por uno de sus extremos en la muerte, y por el otro en la aventura. Hacia el Oeste, la vasta ciudad de los que ya no son; hacia el Este, el río, las chimeneas de los barcos, el mar abierto, las maravillas del mundo. Hacia el Oeste, unos impresionantes tranvías verdes que dicen *Chacarita*; hacia el Este, unos vapores magníficos, elegantes, de blancos entrepuentes, que parecen estar aguardándonos y que, al irse unos tras otros, silban a los que nos que-

damos como a actores que no saben su papel. Seamos sinceros: el tráfico de esa calle simbólica corre hacia el Oeste, pero el pensamiento de los que la transitan vuela hacia el Este.

LA indecible melancolía que nos invade ciertas tardes de lluvia es un contacto con el Más Allá, con lo desconocido, con el infinito; un contacto acaso mortal que establecen los hilos de la lluvia.

UNA poetisa fea puede ser una excelente poetisa, pero un hombre desagradable no puede ser un escritor agradable.

PARECÍA mentira que una sola cabeza pudiera ignorar tantas cosas.

... ESAS grandes bobinas de papel que descargan frente a las imprentas de los periódicos, para las pobres rotativas crónicamente disentéricas.

"SOY un caballero", dijo él; a lo que ella adujo que el peligro estaba precisamente en eso. Pues ella, por su parte, era una señora.

CUANDO el escritor está de parte de los viejos y en contra de los jóvenes, corre siempre el riesgo de quedarse repentinamente sin clientela. A lo

mejor, todo depende de que el invierno venga demasiado riguroso.

TAMBIÉN de día hay estrellas, y no es suya la culpa si el hombre, como el topo, se queda a ciegas cuando hay mucha luz.

Es evidentemente injusto que el hombre que por medio del divorcio puede en muchos países librarse de una mujer incómoda no pueda también exonerarse de una parentela insoportable. El divorcio entre consanguíneos es mucho más lógico que el matrimonial, porque el hombre tiene la mujer que se elige y la familia que se encuentra.

SERÁ hermoso que así como a veces corre sobre todo un continente una ola de calor o una ola de frío, corra alguna vez una ola de ternura, de esperanza, de bondad o de poesía.

HAY, afortunadamente, mujeres lo bastante bellas como para llevarlas al teatro; pero hay también muchas a las que sobraría con llevarlas al cinematógrafo.

UN gran amor se parece a un gran dolor en que nos hace ver las estrellas. Las estrellas, y la lu-

na, y el mar, y el árbol, y la flor, y todas las cosas bellas que no ven los que no aman.

ESE individuo que hace de la natación el objeto de su vida no es un espíritu que se pierde para el progreso y para la cultura, sino un rodaballo latente que el mar recupera.

EL baile y el amor son deportes de invierno que no carecen de atractivos en primavera y otoño y que algunas personas entusiastas practican también en verano. Sin embargo, en la estación calurosa es preferible la natación.

TRABAJO verdaderamente mal retribuído, sea cualquiera la retribución, es aquel en que el trabajador no se incorpora ninguna aptitud nueva, aquel que convierte al hombre en el caballo ciego de las norias.

—**E**RES un corruptor de conciencias, todo el mundo lo sabe — dijo al Oro una repugnante vieja jibosa y desdentada.

—Mientes, asquerosa bruja — contestó el Oro.— Jamás he corrompido a nadie. Yo no hago más que proporcionar un pálido consuelo a las almas de aquellos que tú has entristecido para siempre.

Aquella vieja se hacía pasar por la Moral, pero bien se veía que era la Miseria.

ENAMORADO-A, adj. y s. — Dícese de la persona que tiene amor"... Si algún día me decido a componer un diccionario, reemplazaré esa definición por esta otra: "ENAMORADO - A - Un alma mirándose al espejo en otra alma". Sólo me asalta el temor de haber leído ya esta definición sutil y cursi en algún viejo almanaque Bristol.

TENÍA aquel hombre tanta gracia, un ingenio tan rápido, tan certero y tan brillante, que después de escucharle durante una hora todo el mundo quedaba mortalmente triste.

HAY en el puerto de Buenos Aires unos hombres disfrazados de "spahis" que detienen a los vehículos para revisarlos, por si sus ocupantes llevan contrabando. No se tiene noticia de que hayan encontrado jamás matute alguno, lo que explica su aire de profundo abatimiento. El contrabando que pasa por allí, sin embargo, sobre todo desde que la ribera se ha convertido en paseo público, es incalculable; pero es contrabando de amor, y ese no le interesa al Estado. El beso, efectivamente, es una de las pocas cosas que hasta ahora se han salvado de convertirse en "materia imponible". Mientras no pasen sedas, perlas o aguardiente sin pagar derechos, poco importa que pasen idilios más o menos decomisables. Entretanto, debería estudiarse la posibili-

dad de explotar esa virginal y enorme fuente de recursos. Veríase, apenas se pusiera en práctica la idea, almacenarse en los galpones de la Aduana enormes alijos de ternura fraudulenta.

HASTA el momento en que escribo estas palabras, no soy marido ni catedrático; pero se me ocurre, malgrado mi falta de experiencia personal, que a los maridos de hoy debe sucederles lo que a los catedráticos y a los maestros, esto es, que ejercen una autoridad más ilusoria que real por ausencia de sanciones efectivas. Un profesor no puede hoy, como hubiera podido ochenta años atrás, infligir a sus alumnos desaplicados o discolos castigos cuya sola amenaza constituía ya un correctivo eficaz; y debe ir, por grados, habituándose a la idea de que el alumno que estudia es porque tiene ese singular antojo. El, por su parte, nada puede hacer para llevar al buen camino al mozalbete que, decididamente, prefiere el malo; lo cual no deja de constituir un derecho como cualquier otro. En definitiva, tiene que cerrar los ojos en presencia de faltas que en buena ley no deberían quedar impunes, tiene que hacer oídos sordos a los disparates más garrafales. ¿Que un examinando atribuye a Calderón de la Barca la paternidad del Quijote? Bueno, ¿qué se le ha de hacer! El muchacho no tiene la culpa de que no se le haya enseñado mejor. Por otra parte, si va a ser ve-

terinario, tenedor de libros o autor teatral ¿para qué diablos necesita una gran cultura literaria? El examinador decide entonces mostrarse indulgente, por la sencilla razón de que no le queda otro recurso, salvo que resuelva reprobar en masa a los examinandos. ¿No será análoga la situación en que se encuentran muchos maridos para los cuales tiene la sociedad una sonrisa conmisericordiosa? Claro que su caso es infinitamente más patético, porque las confusiones que un estudiante se hace con los muertos se las hace acaso una mujer con los vivos, y a lo mejor el perjudicado no es el Cervantes a quien se despoja de una obra, sino el inocente Calderón de la Barca a quien se le atribuye.

—EN arte — me dijo el célebre poeta — la forma lo es todo. La idea no tiene la menor importancia.

—Pero ¿no cree usted que el arte llena una función social, que la obra literaria, especialmente, debe servir de vehículo a alguna idea? ¿Es que un arte sin ideas tiene algún sentido?

El célebre poeta se me rió en la cara.

—¡Por favor, no diga tonterías! Es una gran ingenuidad la suya, pero, en fin, es una ingenuidad que su juventud justifica y excusa.

Después, en el fluir de los días y los años, muchos poetas menos célebres se rieron de mí cada

vez que opuse algún tímido reparo a la teoría según la cual “la forma lo es todo en el arte” y “el arte no tiene nada que hacer con las ideas”. Nunca pude alojar cómodamente en mi pensamiento esa teoría. Necesité mucho tiempo, estúpido de mí, para llegar a la convicción de que, en la mayor parte de las cabezas, — trátase de artistas o de personas honorables, — una idea es un accidente incómodo, una especie de forúnculo interior; de que lo que anda buscando la mayor parte de las personas es la forma de evitarse la molestia y la responsabilidad de discurrir, de elaborar o difundir ideas.

NADIE es profeta en su tierra; pero ¿vale la pena serlo en otra parte?



INDICE

	Pág.
DEL POEMA Y EL PROSEMA.....	9
Abdicación de Jehová	17
Ejemplo de las nueve madres; que también se llama Ejemplo del hombre sin ninguna vanidad.....	27
Parábola de la fe, o La perla en el lodazal.....	31
La isla del último borracho.....	37
El agrónomo y el rabadomante	41
Grabenfeld, o La gratitud	45
La sublevación de las máquinas.....	53
Un gran bagaje científico.....	61
Un hombre metódico y un hombre no metódico; o El jabón profiláctico.....	63
Sen-Tse-Tschu, o El defensor de los humildes.....	65
Triste historia del papa Inocencio Veintinueve.....	71
El solterón.....	75
La maravillosa historia.....	77
Parábola de la selva y el jardín.....	81
Los tres pretendientes.....	89
Historia del burlón.....	91

La princesa enamorada	93
El labrador afortunado	97
Sueño de una tarde de domingo.....	105
La única persona decente de toda la casa.....	109
Aprendizaje de la perfecta humildad.....	115
Historia de Filodemo el Generoso.....	119
Don Juan Tenorio oye hablar del amor.....	125
Neurasténicos del dos mil.....	133
Curiosa y ejemplar historia de la favorita Dyemileh y de Ahmed el bagal.....	143
Dorothy Kiss, o El anillo	149
El burlador resucita de entre los muertos, o El gran escándalo.....	157
El loco	165
El estafador, o La absoluta libertad	167
El hombre que veía claro.....	171
EXTRAVIDOS Y HALLAZGOS (Pequeños prosemas)	173

